

Roald Dahl

LA VENGANZA
ES MÍA, S.A.



Lectulandia

En esta obra de Roald Dahl se recogen algunos de sus mejores relatos cortos. Reconocido especialista de este género literario, Dahl conjuga una increíble sensibilidad narrativa con una portentosa imaginación, un sentido del humor típicamente británico y una ternura que llega a emocionarnos con las historias aparentemente más simples. El material del que se surte Dahl tiene muy distinta procedencia, pero en sus manos cada relato cobra vida con tal brillantez que personajes y situaciones apenas esbozados permanecen en nuestro recuerdo con igual o mayor fuerza que los de las grandes obras clásicas. Relatos como *La venganza es mía, S. A.*, *El señor Botibol* o *El campeón del mundo* resultan imposibles de olvidar para cualquiera que los haya leído.

Los ocho relatos recogidos son: *La Venganza es Mía, S. A. (Vengeance is Mine Inc., 1980)*, *El mayordomo (The Butler, 1980)*, *El señor Botibol (Mr. Botibol, 1980)*, *El desratizador (The Ratcatcher, 1953)*, *Rummins (1953)*, *El señor Hoddy (Mr. Hoddy, 1953)* *El señor Feasey [Dog Race (Mr. Feasey), 1953]*, *El campeón del mundo (The Champion of the World, 1959)*.

Lectulandia

Roald Dahl

La venganza es mía, S. A.

ePub r1.0

Titivilus 28.01.15

Título original: *Vengeance is Mine Inc.*

Roald Dahl, 1980

Traducción: Flora Casas

Diseño de cubierta: Edhasa

Editor digital: Titivilus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La venganza es mía, S. A.

Cuando me desperté, estaba nevando. Supe que estaba nevando porque había una especie de resplandor en la habitación y afuera todo estaba en silencio. De la calle no llegaban ruidos de pisadas ni de neumáticos; sólo de los motores de los coches. Alcé los ojos y vi a George, con su bata verde, inclinado sobre la cocina de petróleo, preparando el café.

—Está nevando —dije.

—Hace frío —replicó George—. Hace frío de verdad.

Salí de la cama y cogí el periódico de la mañana, que estaba afuera, junto a la puerta. Sí que hacía frío, así que volví corriendo, me metí en la cama de un brinco y me quedé quieto un rato bajo las sábanas, con las manos apretadas entre las piernas para calentármelas.

—¿No hay cartas? —preguntó George.

—No. Ni una.

—No parece que el viejo tenga intención de soltar dinero.

—A lo mejor piensa que cuatrocientos cincuenta billetes son suficientes para un mes —dije.

—No ha estado nunca en Nueva York y no sabe lo que cuesta vivir aquí.

—No deberías habértelo gastado en una semana. George se puso de pie y me miró.

—Querrás decir que no *deberíamos* haberlo gastado.

—Eso —dije—. No deberíamos.

Me puse a leer el periódico.

El café estaba listo, y George trajo la cafetera y la dejó en la mesilla que separaba nuestras camas.

—No se puede vivir sin dinero —dijo—. El viejo debería saberlo.

Se volvió a la cama sin quitarse la bata verde. Yo seguí leyendo. Acabé la página de las carreras de caballos y la del fútbol, y después me metí con Lionel Pantaloon, el famoso cronista político y de sociedad. Siempre leo a Pantaloon, al igual que otros veinte o treinta millones de personas en todo el país. Es como una costumbre; incluso más que una costumbre. Forma parte de mis mañanas, como las tres tazas de café o el afeitado.

—Este tipo es un caradura impresionante —dije.

—¿Quién?

—El Lionel Pantaloon ése.

—¿Qué dice?

—Lo de siempre. Los escándalos de costumbre. Siempre habla de los ricos.

Escucha esto: «... se le ha visto en el Penguin Club... al banquero William S. Womberg con la bella estrella Theresa Williams... tres noches seguidas... La señora Womberg estaba en casa, con dolor de cabeza... cosa que haría cualquier esposa si su marido anduviera acompañando a la señorita Williams...».

—Eso es poner a Womberg en un compromiso —dijo George.

—Yo pienso que es una vergüenza —repliqué—. Esas cosas pueden provocar un divorcio. ¿Cómo es posible que nadie le haga nada, diciendo lo que dice?

—Porque todos le tienen miedo. Pero si yo fuera William S. Womberg —dijo George—, ¿sabes qué haría? Le pegaría un puñetazo en la nariz al Pantaloon ése. Es la única forma de tratar a ese tipo de gentuza.

—El señor Womberg no puede hacer eso.

—¿Por qué?

—Porque es viejo —contesté—. El señor Womberg es un anciano digno y respetable. Es un eminente banquero de la ciudad. No podría...

Y entonces se me ocurrió la idea, así, de repente, mientras hablaba con George. Me callé bruscamente y sentí como si se me inundase el cerebro. Me quedé muy quieto, dejé que fluyera por mi cabeza, y casi antes de saber qué había ocurrido ya lo tenía todo pensado, un plan completo, un plan brillante y magnífico. Y justo en ese momento comprendí que era fantástico. Me di la vuelta y vi a George mirándome fijamente con expresión de asombro.

—¿Qué ocurre? —me preguntó—. ¿Qué te pasa? Mantuve la calma. Me serví más café antes de decidirme a hablar.

—George —dije, tranquilo—, tengo una idea. Escucha con mucha atención, porque se me ha ocurrido una idea que nos hará ricos. Estamos sin una perra, ¿no?

—Sí.

—¿Crees que el tal William S. Womberg estará enfadado con Lionel Pantaloon esta mañana?

—¡Enfadado! —exclamó George—. ¡Estará furioso!

—Eso es. ¿Y crees que le gustaría que a Lionel Pantaloon le pegaran un buen puñetazo en la nariz?

—¡Vaya si le gustaría!

—Y dime, ¿no cabe la posibilidad de que el señor Womberg esté dispuesto a pagar cierta cantidad de dinero a alguien que realice por él ese combate de boxeo, eficazmente y con discreción?

George se volvió y me miró con dulzura, con cautela, y después dejó la taza de café en la mesa: En su boca empezó a dibujarse lentamente una sonrisa.

—Ya entiendo —dijo—. Veo por dónde vas.

—Pero esto es sólo una parte. Si lees la columna de Pantaloon verás que hay otra persona a la que ha ofendido.

Cogí el periódico. Una tal señora Ella Gimple, una dama de la alta sociedad que podría tener un millón de dólares en el banco.

—¿Qué dice Pantaloon de ella?

Volví a mirar el periódico.

—Insinúa —contesté— que les saca un montón de dinero a sus amigos en las partidas de ruleta en que ella lleva la banca.

—Eso pone en un compromiso a la Gimple —dijo George—. Y a Womberg. Gimple y Womberg. Estaba sentado en la cama, muy erguido, esperando a que yo continuara.

—De modo que tenemos dos personas que odian a muerte a Pantaloon esta mañana —dije—, y las dos desean ardientemente pegarle un puñetazo en la nariz, pero no se atreven. ¿Entiendes?

—Perfectamente.

—Pues pobre Lionel Pantaloon. Pero no olvides que hay otros como él. Hay docenas de periodistas que se pasan la vida insultando a la gente rica e importante. Tenemos a Harry Weyman, a Claude Taylor, a Jacob Swinski, Walter Kennedy y muchos otros.

—Es verdad —dijo George—. Absolutamente cierto.

—Lo que quiero decir es que no hay nada que ponga tan furiosos a los ricos como que se burlen de ellos y les insulten en los periódicos.

—Continúa —dijo George—. Continúa.

—Muy bien. El plan es el siguiente. —Yo también empezaba a entusiasarme. Estaba apoyado en el borde de la cama, con una mano en la mesilla y agitando la otra en el aire mientras hablaba—. Crearemos inmediatamente una organización, y la llamaremos... ¿Cómo podríamos llamarla? Vamos a ver... Sí, la llamaremos «La venganza es mía, S. A.». ¿Qué te parece?

—Es un nombre muy raro.

—Es de la Biblia. A mí me gusta. «La venganza es mía, S. A.». Suena bien. Haremos tarjetas que enviaremos a nuestros clientes para recordarles que les han insultado y ofendido públicamente, y para ofrecernos a castigar al ofensor a cambio de cierta cantidad de dinero. Compraremos todos los periódicos y leeremos los artículos, y mandaremos doce tarjetas o más todos los días a los posibles clientes.

—¡Es maravilloso! —gritó George—. ¡Es fantástico!

—Nos haremos ricos en un santiamén.

—¡Tenemos que empezar inmediatamente!

Salté de la cama, cogí un cuaderno y un lápiz, y volví corriendo a meterme entre las sábanas.

—Venga —dije, subiendo las rodillas bajo la ropa de la cama y apoyando encima el cuaderno—; lo primero es decidir qué vamos a poner en las tarjetas que enviaremos a los clientes —y en la parte superior de la hoja escribí: «LA VENGANZA ES MÍA, S. A.», a modo de encabezamiento.

A continuación, y con mucho cuidado, redacté una carta en la que explicaba las funciones de la organización. Terminaba con la siguiente frase:

Por tanto, LA VENGANZA ES MÍA, S. A., se compromete a infligir en su nombre, con absoluta discreción, el castigo adecuado al periodista [...], y a este fin somete respetuosamente a su consideración diversos métodos (y precios).

—¿Qué quiere decir eso de «diversos métodos»? —preguntó George.

—Tenemos que darles a elegir. Debemos pensar varias cosas..., castigos diferentes. El número uno será... —y escribí: «1. Un fuerte puñetazo en la nariz»—. ¿Cuánto podemos cobrar por esto?

—Quinientos dólares —respondió George.

Lo anoté.

—¿Qué más?

—Poner un ojo morado —dijo George.

Escribí: «2. Poner un ojo morado... 500 dólares.»

—¡No! —exclamó George—. No estoy de acuerdo con ese precio. Es evidente que para ponerle a alguien un ojo morado como es debido hace falta más concentración que para pegar un puñetazo en la nariz.

Es un trabajo de expertos. Seiscientos dólares.

—Vale —dije—. Seiscientos. ¿Qué más?

—Las dos cosas juntas, naturalmente. O sea, el uno y el dos.

Aquél era el terreno de George. Se sentía a sus anchas.

—¿Las dos cosas?

—Desde luego. Puñetazo en la nariz y ojo morado. Mil cien dólares.

—Deberíamos hacer una rebaja —dije—. Mil dólares.

—Es baratísimo —objetó George—. Todos elegirán ése.

—¿Qué más?

Los dos quedamos en silencio, concentrándonos con todas nuestras fuerzas. Tres profundos surcos de piel arrugada aparecieron en la frente baja y huidiza de George. Se puso a rascarse la cabeza, lenta pero vigorosamente. Desvié la mirada e intenté pensar en las cosas espantosas que la gente se hacen unos a otros. Al cabo de un rato se me ocurrió algo, y mientras George observaba la mina del lápiz que se deslizaba por el papel, escribí: «4. Colocar una serpiente de cascabel (tras haberle extraído el veneno) en el suelo del coche, junto a los pedales, cuando aparque.»

—¡Cielo santo! —murmuró George—. ¿Es que quieres matarlos del susto?

—Claro —respondí.

—¿Y de dónde vamos a sacar una serpiente de cascabel?

—Comprándola. Pueden comprarse. ¿Cuánto cobramos por esto?

—Mil quinientos dólares —respondió George sin vacilar.

Lo anoté.

—Nos hace falta uno más.

—Ya lo tengo —dijo George—. Secuestrarlo con un coche, quitarle la ropa,

excepto los calzoncillos, los zapatos y los calcetines, y soltarlo en la Quinta Avenida en una hora punta.

Sonrió con una sonrisa amplia, triunfal.

—No podemos hacer eso.

—Escríbelo. Y cobraremos dos mil quinientos billetes. Lo harías si el viejo Womberg te ofreciese esa cantidad.

—Sí —dije—, supongo que sí —y lo escribí—. Ya hay suficientes —añadí—. Tienen para elegir.

—¿Y dónde vamos a imprimir las tarjetas? —preguntó George.

—George Karnoffsky —respondí—. Otro George. Es amigo mío. Tiene una pequeña imprenta en la Tercera Avenida. Hace invitaciones de boda y cosas así para las tiendas grandes. Lo hará, estoy seguro.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Los dos saltamos de la cama y empezamos a vestimos.

—Son las doce —dije— o Si nos damos prisa, le pillaremos antes de que se vaya a comer.

Aún nevaba cuando salimos a la calle, y la capa de nieve de la acera tenía un grosor de diez o doce centímetros; pero recorrimos las catorce manzanas que nos separaban de la tienda de Karnoffsky a una velocidad increíble y llegamos justo en el momento en que se estaba poniendo el abrigo para salir.

—¡Claude! —exclamó—. ¡Hola, chaval! ¿Cómo te va? —Y me dio un apretón de manos.

Tenía una cara gruesa, afable, y una nariz enorme con anchas aletas que se extendían al menos dos centímetros sobre cada mejilla. Lo saludé y le dije que habíamos ido a hablar de un asunto muy urgente. Se quitó el abrigo y nos llevó a su despacho; a continuación le hablé de nuestros planes y le dije lo que queríamos que hiciera.

Cuando le había contado aproximadamente la cuarta parte de la historia estalló en carcajadas y me resultó imposible continuar, de modo que abrevié y le di un papel con lo que había escrito para que lo imprimiese. Al leerlo, su cuerpo empezó a convulsionarse de la risa; se puso a dar palmadas en la mesa, tosiendo, atragantándose y desternillándose de la risa como un loco. Nosotros lo mirábamos. No nos parecía que tuviera ninguna gracia.

—Finalmente, se calmó, sacó un pañuelo y se secó los ojos con gran aparatosidad.

—Es una broma muy buena; sí, señor. Se merece una comida. Vamos, os invito a comer.

—Oye —dije con seriedad—, no es una broma. No hay motivo para reírse. Eres testigo del nacimiento de una nueva organización muy poderosa...

—Venga —dijo, y se echó a reír otra vez—. Vamos a comer.

—¿Cuándo puedes imprimir las tarjetas? —pregunté.

Mi voz era severa, grave.

Se detuvo y se quedó mirándonos.

—¿Quieres decir..., quieres decir que esto va en serio?

—Totalmente. Eres testigo del nacimiento...

—De acuerdo —dijo—, de acuerdo. Pienso que estáis locos y que os vais a buscar problemas; estoy seguro. A esa gente les gusta liar a otros, pero no que les metan en líos a ellos.

—¿Cuándo pueden estar listas las tarjetas, sin que las lea ninguno de tus empleados?

—Por esto —dijo gravemente— renunciaré a mi comida. Yo mismo prepararé la plancha. Es lo menos que puedo hacer —volvió a reír y el borde de las enormes aletas de su nariz se agitó de contento—. ¿Cuántas queréis?

—Mil para empezar. Y sobres.

—Volved a las dos —dijo.

Le di las gracias y al salir oímos su estrepitosa risa cuando iba por el pasillo hacia la trastienda.

Volvimos a las dos en punto. George Karnoffsky estaba en su despacho, y lo primero que vi cuando entramos fue un gran montón de tarjetas impresas sobre la mesa. Eran grandes, como el doble que las invitaciones de boda o de fiesta.

—¡Aquí están! —dijo—. Ya las tenéis.

Aquel imbécil seguía riéndose.

Nos dio una a cada uno, y yo examiné la mía cuidadosamente. Era muy bonita. Se notaba que se había tomado muchas molestias. Era gruesa y dura, con un estrecho reborde dorado, y las letras del encabezamiento resultaban sumamente elegantes. No puedo reproducirla aquí en todo su esplendor, pero al menos les mostraré lo que decía:

LA VENGANZA ES MÍA, S. A.

Estimado...

Seguramente habrá visto el calumnioso ataque, sin que mediara provocación alguna, que el periodista..., ha desatado contra su persona en el periódico de hoy. Sus insinuaciones son escandalosas, una deformación deliberada de la verdad.

¿Está usted dispuesto a consentir que un miserable provocador le insulte de esa forma sin hacer nada?

Todo el mundo sabe que los norteamericanos no permiten que se les insulte en público o en privado sin que ello provoque su justa indignación y sin que procuren —mejor dicho, exijan— una compensación adecuada.

Por otra parte, es natural que un ciudadano de su posición y reputación no desee verse envuelto personalmente en este sórdido asunto, ni tener el menor contacto directo con persona de tal calaña.

¿Cómo, entonces, puede reparar la afrenta? La respuesta es sencilla. LA VENGANZA ES MÍA, SOCIEDAD ANÓNIMA, lo hace por usted. Nos comprometemos a infligir en su nombre, con absoluta discreción, un castigo individual al periodista..., y a este fin sometemos respetuosamente a su consideración diversos métodos (y precios).

1. Un fuerte puñetazo en la nariz.—\$500
2. Poner un ojo morado.—\$600
3. Puñetazo en la nariz y ojo morado.—\$1000
4. Colocar una serpiente de cascabel (tras haberle extraído el veneno) en el suelo del coche, junto a los pedales.—\$1500
5. Secuestrarlo con un coche, quitarle la ropa, excepto los calzoncillos, los zapatos y los calcetines, y soltarlo en la Quinta Avenida, en una hora punta.—\$2500

Estos trabajos serán realizados por profesionales.

Si desea beneficiarse de alguna de estas ofertas, tenga la amabilidad de contestar a LA VENGANZA ES MÍA, S. A. (la dirección se indica en la tarjeta adjunta). Si es posible, se le notificará con antelación el lugar y la hora en que tendrá lugar la acción, de modo que, si lo desea, pueda presenciar nuestra actuación desde una prudente distancia que le garantice el anonimato.

No tendrá que pagar nada hasta que sus órdenes se ejecuten a su entera satisfacción, momento en que se le enviará la cuenta por los procedimientos habituales.

George Karnoffsky había hecho un magnífico trabajo.

—¿Te gusta, Claude? —preguntó.

—Es maravilloso.

—Lo he hecho lo mejor que he podido. Es como cuando, en la guerra, veía a los soldados que se iban, a lo mejor a que los matasen, y siempre quería regalarles cosas y hacer algo por ellos.

Como empezaba a reírse otra vez, le pregunté:

—¿Tienes sobres grandes para las tarjetas?

—Aquí está todo. Y podéis pagarme cuando empiece a llegaros el dinero.

Por lo visto, aquello le hizo muchísima gracia, y se derrumbó en una silla, riéndose como un idiota. George y yo salimos rápidamente a la calle, a la fría tarde y a la nieve.

Casi fuimos corriendo hasta nuestra habitación, y al subir cogí, del teléfono

público del vestíbulo, una guía de Manhattan. Encontramos «Womberg, William S.», sin ninguna dificultad, y mientras yo leía la dirección en alto —estaba por la calle Noventa Este—, George la escribió en un sobre.

«Gimple, Ella, H.», también venía en la guía, y le enviamos una tarjeta.

—Hoy se las mandaremos a Womberg y a Gimple —dijo—. En realidad, todavía no hemos empezado. Mañana enviaremos una docena.

—A ver si llegamos a la última recogida del correo —dijo George.

—Las llevaremos nosotros mismos —repliqué—. Ahora, en seguida. Mañana podría ser demasiado tarde. Mañana no estarán ni la mitad de enfadados que hoy. La gente es capaz de calmarse por la noche. Mira —añadí—, tú vas a llevar estas dos tarjetas ahora mismo, y mientras tanto yo daré una vuelta por el centro a ver si averiguo algo sobre las costumbres de Lionel Pantaloon. Nos veremos aquí por la noche...

Volví a eso de las nueve, y encontré a George tumbado en la cama, fumando y bebiendo café.

—He llevado las dos —dijo—. Las metí en el buzón, llamé al timbre y salí corriendo. Womberg tiene una casa enorme, blanca. ¿Qué tal te han ido las cosas a ti?

—He estado viendo a un amigo mío que trabaja en la sección de deportes del *Daily Mirror*. Me lo ha contado todo.

—¿Qué te ha dicho?

—Que los movimientos de Pantaloon siempre son los mismos, más o menos. Funciona por la noche, pero aunque vaya a algún sitio antes, *siempre* —y esto es importante— acaba en el Penguin Club. Llega a eso de medianoche y se marcha a las dos o dos y media. Entonces es cuando sus chivatos le van con el cuento.

—Eso es todo lo que necesitamos saber —dijo George alegremente.

—Es muy fácil.

—Pan comido.

Había una botella entera de whisky en el armario y George la sacó. Durante las dos horas siguientes estuvimos sentados en la cama, bebiendo y haciendo planes fantásticos y complicados para el desarrollo de nuestra organización. Al dar las once ya teníamos cincuenta empleados, doce famosos boxeadores entre ellos, y nuestras oficinas estaban en el centro Rockefeller. A medianoche, controlábamos a todos los periodistas y les dictábamos por teléfono sus columnas desde nuestro cuartel general, poniendo cuidado en insultar y agraviar todo los días al menos a veinte personas ricas de una u otra parte del país. Éramos inmensamente ricos, y George tenía un Bentley inglés. Yo, cinco Cadillacs. George ensayaba conversaciones telefónicas con Lionel Pantaloon. «¿Es usted Pantaloon?». «Sí, señor». «Escuche. Su columna de hoy es una porquería». «Lo siento, señor. Mañana intentaré hacerlo mejor». «Claro que lo intentará. La verdad es que he pensado en sustituirle por otra persona». «Deme otra oportunidad, por favor, señor». «De acuerdo, Pantaloon; pero es la última. A propósito, los chicos van a ponerle una serpiente de cascabel en el coche esta noche,

en nombre del señor Hiram C. King, el fabricante de jabón. El señor King lo estará viendo desde la acera de enfrente; o sea, que no se olvide de aparentar que se muere de miedo cuando la vea». «Sí, señor. Claro, señor. No lo olvidaré».

Cuando al fin nos acostamos y apagamos la luz, seguí oyendo a George que le echaba una bronca telefónica a Pantaloon.

A la mañana siguiente nos despertamos al dar las nueve en el reloj de la iglesia de la esquina. George se levantó y fue hasta la puerta a recoger los periódicos. Volvió con una carta en la mano.

—Ábrela —dije.

La abrió y desdobló cuidadosamente una hoja de papel fino.

—¡Léela! —grité.

Se puso a leerla en alto, la voz grave y seria al principio; pero cuando comprendió el contenido, fue alzándola hasta casi soltar un grito histérico de triunfo. Decía:

Sus métodos parecen un tanto heterodoxos, pero cualquier cosa que le hagan a ese canalla cuenta con mi aprobación. De modo que adelante. Empiecen por el punto número uno, y si lo logran, con mucho gusto les indicaré que continúen hasta el último. Envíenme la factura.

William S. Womberg

Recuerdo que, con el entusiasmo, hicimos una especie de baile por la habitación, en pijama, bendiciendo al señor Womberg en voz alta y cantando que éramos ricos. George dio varias volteretas en la cama, y es posible que yo también las diera.

—¿Cuándo lo hacemos? —preguntó—. ¿Esta noche?

Reflexioné antes de responder. No quería que me metieran prisas. Las páginas de la historia están repletas de nombres de grandes hombres que han fracasado por tomar decisiones precipitadas movidos por un entusiasmo momentáneo. Me puse la bata, encendí un cigarrillo y empecé a pasear por la habitación.

—No tenemos prisa —dije—. Ejecutaremos la petición de Womberg a su debido tiempo. Pero lo primero que hay que hacer es enviar las tarjetas.

Me vestí rápidamente, fui al quiosco que había en la acera de enfrente, compré un ejemplar de todos los diarios que tenían y volví a nuestra habitación. Pasamos las dos horas siguientes leyendo las columnas de los periodistas, y al final teníamos una lista de once personas —ocho hombres y tres mujeres— a los que habían insultado aquella mañana de una u otra forma. Las cosas marchaban bien. Trabajábamos con rapidez. Tardamos otra media hora en mirar las direcciones de los ofendidos —dos no las encontramos— y en escribirlas en los sobres.

Las entregamos por la tarde, y a eso de las seis volvimos a nuestra habitación, cansados pero contentos. Hicimos café, freímos hamburguesas y cenamos en la cama. Después nos leímos mutuamente la carta de Womberg muchas veces.

—Nos ha hecho un pedido por valor de seis mil cien dólares —dijo George—. Desde el punto uno hasta el cinco, ambos inclusive.

—No está mal para empezar, teniendo en cuenta que es el primer día. Seis mil al día son... Vamos a ver... Casi dos millones de dólares al año, sin contar los domingos. Un millón para cada uno. Más de lo que tiene Betty Grable.

—Somos muy ricos —dijo George.

Sonrió con una sonrisa lenta y luminosa, de pura alegría.

—Dentro de uno o dos días nos mudaremos a una suite del St. Regis.

—Mejor al Waldorf —dijo George.

—Como quieras. Al Waldorf, y más adelante podríamos comprar una casa.

—¿Como la de Womberg?

—De acuerdo. Como la de Womberg. Pero primero hay que trabajar. Mañana nos ocuparemos de Pantaloon. Lo pillaremos cuando salga del Penguin Club. A las dos y media lo estaremos esperando, y cuando salga a la calle tú te adelantarás y le pegarás un buen puñetazo, justo en la punta de la nariz, como nos hemos comprometido a hacer.

—Será un placer —dijo George—. Un verdadero placer. Pero ¿cómo vamos a escapar? ¿Corriendo?

—Alquilaremos un coche por una hora. Tenemos el dinero justo. Yo te esperaré al volante con el motor en marcha, a menos de diez metros, con la puerta abierta. Después de darle el puñetazo, sólo tienes que volver al coche y nos marcharemos.

—Perfecto. Le pegaré un puñetazo muy fuerte.

George guardó silencio. Apretó el puño derecho y se contempló los nudillos. Después volvió a sonreír y dijo lentamente:

—¿No se le quedará la nariz tan aplastada que no podrá volver a meterla en los asuntos de los demás?

—Es muy probable —contesté, y con ese feliz pensamiento apagamos la luz y nos dormimos en seguida.

A la mañana siguiente me despertó un grito; me incorporé y vi a George al pie de mi cama, en pijama, agitando los brazos.

—¡Mira! —gritó—. ¡Hay cuatro! ¡Cuatro!

Miré y, efectivamente, tenía cuatro cartas en la mano.

—Abrelas. Rápido, ábrelas.

Leyó la primera en voz alta:

Estimada La venganza es mía, S. A. Es la mejor propuesta que he recibido desde hace años. Aplíquenle al señor Jacob Swinski el tratamiento de la serpiente de cascabel (punto 4). Pero no me importaría pagar el doble si se les olvidara sacarle el veneno de los colmillos. Atentamente,

Gertrude Porter-Vandervelt

P.S.: Será mejor que le hagan un seguro a la serpiente. La mordedura de ese tipo es más peligrosa que la de una cascabel.

George leyó la segunda en voz alta:

Tengo el cheque de 500 dólares sobre la mesa, firmado. En el momento en que se me presenten pruebas de que le han pegado un buen puñetazo en la nariz a Lionel Pantaloon, se lo enviaré. Yo preferiría que le rompieran algo. Atentamente, etc.,

Wilbur H. Gollogly

George leyó la tercera en voz alta:

En mi actual estado de ánimo, y en contra de mi leal saber y entender, me siento tentado a contestar a su tarjeta y a rogarles que depositen a ese sinvergüenza de Walter Kennedy en la Quinta Avenida, vestido únicamente con la ropa interior. Pongo como condición que el suelo esté nevado y que la temperatura sea bajo cero.

H. Gresham

También leyó en voz alta la cuarta:

Un buen porrazo en la nariz de Pantaloon merece que les dé quinientos dólares, yo o cualquier otra persona. Me gustaría presenciarlo. Les saluda atentamente,

Claudia Calthorpe Hines

George dejó las cartas sobre la cama, delicada, cuidadosamente. Durante unos momentos guardamos silencio. Nos miramos, demasiado contentos, demasiado atónitos para hablar. Yo me puse a calcular el valor de aquellos cuatro pedidos en términos monetarios.

—Son cinco mil dólares —dije quedamente.

En la cara de George había una mueca de satisfacción.

—¿No deberíamos mudarnos ya al Waldorf? —dijo.

—Dentro de muy poco —contesté—, pero de momento no tenemos tiempo para mudanzas, ni siquiera para enviar más tarjetas. Hay que empezar a despachar los pedidos que tenemos entre manos. Estamos sobrecargados de trabajo.

—¿No deberíamos contratar gente y aumentar la organización?

—Más adelante —dije—. Hoy no tenemos tiempo ni para eso. Piensa en las cosas que nos quedan por hacer. Tenemos que poner una serpiente de cascabel en el coche de Jacob Swinski..., soltar a Walter Kennedy en la Quinta Avenida en calzoncillos..., pegarle un puñetazo en la nariz a Pantaloon... Vamos a ver... Sí, tenemos que darle un puñetazo en nombre de tres clientes.

Me callé, cerré los ojos, me quedé inmóvil. Una vez más tomé conciencia de que un torrente claro de inspiración se derramaba por los tejidos de mi cerebro.

—¡Ya lo tengo! —exclamé—. ¡Ya lo tengo! ¡Mataremos tres pájaros de un tiro! ¡Tres clientes con un solo puñetazo!

—¿Cómo?

—¿No lo entiendes? Sólo tenemos que pegar un puñetazo a Pantaloon..., y cada uno de los tres, Womberg, Gollogly y Claudia Hines, creerá que lo hacemos especialmente en su honor.

—Explícamelo otra vez.

—Se lo expliqué.

—Eres muy listo.

—Es de sentido común. Y aplicaremos el mismo sistema a los demás. El tratamiento de la serpiente de cascabel y el otro pueden esperar hasta que recibamos más pedidos. A lo mejor dentro de unos días ya nos han pedido varias personas que pongamos una serpiente de cascabel en el coche de Swinski, y lo haremos todo de una vez.

—Estupendo.

—Entonces, esta noche nos encargaremos de Pantaloon —dije—. Pero lo primero que hay que hacer es alquilar un coche. También podemos enviar telegramas, uno a Womberg, otro a Gollogly y otro a Claudia Hines, para decirles dónde y cuándo le pegaremos el puñetazo.

Nos vestimos rápidamente y salimos. Logramos alquilar un coche, un Chevrolet de 1934, a ocho dólares la noche, en un garaje sucio y silencioso de la calle Nueve Este. Después enviamos tres telegramas, todos idénticos y astutamente redactados para ocultar su verdadero significado ante ojos indiscretos:

Espero verle en la puerta del Penguin Club a las dos y media. Saludos, L.
V. E. M.

—Falta una cosa —dije—. Es imprescindible que te disfraces. Así, ni Pantaloon ni el portero podrán reconocerte. Tienes que ponerte un bigote falso.

—¿Y tú?

—No hace falta. Yo me quedaré en el coche. No me verán.

Fuimos a una tienda de juguetes y compramos un magnífico bigote negro, con las guías afiladas y hacia arriba, encerado, tieso y brillante, y cuando se lo puso en la

cara, George parecía el káiser de Alemania. El dependiente también nos vendió un tubo de pegamento y nos explicó cómo había que colocarlo sobre el labio superior.

—Se lo van a pasar en grande con los críos ¿eh? —dijo.

George replicó:

—Desde luego.

Ya estaba todo listo, pero aún había que esperar mucho. Nos quedaban tres dólares con los que compramos un bocadillo para cada uno, y después fuimos al cine. A las once de la noche recogimos el coche y empezamos a pasear lentamente por las calles de Nueva York, esperando a que llegase el momento.

—Será mejor que te pongas ya el bigote, para que te vayas acostumbrando.

Paramos bajo una farola, le puse un poco de pegamento a George en el labio superior y le coloqué el bigote negro, enorme y peludo, con las guías afiladas. Después, continuamos. En el coche hacía frío y empezaba a nevar otra vez. Vi unos copitos caer entre las luces de los faros. George decía continuamente:

—¿Le pego muy fuerte?

Y yo contestaba:

—Lo más fuerte que puedas, y en la nariz. Tiene que ser en la nariz, porque forma parte del contrato. Hay que hacerlo todo bien. A lo mejor lo ven nuestros clientes.

A las dos de la mañana pasamos por la puerta del Penguin Club para estudiar la situación.

—Voy a aparcar ahí —dije—, un poco más allá de la entrada, en ese trozo oscuro. Pero te dejaré la puerta abierta.

Continuamos. Entonces George preguntó:

—¿Cómo es? ¿Cómo sabré quién es?

—No te preocupes —contesté—. Ya he pensado en eso —saqué del bolsillo un papel y se lo di—. Coge esto, dóblalo en pliegues pequeños y dáselo al portero. Dile que se lo lleve a Pantaloon en seguida. Actúa como si tuvieras una prisa enorme y como si estuvieras muerto de miedo. Te apuesto cien contra uno a que Pantaloon sale. Ningún periodista se resistiría a esta nota.

En el papel había escrito:

Soy un funcionario del consulado soviético, venga a la puerta en seguida, por favor. Tengo que decirle una cosa, pero venga en seguida porque corro peligro. Yo no puedo entrar a verle.

—Con ese bigote pareces, ruso. Todos los rusos tienen grandes bigotes —dije.

George cogió el papel, lo dobló en pliegues pequeños y lo sujetó entre los dedos. Eran ya casi las dos y media, y nos dirigimos al Penguin Club.

—¿Estás listo? —pregunté.

—Sí.

—Vamos allá. Voy a aparcar un poco más allá de la puerta... Aquí. Pégame fuerte

—dije.

George abrió la puerta y salió del coche. Yola cerré, pero me incliné y puse la mano en la manivela para poder abrirla rápidamente y bajé la ventanilla para mirar. El motor ronroneaba.

Vi a George dirigirse con paso rápido hacia el portero, parado bajo la marquesina roja y blanca que ocupaba parte de la acera. Vi que el portero se volvía y miraba a George, y no me gustó su forma de hacerlo. Era un hombre alto e imponente, con un bonito uniforme de color magenta con botones y hombreras dorados y una ancha lista blanca en cada pernera. También llevaba guantes blancos, y miró altanaramente a George, con el ceño fruncido, apretando con fuerza los labios. Se quedó mirando el bigote de George, y yo pensé: «Dios mío se nos ha ido la mano, va demasiado disfrazado. Se dará cuenta de que es falso, va a coger uno de los extremos, tirará de él y se soltará.» Pero no lo hizo. Le distrajo la actuación de George, porque estaba interpretando muy bien su papel. Le vi dar saltitos, entrelazar y separar las manos, balanceando el cuerpo y agitando la cabeza, y le oí decir:

—Pog favog, pog favog, dese pgisa. Es vida o muegte. Pog favog, llévelo gápido al señog Pantaloon.

Su acento ruso no se parecía a ningún acento que yo hubiese oído nunca, pero de todos modos su voz tenía un tono de verdadera desesperación.

Finalmente el portero dijo, grave, altanero:

—Déme la nota.

George se la dio y dijo:

—Gacias, gacias, pego diga que es uggente.

El portero desapareció en el interior. A los pocos momentos volvió y dijo:

—Se la están entregando en este momento.

George paseaba nervioso. Yo esperaba, observando la puerta. Pasaron tres o cuatro minutos. George se retorció las manos y dijo:

—¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Pog favog, vaya a veg si viene!

—Pero, ¿qué le pasa? —dijo el portero y volvió a mirar el bigote de George.

—¡Es vida o muegte! ¡El señog Pantaloon puede ayudag! ¡Tiene que venig!

—Haga el favor de callarse —replicó el portero pero volvió a abrir la puerta, asomó la cabeza y le oí decir algo a alguien.

A George le dijo:

—Parece que ya viene.

A los pocos minutos se abrió la puerta y salió Pantaloon, bajito y pulcro. Se detuvo y miró rápidamente de un lado a otro, como un hurón inquisitivo y nervioso.

El portero se llevó la mano a la gorra y señaló a George. Oí decir a Pantaloon:

—¿Qué desea?

George respondió:

—Pog favog, vamos pog allí, pogque nadie oiga —y precediendo a Pantaloon se dirigió hacia el coche.

—Vamos, diga qué es lo que desea —repitió Pantaloon.

De repente, George gritó:

—¡Mire! —Y señaló al otro extremo de la calle. Pantaloon volvió la cabeza, y en ese momento George echó el brazo derecho hacia atrás y dejó caer el puño sobre la punta de la nariz de Pantaloon.

Le vi inclinarse hacia adelante con el impulso, echando todo el peso, y me dio la impresión de que el cuerpo de Pantaloon se elevaba del suelo un par de metros y que flotaba hasta que la fachada del Penguin Club lo frenó. Todo ocurrió con mucha rapidez y, al poco, George estaba en el coche, a mi lado. Arrancamos y oí al portero tocar un silbato detrás de nosotros.

—¡Lo conseguimos! —dijo George jadeante. Estaba excitado y sin aliento—. ¡Le he pegado un buen puñetazo! ¿Lo has visto?

Nevaba con fuerza. Conduje deprisa y giré varias veces bruscamente, sabiendo que nadie podría alcanzarnos en medio de la nevada.

—Ese hijo de perra casi ha atravesado la pared del golpe que le he dado.

—Muy bien, George —dije—. Buen trabajo.

—¿Y has visto cómo se elevaba? ¿Has visto cómo se levantaba del suelo?

—Womberg estará encantado —dije.

—Y Gollogly, y la Hines.

—Todos estarán encantados. Verás la de dinero que nos va a llegar.

—¡Viene un coche detrás de nosotros! —gritó George—. ¡Nos sigue! ¡Nos viene pisando los talones! ¡Corre, corre!

—¡Es imposible! —exclamé—. No pueden habernos descubierto todavía. Será un coche que va a lo suyo.

Me metí a la derecha.

—Sigue detrás de nosotros —dijo George—. Tuerce otra vez. Lo despistaremos.

—¿Cómo demonios vamos a despistar a un coche de la policía en un Chevrolet del treinta y cuatro? —dije—. Voy a parar.

—¡Sigue! —gritó George—. Vamos bien.

—Voy a parar —insistí—. Si seguimos se pondrán furiosos.

George protestó enérgicamente, pero yo sabía que era lo mejor que podíamos hacer y me detuve a un lado de la carretera. El otro coche torció bruscamente, pasó delante de nosotros y frenó patinando.

—Rápido —dijo George—, escapemos.

Tenía la puerta abierta y estaba dispuesto a echar a correr.

—No seas idiota —le dije—. Quédate donde estás. Ya no hay nada que hacer.

Una voz dijo desde fuera:

—¿Qué pasa, chicos? ¿Por qué tanta prisa?

—No llevamos prisa —repliqué—. Vamos a casa.

—¿Ah, sí?

—Sí, hacia allí vamos.

El hombre asomó la cabeza por la ventanilla de mi asiento; me miró a mí, después a George y otra vez a mí.

—Hace una noche espantosa —dijo George—. Queremos llegar a casa antes de que las calles se cubran de nieve.

—Pues tomáoslo con calma —dijo aquel hombre—. Quería daros esto inmediatamente —dejó caer un fajo de billetes en mi regazo—. Soy Gollogly —añadió—. Wilbur H. Gollogly —y nos sonrió en medio de la nevada, mientras daba patadas y se frotaba las manos para calentarse—. Recibí vuestro telegrama y lo he visto todo. Habéis hecho un buen trabajo. Os doy el doble. Ha merecido la pena. Es lo más divertido que he visto en mi vida. Adiós, chicos. Andaos con cuidado. Os empezarán a buscar. Yo que vosotros me marcharía de la ciudad. Adiós.

Y sin darnos tiempo a replicar, se marchó.

Cuando al fin llegamos a nuestra habitación me puse a hacer el equipaje inmediatamente.

—¿Estás loco? —dijo George—. Sólo tenemos que esperar unas horas y recibiremos quinientos dólares de Womberg y otros tantos de la Hines. Entonces tendremos dos mil dólares y podremos ir a donde queramos.

De modo que pasamos el día siguiente esperando en nuestra habitación, leyendo los periódicos. En uno de ellos decía: «Brutal agresión a un famoso periodista». Pero, efectivamente, a última hora de la tarde nos llegaron dos cartas con quinientos dólares cada una.

Y ahora, en este preciso momento, estamos en un autocar, bebiendo whisky escocés, rumbo al sur, hacia un lugar en el que siempre brilla el sol y en el que hay carreras de caballos todos los días. Somos inmensamente ricos, y George no para de decir que si apostamos los dos mil dólares a un caballo a diez a uno ganaremos otros veinte mil dólares y podremos jubilarnos.

—Compraremos una casa en Palm Beach —dice— y nos lo pasaremos realmente en grande. Al borde de nuestra piscina se tumbarán las señoras más guapas de la alta sociedad, tomando refrescos, y al cabo de cierto tiempo podríamos invertir una buena cantidad en otro caballo y hacernos aún más ricos. Es posible que nos cansemos de Palm Beach, y entonces iremos de un sitio a otro, como la gente rica. Montecarlo y sitios así. Como Ali Khan y el duque de Windsor... Seremos miembros destacados de la alta sociedad internacional, las estrellas de cine nos sonreirán, los camareros nos harán reverencias y a lo mejor, con el tiempo, hasta salimos en la columna de Lionel Pantaloón.

—Eso sería estupendo —dije.

—¿Verdad? —replicó alegremente—. ¿A que sí?

El mayordomo

En cuanto George Cleaver ganó el primer millón, él y la señora Cleaver se trasladaron de su pequeña casa de las afueras a una elegante mansión de Londres. Contrataron a un cocinero francés que se llamaba *monsieur* Estragón y a un mayordomo inglés de nombre Tibbs. Ambos cobraban unos sueldos exorbitantes. Con la ayuda de estos dos expertos, los Cleaver se lanzaron a ascender en la escala social y empezaron a ofrecer cenas varias veces a la semana sin reparar en gastos.

Pero estas cenas nunca acababan de salir bien. No había animación, ni chispa que diera vida a las conversaciones, ni gracia. Sin embargo, la comida era excelente y el servicio inmejorable.

—¿Qué demonios les pasa a nuestras fiestas, Tibbs? —le preguntó el señor Cleaver al mayordomo—. ¿Por qué nadie se siente cómodo?

Tibbs ladeó la cabeza y miró al techo.

—Espero que no se ofenda si le sugiero una cosa, señor.

—Diga, diga.

—Es el vino, señor.

—¿Qué le pasa al vino?

—Pues verá, señor, *monsieur* Estragón sirve una comida excelente. Una comida excelente debe ir acompañada de un vino igualmente excelente. Pero ustedes ofrecen un tinto español barato y bastante asqueroso.

—¿Y por qué no me lo ha dicho antes, hombre de Dios? —exclamó el señor Cleaver—. El dinero no me falta. ¡Les daré el mejor vino del mundo, si eso es lo que quieren! ¿Cuál es el mejor vino del mundo?

—El clarete, señor —contestó el mayordomo—, de los grandes *châteaux* de Burdeos: Lafite, Latour, Haul-Brion, Margaux, Mouton-Rothschild y Chevel Blanc, y solamente de las grandes cosechas, que en mi opinión son las de mil novecientos seis, mil novecientos catorce, mil novecientos veintinueve y mil novecientos cuarenta y cinco. Chevel Blanc también tuvo unos años magníficos en mil ochocientos noventa y cinco y mil novecientos veintiuno, y Haut-Brion en mil novecientos seis.

—¡Cómprelos todos! —dijo el señor Cleaver—. ¡Llene la bodega de arriba abajo!

—Puedo intentarlo, señor —dijo el mayordomo—, pero esa clase de vinos son difíciles de encontrar y cuestan una fortuna.

—¡Me importa tres pitos el precio! —exclamó el señor Cleaver—. ¡Cómprelos!

Era más fácil decirlo que hacerlo. Tibbs no encontró vino de 1895, 1906, 1914 ni 1921 ni en Inglaterra ni en Francia. Pero se hizo con unas botellas del 29 y del 45. Las facturas fueron astronómicas. Eran tan grandes que hasta el señor Cleaver empezó a reflexionar sobre el tema. Y este interés se transformó en verdad en

entusiasmo cuando el mayordomo le sugirió que tener ciertos conocimientos de vinos era un valor social muy estimable. El señor Cleaver compró libros sobre vinos y los leyó de cabo a rabo. También aprendió mucho de Tibbs, que le enseñó, entre otras cosas, a catar el vino.

—En primer lugar, señor, tiene que olerlo durante un buen rato, con la nariz sobre la copa, así. Después bebe un sorbo, abre los labios un poquito y toma aire, dejando que pase por el vino. Observe cómo lo hago yo. A continuación se enjuaga la boca con fuerza y, por último, se lo traga.

Con el paso del tiempo, el señor Cleaver llegó a considerarse un experto en vinos e, inevitablemente, se convirtió en un pelmazo tremendo.

—Damas y caballeros —anunciaba a la hora de la cena, alzando la copa—, este es un Margaux del veintinueve. ¡El mejor año del siglo! ¡Un *bouquet* fantástico! ¡Huele a primavera! ¡Y observen ese sabor que queda después y el gusto a tanino que le da ese toque astringente tan agradable! Maravilloso, ¿eh?

Los invitados asentían, tomaban un sorbo y murmuraban alabanzas, pero nada más.

—¿Qué les pasa a esos idiotas? —le preguntó el señor Cleaver a Tibbs después de que esta situación se repitiera varias veces—. ¿Es que nadie sabe apreciar un buen vino?

El mayordomo torció la cabeza a un lado y dirigió los ojos hacia arriba.

—Creo que lo apreciarían si pudieran catarlo, señor —dijo—. Pero no pueden.

—¿Qué diablos quiere decir? ¿Cómo que no pueden catarlo?

—Tengo entendido que usted ha ordenado a *monsieur* Estragón que aliñe generosamente las ensaladas con vinagre, señor.

—¿Y qué? Me gusta el vinagre.

—El vinagre —dijo el mayordomo— es enemigo del vino. Destruye el paladar. El aliño debe hacerse con aceite puro de oliva y un poco de zumo de limón. Nada más.

—¡Qué estupidez! —exclamó el señor Cleaver.

—Lo que usted diga, señor.

—Se lo voy a repetir, Tibbs. Eso son estupideces. El vinagre no me estropea para nada el paladar.

—Tiene usted mucha suerte, señor —murmuró el mayordomo, al tiempo que abandonaba la habitación.

Aquella noche, durante la cena, el anfitrión se burló del mayordomo delante de los invitados.

—El señor Tibbs —dijo— ha intentado convencerme de que no puedo apreciar el vino si el aliño de la ensalada lleva mucho vinagre. ¿No es así, Tibbs?

—Sí, señor —replicó Tibbs gravemente.

—Y yo le respondí que no dijera estupideces. ¿No es así, Tibbs?

—Sí, señor.

—Este vino —continuó el señor Cleaver, alzando la copa— a mí me sabe

exactamente a Chateau Lafite del cuarenta y cinco; aún más, es un Chateau Lafite del cuarenta y cinco.

Tibbs, el mayordomo, estaba inmóvil y erguido junto al aparador, la cara muy pálida.

—Disculpe, señor —dijo—; pero no es un Lafite del cuarenta y cinco.

El señor Cleaver giró en su silla y se quedó mirando al mayordomo.

—¿Qué diablos quiere decir? —preguntó—. ¡Ahí están las botellas vacías para demostrarlo!

Tibbs siempre cambiaba de recipiente aquellos excelentes claretos antes de la cena, pues eran viejos y tenían muchos posos. Los servía en jarras de cristal tallado y, siguiendo la costumbre, dejaba las botellas vacías en el aparador. En ese momento había dos vacías de Lafite del cuarenta y cinco a la vista de todos.

—Resulta que el vino que están ustedes bebiendo —dijo tranquilamente el mayordomo— es ese tinto español barato y bastante asqueroso, señor.

El señor Cleaver miró el vino de su copa, y después clavó los ojos en el mayordomo. La sangre empezó a subírsele a la cara, y la piel se le tiñó de rojo.

—¡Eso es mentira, Tibbs! —gritó.

—No, señor, no estoy mintiendo —replicó el mayordomo—. De hecho nunca les he servido otro vino que tinto español. Parecía gustarles.

—¡No le crean! —gritó el señor Cleaver a sus invitados—. Se ha vuelto loco.

—Hay que tratar con respeto los grandes vinos —dijo el mayordomo. Ya es bastante con destrozar el paladar con tres o cuatro copas antes de la cena, como hacen ustedes, pero si encima riegan la comida con vinagre, lo mismo da que beban agua de fregar.

Diez rostros furibundos estaban clavados en el mayordomo.

Los había cogido desprevenidos. Se habían quedado sin habla.

—Esta —continuó el mayordomo, extendiendo el brazo y tocando con carilla una de las botellas vacías—, esta es la última botella de la cosecha del cuarenta y cinco. Las del veintinueve ya se han acabado. Pero eran unos vinos excelentes. El señor Estragón y yo hemos disfrutado enormemente con ellos.

El mayordomo hizo una reverencia y salió lentamente de la habitación. Atravesó el vestíbulo, traspasó la puerta de la casa y salió a la calle, donde le esperaba el señor Estragón cargando el equipaje en el maletero del cochecito que compartían.

El señor Botibol

El señor Botibol empujó las puertas giratorias y entró en el gran vestíbulo del hotel. Se quitó el sombrero y, sujetándolo con ambas manos, avanzó nerviosamente unos pasos, se detuvo y se puso a mirar a su alrededor, escrutando las caras de la multitud que almorzaba. Varias personas se volvieron y se quedaron mirándolo algo atónitos, y oyó —o eso creyó al menos— una voz de mujer que decía:

—¡Dios mío, fíjate en lo que acaba de entrar!

Por fin descubrió al señor Clements sentado a una mesita en un rincón, y se dirigió rápidamente hacia él. Clements lo había visto entrar, y mientras lo observaba abriéndose paso cautelosamente entre las mesas y la gente, andando de puntillas de una forma tan sumisa y modesta, el sombrero agarrado con ambas manos, pensó en lo desgraciado que debía sentirse cualquier hombre que tuviera un aspecto tan peculiar y extraño. Recordaba extraordinariamente a un espárrago. Al parecer, aquel cuerpo largo y delgado carecía de hombros: simplemente se afilaba hacia arriba, estrechándose gradualmente hasta convertirse casi en un punto en la coronilla de una cabecita calva. Iba embutido en un brillante traje cruzado de color azul, y este hecho, por alguna extraña razón, acentuaba el aspecto de vegetal hasta extremos ridículos.

Clements se puso de pie, se estrecharon la mano, e inmediatamente, antes de sentarse, el señor Botibol dijo:

—He decidido, sí, he decidido aceptar la oferta que me hizo anoche en mi despacho.

Clements llevaba negociando desde hacía varios días la adquisición para unos clientes de la empresa conocida como Botibol & Co., cuyo único propietario era el señor Botibol, y la noche anterior le había hecho la primera oferta: Se trataba simplemente de una oferta de tanteo, excesivamente baja, para dar a entender al vendedor que los compradores estaban realmente interesados. Y Dios mío, pensó Clements, este pobre diablo la ha aceptado. Asintió gravemente varias veces, tratando de ocultar su asombro, y dijo:

—Muy bien, muy bien. Me alegra oírlo, señor Botibol —después hizo una seña al camarero y añadió—: Dos martinis dobles.

—¡No, por favor!

El señor Botibol levantó ambas manos en un gesto de protesta y horror.

—Vamos, vamos —dijo Clements—. Es una ocasión especial.

—Bebo muy poco, y a mediodía, jamás.

Pero Clements estaba contento y no le hizo caso. Pidió los martinis y cuando se los sirvieron, el señor Botibol se vio obligado, por las burlas y el buen humor del otro, a brindar por el trato que acababan de cerrar. Después Clements habló

brevemente sobre la redacción y la firma de documentos, y cuando todo estuvo arreglado, pidió dos combinados más. El señor Botibol volvió a protestar, pero no con tanta energía. Clements pidió las bebidas y después se volvió al otro hombre y le dirigió una sonrisa amistosa.

—Bueno, señor Botibol —dijo—, ahora que todo está solucionado, le propongo que comamos juntos. Sin negocios de por medio. ¿Qué le parece? Yo invito.

—Como quiera, como quiera —contestó el señor Botibol sin el menor entusiasmo.

Tenía una voz fina, melancólica, y pronunciaba cada palabra clara y lentamente, como si explicara algo a un niño.

Cuando entraron en el comedor, Clements pidió una botella de Lafite de 1912 y dos hermosas perdices asadas para acompañar. Ya había calculado mentalmente la comisión que recibiría y estaba contento. Se puso a conversar alegremente, pasando con agilidad de un tema a otro, con la esperanza de dar con algo que despertase el interés de su invitado. Pero no sirvió de nada. El señor Botibol parecía escuchar sólo a medias. De vez en cuando ladeaba un poco su cabecita calva y decía:

—Claro, claro.

Cuando les llevaron el vino, Clements intentó iniciar una conversación sobre este tema.

—Estoy seguro de que es excelente —dijo el señor Botibol—, pero póngame sólo un dedo, por favor.

Clements contó un chiste. Cuando acabó, el señor Botibol se le quedó mirando con aire de solemnidad unos momentos y después dijo:

—Muy gracioso.

Después de aquello, Clements mantuvo la boca cerrada y comieron en silencio. El señor Botibol bebía el vino y no puso ninguna objeción cuando su anfitrión le volvió a llenar la copa. Cuando terminaron de comer, Clements calculó para sus adentros que su invitado había consumido al menos tres cuartas partes de la botella.

—¿Un puro, señor Botibol?

—No, gracias.

—¿Una copita de coñac?

—La verdad es que no tengo costumbre...

Clements observó que las mejillas de aquel hombre estaban ligeramente sonrojadas y que los ojos se le habían puesto brillantes y acuosos. Estaría bien emborracharlo, pensó, y le dijo al camarero:

—Dos coñacs.

Cuando les sirvieron las copas, el señor Botibol miró la suya con suspicacia durante un rato, la cogió. Bebió un sorbo rápidamente, como un pajarito, y la dejó en la mesa.

—Le envidio, señor Clements —dijo.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Se lo diré, señor Clements, se lo diré, si me lo permite.

Su voz tenía un deje nervioso, como de ratón, por lo que parecía que se disculpaba por todo lo que decía.

—Dígamelo, por favor —replicó el señor Clements.

—Es que... me da la impresión de que usted ha tenido éxito en la vida.

Le va a dar melancólica con la borrachera, pensó Clements. Es de los que se ponen melancólicos, y no lo aguanto.

—Éxito —dijo—. No creo que haya tenido un éxito especial.

—Si, sí. Su vida, si me permite decirlo, señor Clements, parece agradable y llena de éxitos.

—Soy una persona normal y corriente —dijo Clements. Estaba intentando calcular el grado exacto de borrachera de su interlocutor.

—Creo —dijo el señor Botibol lentamente, separando con cuidado las palabras—, creo que se me ha subido un poco el vino a la cabeza, pero... —hizo una pausa, tratando de encontrar las palabras adecuadas— pero quisiera preguntarle una cosa.

Había derramado un poco de sal en el mantel y le estaba dando forma de montañita con la yema de un dedo.

—Señor Clements —dijo sin alzar los ojos—, ¿cree usted que es posible que un hombre llegue a los cincuenta y dos años sin haber logrado nada, ni lo más mínimo, en lo que ha hecho durante toda su vida?

—Mi querido señor Botibol —rio Clements—, todo el mundo consigue pequeñas cosas de vez en cuando, por mínimas que sean.

—No, no —replicó el señor Botibol con dulzura—. Se equivoca. Yo, por ejemplo, no recuerdo haber logrado nada en toda mi vida.

—¡Vamos, hombre! —exclamó Clements, sonriendo—. Eso no puede ser verdad. Pero si esta misma mañana ha vendido su negocio por cien mil libras. A eso yo lo llamo un gran éxito.

—El negocio me lo dejó mi padre. Cuando murió, hace nueve años, valía cuatro veces más. Bajo mi dirección ha perdido tres cuartos de su valor. Difícilmente se puede llamar a eso éxito.

Clements sabía que era cierto.

—Sí, sí, de acuerdo —dijo—. Puede que sea así, pero de todos modos, usted sabe tan bien como yo que todo hombre tiene su pequeña parcela de éxitos. Tal vez no muy grandes, pero sí muchos pequeños. Maldita sea, en definitiva incluso meter un gol en el colegio era un pequeño éxito, un pequeño triunfo, en aquella época; o participar en una carrera, o aprender a nadar. Lo que ocurre, sencillamente, es que nos olvidamos de esas cosas.

—Yo nunca metí un gol —replicó el señor Botibol—. Ni aprendí a nadar.

Clements levantó las manos, acompañándose de ruidos de irritación.

—Sí, sí, de acuerdo; pero, ¿no entiende que hay miles de cosas, literalmente miles de cosas, como... como... pescar un buen pez, o arreglar el motor del coche, o

agradar a alguien con un regalo, o conseguir que crezcan como es debido unas judías francesas, o ganar una pequeña apuesta... o...? ¡Diablos, podría hacerse una lista interminable!

—Tal vez *usted* sí, señor Clements, pero, que yo sepa, nunca he hecho una cosa así. Eso es lo que trato de decirle.

Clements dejó la copa de coñac en la mesa y se quedó mirando con interés renovado a aquel ser tan curioso, carente de hombros, que estaba sentado frente a él. Se sentía molesto y no le caía simpático. Aquel hombre no inspiraba simpatía. Era un imbécil. Tenía que serlo. Un perfecto imbécil. Clements sintió un repentino deseo de humillarlo.

—¿Y las mujeres, señor Botibol?

Su voz no denotaba la menor intención de pedir disculpas por aquella pregunta.

—¿Las mujeres?

—¡Sí, las mujeres! Cualquier hombre bajo el sol, incluso el más desgraciado, sucio y asqueroso, ha tenido algún éxito, por pequeño que sea, con...

—¡Jamás! —exclamó el señor Botibol con repentina energía—. ¡Jamás! ¡No, señor!

Voy a darle un puñetazo, dijo Clements para sus adentros. No lo aguanto más, y como no me ande con cuidado voy a abalanzarme sobre él y a pegarle un puñetazo.

—¿Quiere decir que no le gustan? —preguntó.

—Pues claro que sí, naturalmente que me gustan. Las admiro muchísimo. Pero me temo... Ay, no sé cómo decirlo... Me temo que no me entiendo muy bien con ellas. Nunca me he entendido con ellas. Es que tengo un aspecto tan raro, señor Clements... Lo sé. Me miran, y a veces me doy cuenta de que se ríen. Nunca he logrado ponerme... a tiro, podríamos decir.

En las comisuras de sus labios vaciló la sombra de una sonrisa, leve e infinitamente triste.

Clements estaba harto. Murmuró que no había duda de que exageraba la situación, miró su reloj, pidió la cuenta y dijo que, sintiéndolo mucho, tenía que volver a la oficina.

Se separaron en la calle, a la puerta del hotel, y el señor Botibol cogió un taxi para volver a su casa.

Abrió la puerta, entró en el salón y enchufó la radio; después se sentó en un gran sillón de cuero, se arrellanó y cerró los ojos. No estaba exactamente mareado, pero le pitaban los oídos y sus pensamientos iban y venían más rápidamente de lo habitual. Ese abogado me ha dado demasiado vino, se dijo. Me quedaré aquí un rato escuchando música. Espero poder dormir después y sentirme mejor.

En la radio daban una sinfonía. El señor Botibol escuchaba conciertos de vez en cuando, y aquél lo reconoció. Era de Beethoven. Pero, arrellanado en su sillón, escuchando aquella música maravillosa, una idea empezó a adueñarse de su confusa mente. No era un sueño, porque no estaba dormido. Era una idea clara, consciente: yo

soy el compositor de esta música. Soy un gran compositor. Es mi última sinfonía, en su primera representación. La enorme sala está llena de gente —críticos, músicos y aficionados de todo el país— y yo estoy frente a la orquesta, dirigiendo.

El señor Botibol veía toda la escena. Se veía a sí mismo ante el atril, con corbatín blanco y frac, y frente a él estaba la orquesta; los violines a la izquierda, las violas en el centro, los violonchelos a la derecha y detrás los instrumentos de viento, la percusión y los platillos. Los músicos observaban cada movimiento de la batuta con absoluto respeto, casi con fanatismo. Detrás de él, en la semioscuridad de la enorme sala, se extendían hileras e hileras de rostros blancos, embelesados, que lo miraban y escuchaban con creciente entusiasmo, mientras una nueva sinfonía del mejor compositor del mundo se desvelaba majestuosamente ante ellos. Una parte del público apretaba los puños y se clavaba las uñas en las palmas de las manos porque la música era tan hermosa que casi no podían soportarlo. El señor Botibol se dejó llevar de tal modo por aquella excitante visión que se puso a agitar los brazos al tiempo que sonaba la música, como un director de orquesta. Resultaba tan divertido que decidió ponerse de pie, frente a la radio, para tener mayor libertad de movimientos.

Se colocó en medio de la habitación, alto, delgado, sin hombros, con su ceñido traje azul cruzado, zarandeando la cabecita calva al tiempo que agitaba los brazos en el aire. Conocía lo suficiente aquella sinfonía como para anticiparse a los cambios de tiempo o volumen, y cuando la música sonaba alta o rápida, batía el aire con tal vigor que casi se caía. Cuando era lenta y pausada, se inclinaba hacia adelante para aplacar a los músicos con movimientos suaves de sus manos extendidas; y todo el tiempo sentía la presencia del nutrido público a su espalda, que escuchaba en tensión, inmóvil. Cuando la sinfonía llegó a su grandiosa conclusión, el señor Botibol se puso verdaderamente frenético, y su cara pareció dispararse hacia un lado en un esfuerzo agónico por sacar más y más potencia a la orquesta en los atronadores acordes finales.

De repente, todo acabó. El locutor decía algo, pero el señor Botibol desconectó rápidamente la radio y se desplomó en el sillón, resoplando con fuerza.

—¡Puf! —dijo en voz alta—. ¡Cielo santo! ¿Qué he hecho?

Perlitas de sudor le cubrían la cara y la frente, y se deslizaban por el cuello. Sacó un pañuelo y se secó. Se quedó tumbado un rato, jadeante, agotado, pero tremendamente feliz.

—Pues hay que reconocer —dijo con dificultad— que ha sido divertido. No recuerdo haberlo pasado tan bien en mi vida. Dios mío, ¡qué divertido!

Casi inmediatamente empezó a acariciar la idea de volver a hacerlo. Pero ¿debía hacerlo? ¿Debía permitirselo? Retrospectivamente, era innegable que se sentía un poco culpable, y empezó a pensar si no sería algo inmoral. ¡Abandonarse de esa forma! ¡Si hubiera entrado Mason y le hubiera visto! ¡Hubiese sido terrible!

Cogió el periódico e hizo como si lo leyera, pero en seguida se puso a buscar furtivamente entre los programas de radio de aquella tarde. Colocó un dedo bajo un

renglón que decía: «8.30: concierto sinfónico. Sinfonía n.º 2 de Brahms». Se quedó mirándolo largo rato. Las letras de la palabra «Brahms» empezaron a desdibujarse y empequeñecerse; desaparecieron poco a poco y fueron reemplazadas por unas letras que formaban la palabra «Botibol». Sinfonía n.º 2 de Botibol. Estaba escrito claramente. Lo estaba leyendo en ese preciso momento.

—Sí, sí —susurró—. Es la primera representación. El mundo está impaciente por oírla. ¿Será tan grandiosa, se preguntan, será incluso más grandiosa que sus obras anteriores? Y han convencido al propio compositor para que dirija a la orquesta. Es tímido y retraído, y raramente se presenta en público, pero en esta ocasión le han convencido...

El señor Botibol se inclinó hacia adelante y apretó el balón que había junto a la chimenea. Mason, el mayordomo, la única persona que vivía en la casa, un anciano pequeño y grave, apareció en la puerta.

—... Este... Mason, ¿tenemos vino?

—¿Vino, señor?

—Sí, vino.

—No, señor. No tenemos vino desde hace quince o dieciséis años. Su padre, señor...

—Lo sé, Mason, lo sé; pero, por favor, cómprelo. Quiero una botella para cenar.

El mayordomo se quedó atónito.

—Muy bien, señor. ¿Y de qué clase quiere que sea?

—Clarete, Mason. El mejor que pueda comprar. Diga que envíen una caja inmediatamente.

Una vez a solas, se horrorizó por la facilidad con que había tomado aquella decisión. «Vino para cenar». ¡Sin más! Pues sí, ¿por qué no? ¿Por qué no, pensándolo bien? Él era dueño de sí mismo, y, además, el vino era algo fundamental. Parecía producirle unos efectos estupendos. Lo deseaba, iba a beberlo, y que Mason se fuera al diablo.

Se quedó descansando el resto de la tarde, y a las siete y media Mason anunció la cena. La botella de vino estaba en la mesa, y empezó a beberla. Le importaba tres pitos que Mason lo mirase de aquella forma mientras volvía a llenarle la copa. La llenó tres veces; después se levantó de la mesa al tiempo que decía que no quería que le molestasen, y regresó al salón. Aún faltaba un cuarto de hora. No podía pensar más que en el concierto. Se acomodó en el sillón y dejó que sus pensamientos volaran deliciosamente hacia las ocho y media. Era el gran compositor que esperaba impaciente en su camerino de la sala de conciertos. Oía de lejos el murmullo de excitación de la multitud mientras se acomodaban en las butacas. Sabía lo que se decían unos a otros. Lo mismo que decían los periódicos desde hacía meses. Botibol es un genio, mayor, mucho mayor que Beethoven, o Bach, o Brahms, o Mozart, o cualquier otro músico. Cada nueva obra suya es más grandiosa que la anterior. ¿Cómo será la próxima? ¡Estamos impacientes por oírla! Sí, sí; sabía lo que decían.

Se levantó y se puso a pasear por la habitación. Ya casi era la hora. Cogió un lápiz de la mesa para emplearlo como batuta; después conectó la radio. El locutor acababa de terminar la presentación, y de repente se desaló un torrente de aplausos, lo que indicaba que el director subía al escenario. El concierto anterior había sido con discos, pero éste era en directo. El señor Botibol se dio la vuelta, plantó cara a la chimenea y se dobló graciosamente por la cintura. Después volvió a situarse frente a la radio y alzó la batuta. Los aplausos cesaron. Hubo un momento de silencio. Alguien tosió entre el público. El señor Botibol esperó. Empezó. Se inició la sinfonía.

Una vez más, mientras empezaba a dirigir, vio claramente ante él a toda la orquesta y las caras de los músicos, e incluso sus expresiones. Tres violinistas tenían el pelo gris. Uno de los violoncelistas era muy gordo, otro llevaba gruesas gafas de montura marrón, y había un hombre en la segunda fila que tocaba la trompa con un tic en un lado de la cara. Pero todos ellos eran magníficos, y magnífica era la música. En algunos pasajes impresionantes el señor Botibol experimentó una sensación de júbilo que le hizo gritar de alegría, y en una ocasión, durante el tercer movimiento, un pequeño escalofrío de éxtasis irradió espontáneamente del plexo solar y le recorrió el estómago, como si le clavaran alfileres, Pero lo más fantástico fueron los aplausos y los vítores atronadores del final. Se volvió lentamente hacia la chimenea y se inclinó, Los aplausos continuaron y él siguió haciendo reverencias hasta que se desvaneció el último ruido y la voz del locutor le devolvió bruscamente al salón de su casa, Desconectó la radio y se derrumbó en el sillón, agotado pero muy feliz.

Allí tumbado, sonriendo de placer, secándose la cara húmeda, jadeando, hizo planes para la siguiente actuación, pero ¿por qué no hacerlo como era debido? ¿Por qué no transformar una de las habitaciones en una especie de sala de conciertos y poner un escenario y filas de butacas? ¿Por qué no hacerlo como era debido? Y un gramófono para que pudiera actuar en cualquier ocasión sin tener que depender de los programas de la radio. ¡Claro que sí! ¡Lo haría!

Al día siguiente el señor Botibol llegó a un acuerdo con una empresa de decoración para transformar la habitación más grande de la casa en una sala de conciertos en miniatura. Debían colocar un escenario elevado en un extremo, y el resto del espacio se cubriría con butacas de felpa roja.

—Voy a dar conciertos aquí —le dijo al jefe de la empresa, que asintió y dijo que sería estupendo.

Al mismo tiempo encargó a una casa de equipos radiofónicos que le instalase un gramófono automático, muy caro, con dos potentes amplificadores, uno en el escenario y otro al fondo del auditorio. Una vez hecho esto, se compró las nueve sinfonías de Beethoven en discos, y en una tienda especializada en efectos sonoros grabados adquirió varios discos de aplausos y aclamaciones de un público entusiasta. Finalmente, se compró una batuta, una delgada varilla de marfil que iba en una caja forrada de seda azul.

Al cabo de ocho días la habitación estaba lista. Todo era perfecto: las butacas

rojas, el pasillo que llegaba hasta el centro, e incluso un pequeño estrado en el escenario con una barandilla de latón alrededor para el director. El señor Botibol decidió dar el primer concierto aquella noche, después de cenar.

A las siete subió a su habitación y se puso frac y corbatín blanco. Se sentía estupendamente. Cuando se miró al espejo, la vista de su grotesca figura sin hombros no le molestó en absoluto. Un gran compositor, pensó sonriendo, puede tener el aspecto que le venga en gana. La gente espera que tenga un aspecto raro. De todos modos, hubiera preferido tener un poco de pelo. Le hubiera gustado dejárselo bastante largo. Bajó a cenar, comió rápidamente, bebió media botella de vino y se sintió aún mejor.

—No se preocupe por mí, Mason —dijo—. No estoy loco. Sencillamente, me estoy divirtiendo.

—Sí, señor.

—No voy a necesitarle. Por favor, que no me molesten.

El señor Botibol salió del comedor y entró en la sala de conciertos en miniatura. Sacó los discos de la primera sinfonía de Beethoven; pero antes de ponerlos en el gramófono colocó otros dos discos. Uno de ellos, el que sonaría primero, antes de que empezara el concierto, llevaba el siguiente letrero: «Ovación prolongada y entusiasta». El otro, que se oiría al final de la sinfonía, se titulaba: «Ovación, aplausos, vítores, gritos para que repita». Con un sencillo mecanismo en el cambio de los discos, los técnicos habían logrado que los discos primero y último —los de los aplausos— se oyeran sólo por los altavoces del auditorio. Los demás —la música— se oirían en el altavoz oculto entre las sillas de la orquesta. Una vez ordenados los discos convenientemente, los puso en el aparato, pero no lo conectó inmediatamente. Apagó todas las luces de la habitación, salvo una pequeña que iluminaba el estrado del director, y se sentó en una silla que había en el escenario; cerró los ojos y dejó que sus pensamientos vagaran por las deliciosas escenas de siempre; el gran compositor, nervioso, impaciente por presentar su última obra maestra; el público, que se acomodaba en sus asientos; el murmullo de su excitada charla, y todo lo demás. Tras haberse imbuído soñadoramente en su papel, se levantó, cogió la batuta y conectó el gramófono.

Una tremenda oleada de aplausos inundó la habitación. El señor Botibol cruzó el escenario, subió al estrado, se situó frente al público y se inclinó. En la oscuridad apenas distinguía la débil silueta de las butacas a ambos lados del pasillo central. No llegaba a ver las caras de la gente. Hacían mucho ruido. ¡Qué ovación! El señor Botibol se volvió y miró a la orquesta. Los aplausos se desvanecieron a su espalda. Cayó el siguiente disco. Empezó la sinfonía.

En esta ocasión fue más emocionante que nunca, y durante la actuación también experimentó pinchazos en el plexo solar. Una vez, al caer en la cuenta de que su música se transmitía por todo el mundo, un escalofrío le recorrió la columna vertebral de arriba abajo. Pero lo más emocionante, con mucho, fue la ovación final.

Vitorean, y aplaudían, y daban patadas, y gritaban: «¡Otra, otra!» Se volvió hacia el auditorio en sombras e hizo una solemne reverencia a derecha e izquierda. Después abandonó el escenario, pero le obligaron a volver. Hizo varias reverencias más y se marchó, pero tuvo que regresar una vez más. El público había enloquecido. Sencillamente, no le dejaban marchar. Fue tremendo; una ovación verdaderamente apoteósica.

Más tarde, mientras descansaba en el sillón de la otra habitación, aún seguía disfrutando. Cerró los ojos porque no quería que nada rompiera el hechizo. Allí tumbado, se sentía como si estuviera flotando. Era una sensación maravillosa, y cuando subió a su cuarto, y tras desnudarse y acostarse, aún le acompañaba.

La noche siguiente dirigió la segunda sinfonía de Beethoven (o, mejor dicho, de Botibol), y el público enloqueció tanto con aquélla como con la anterior. En cada una de las noches siguientes dirigió una sinfonía, y al cabo de nueve noches había ofrecido las nueve sinfonías de Beethoven. Cada vez le resultaba más excitante, porque antes de cada concierto el público decía: «No es posible que haya hecho otra obra maestra. No es humanamente posible.» Pero lo era. Todas eran igualmente extraordinarias. La última sinfonía, la novena, fue especialmente emocionante, porque el compositor sorprendió y encantó a todos con una coral magistral. Tuvo que dirigir un nutridísimo coro, además de la orquesta, y Benjamino Gigli vino en avión desde Italia para cantar como tenor. Enrico Pinza fue el bajo. Al final, el público gritó hasta quedarse afónico. El mundo de la música al completo estaba allí en pie, aplaudiendo, y por todas partes decían que nunca se sabía con qué iba a sorprender aquel ser fascinante.

Componer, presentar y dirigir nueve grandes sinfonías en otros tantos días es un gran logro para cualquier hombre, y no es de extrañar que al señor Botibol se le subiera un poco a la cabeza. Decidió sorprender a su público una vez más. Iba a componer ingentes cantidades de música maravillosa para piano, que él mismo interpretaría. De modo que, a primeras horas de la mañana siguiente, se dirigió a la sala de exposiciones en que se vendían pianos Bechstein y Steinway. Se sentía tan dispuesto y en forma que fue andando, y por el camino tateó trocitos de nuevas y preciosas melodías para piano. Tenía la cabeza llena de música. Se le venían a la imaginación continuamente, de repente, y tenía la sensación de que miles de notas, unas blancas, otras negras, le caían en cascada por un agujero de su cabeza, y de que su cerebro, su extraordinario cerebro musical, las recibía con la misma rapidez con que llegaban, y las desentrañaba y ordenaba claramente para que formasen melodías bellísimas. Eran nocturnos, *études* y valeses, y dentro de poco las ofrecería a un mundo agradecido y admirado.

Cuando llegó a la tienda de música, empujó la puerta y entró casi con aire de seguridad. Había cambiado mucho en los últimos días. Su nerviosismo se había esfumado, en parte, y ya no le preocupaba tanto lo que pensarán de su aspecto los demás.

—Quiero un piano de cola —le dijo al dependiente—; pero habrá que adaptarlo para que no suene cuando se toquen las teclas.

El dependiente se inclinó hacia adelante y alzó las cejas.

—¿Puede hacerse? —preguntó el señor Botibol.

—Sí, señor. Creo que sí, si lo desea. Pero ¿puedo preguntarle para qué va a utilizar el instrumento?

—Si quiere saberlo... Voy a hacer como si fuera Chopin. Voy a tocar mientras un gramófono reproduce la música. Me divierte.

Le salió así, y el señor Botibol no sabía qué le había impulsado a decirlo. Pero ya estaba hecho, lo había dicho y se acabó. En cierto modo se sintió aliviado porque había demostrado que no le importaba contarle a la gente lo que estaba haciendo. Aquel hombre probablemente le respondería que era una idea estupenda. O puede que no. Tal vez dijera que debían encerrarlo en un manicomio.

—Bueno, ya lo sabe —dijo el señor Botibol.

El dependiente soltó una carcajada.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! Muy bueno, señor. Muy bueno. Me lo tengo bien merecido por preguntar.

Se calló bruscamente a mitad de la carcajada y miró fijamente al señor Botibol.

—Seguramente sabrá que vendemos teclados sin sonido para practicar.

—Quiero un piano de cola —dijo el señor Botibol.

El dependiente volvió a mirarle.

El señor Botibol eligió su piano y salió de la tienda con la mayor rapidez posible. Fue al establecimiento en que vendían discos y allí encargó varios álbumes que contenían grabaciones de todos los nocturnos, *études* y valeses de Chopin, en interpretación de Arthur Rubinstein.

—¡Dios mío, qué bien se lo va a pasar!

El señor Botibol se dio la vuelta y vio ante el mostrador, a su lado, a una chica rechoncha y paticorta, con una cara de lo más vulgar.

—Sí —replicó—. Sí, desde luego.

Tenía por norma no hablar con mujeres en lugares públicos, pero aquella le había pillado por sorpresa.

—Me encanta Chopin —dijo la chica. Llevaba una delgada bolsa de papel marrón con asas de cuerda que contenía un disco que acababa de comprar—. Es el músico que más me gusta.

Resultaba reconfortante, tras las carcajadas del dependiente, oír la voz de aquella chica. El señor Botibol deseaba hablar con ella, pero no sabía qué decir.

La chica añadió:

—Lo que más me gusta son los nocturnos. Son tan relajantes... ¿Qué es lo que prefiere usted?

El señor Botibol respondió:

—Pues...

La chica le miró y sonrió dulcemente, tratando de sacarle del apuro. Aquella sonrisa lo consiguió. De repente, el señor Botibol se sorprendió diciendo:

—Pues tal vez... O sea... Quería saber si... —la chica volvió a sonreír: en aquella ocasión no pudo evitarlo—. Quiero decir que me gustaría que viniera usted a casa algún día a oír estos discos.

—Es usted muy amable —se calló, pensando si sería correcto lo que hacía—. ¿Lo dice en serio?

—Sí, me gustaría mucho.

Llevaba viviendo en la ciudad el tiempo suficiente para saber que los viejos, si eran viejos verdes, no intentaban ligar con chicas tan poco agraciadas como ella. Sólo la habían abordado dos veces en público y en ambas ocasiones el hombre estaba borracho. Pero aquél no lo estaba. Parecía nervioso y tenía un aspecto raro, pero no estaba borracho. Pensándolo bien, era ella quien había iniciado la conversación.

—Me encantaría —dijo—. De verdad. ¿Cuándo quiere que vaya?

«Oh, Dios mío —pensó el señor Botibol—. Dios mío, Dios mío, Dios mío.»

—Puedo ir mañana —continuó—. Es mi tarde libre.

—Sí, muy bien —replicó el señor Botibol lentamente—. Claro que sí. Voy a darle mi tarjeta. Aquí tiene.

—«A. W. Botibol» —leyó la chica en voz alta—. Qué apellido tan curioso. Yo me llamo Darlington. Señorita L. Darlington. Encantada de conocerle, señor Botibol —le tendió la mano para que se la estrechase—. ¡Estoy deseando oírlos! ¿A qué hora le parece que vaya?

—Cuando quiera —contestó—. Por favor, venga cuando quiera.

—¿A las tres?

—Muy bien. A las tres.

—¡Estupendo! Allí me tendrá usted.

La observó al salir de la tienda: una personita rechoncha, achaparrada, de piernas gruesas: y, «¡cielo santo! —pensó—, ¿qué es lo que he hecho?». Estaba sorprendido de sí mismo, pero no le disgustaba.

Más en seguida empezó a preocuparse por si debía dejar que viese su sala de conciertos o no. Su preocupación aumentó al darse cuenta de que era el único lugar de la casa donde había gramófono.

Aquella noche no hubo concierto. En lugar de eso se puso a meditar obsesivamente, sentado en su sillón, sobre la señorita Darlington y sobre lo que debía hacer cuando llegase. A la mañana siguiente trajeron el piano, un bonito Bechstein de caoba oscura, que llevaron sin patas y después instalaron en la plataforma de la sala de conciertos. Era un instrumento imponente, y cuando el señor Botibol lo abrió y apretó una tecla con un dedo, no produjo el menor sonido. Al principio tenía la intención de sorprender al mundo con un recital de sus primeras composiciones de piano —un conjunto de *études*— en cuanto llegara el instrumento, pero ahora no tenía sentido. Estaba demasiado preocupado por la señorita Darlington y por su

llegada a las tres de la tarde. A la hora de la comida su agitación había aumentado y no pudo comer.

—Mason —dijo—. Estoy..., estoy esperando a una joven. Llegará a las tres.

—¿A una qué, señor? —preguntó el mayordomo.

—A una joven. Mason.

—Muy bien, señor.

—Que pase al cuarto de estar.

—Sí, señor.

El timbre sonó exactamente a las tres. A los pocos segundos Mason la conducía hasta la habitación. La chica entró, sonriente: el señor Botibol se puso de pie y le estrechó la mano.

—¡Caramba! —exclamó la señorita Darlington—. ¡Qué casa tan bonita! No sabía que venía a ver a un millonario.

Acomodó su cuerpecito regordete en un sillón grande y el señor Botibol se sentó frente a ella. No sabía qué decir. Se sentía fatal. Pero casi en seguida ella empezó a hablar, y charló alegremente sin parar durante un buen rato, fundamentalmente sobre la casa, los muebles y las alfombras, sobre lo amable que había sido al invitarla, porque la verdad era que no tenía muchas ocasiones de divertirse. Trabajaba durante todo el día y compartía una habitación con otras dos chicas en una residencia, y el señor Botibol no podía hacerse idea de lo emocionante que le resultaba estar allí. El señor Botibol empezó a sentirse más cómodo poco a poco. Escuchaba a la chica, que le caía bastante bien, y movía lentamente su cabeza calva en señal de asentimiento. Y cuanto más hablaba la señorita Darlington, más le gustaba. Era alegre y parlanchina: pero bajo todo ello el más tonto podía vislumbrar un ser solitario y cansado. Hasta el señor Botibol lo veía con claridad. Fue en ese momento cuando empezó a acariciar una idea atrevida y arriesgada.

—Me gustaría enseñarle una cosa, señorita Darlington —dijo.

Salió de la habitación delante de ella y la llevó directamente a la sala de conciertos.

—Mire —dijo.

La chica se detuvo junto a la puerta.

—¡Dios mío! Pero ¿qué es esto? ¡Un teatro! ¡Un teatro de verdad!

Después vio el piano en el escenario, el estrado del director y la barandilla de latón alrededor.

—¡Es para conciertos! —exclamó—. ¡Oye conciertos aquí! ¡Qué fascinante, señor Botibol!

—¿Le gusta?

—¡Claro que si!

—Volvamos a la otra habitación y se lo contaré.

El entusiasmo de la chica le había dado confianza y quería seguir adelante.

—Escuche, porque voy a contarle algo curioso.

Y cuando estuvieron sentados de nuevo en el salón empezó a contarle la historia inmediatamente. Se lo contó todo, desde el principio: que un día, escuchando una sinfonía, había imaginado que era el compositor; que se había levantado y se había puesto a dirigir; que aquello le había producido un inmenso placer; que había vuelto a hacerlo, con resultados parecidos, y que finalmente se había construido la sala de conciertos en la que ya había dirigido nueve sinfonías. Pero mintió un poco. Le dijo que la verdadera razón era que quería apreciar la música lo mejor posible, Sólo había una forma de escuchar música, le dijo, una sola forma de escuchar cada nota y cada acorde. Había que hacer dos cosas al mismo tiempo. Había que imaginar que la había compuesto uno mismo, e imaginar que el público la oía por primera vez.

—¿Cree usted —dijo—, cree usted de verdad que una persona que no tenga nada que ver con la obra puede sentir la mitad de la emoción que el compositor la primera vez que la toca una orquesta completa?

—No —contestó la chica tímidamente—. Claro que no.

—¡Por eso hay que convertirse en el compositor! ¡Robar su música! ¡Quitársela y apropiársela!

Se echó hacia atrás en el sillón, y la señorita Darlington lo vio sonreír por primera vez. Al señor Botibol se le acababa de ocurrir entonces aquella complicada explicación de su comportamiento, pero la encontró estupenda y sonrió.

—Bueno, ¿qué piensa usted, señorita Darlington?

—La verdad es que lo encuentro muy interesante.

Le respondió con cortesía, confundida; pero estaba muy lejos de él en esos momentos.

—¿Quiere probar?

—No, no, por favor.

—Me gustaría que lo hiciera.

—Me temo que no sería capaz de experimentar lo mismo que usted, señor Botibol. Creo que no tengo tanta imaginación.

Leyó la desilusión en sus ojos.

—Pero me encantaría sentarme en una butaca y escuchar mientras usted dirige —añadió.

El señor Botibol se levantó del sillón de un salto.

—¡Ya sé! —exclamó—. ¡Un concierto de piano! Usted toca el piano y yo dirijo. Usted es la mejor pianista del mundo. Es la presentación de mi concierto para piano número uno. Usted toca, yo dirijo. La mejor pianista y el mejor compositor juntos por primera vez. ¡Una ocasión memorable! ¡El público enloquecerá! Harán cola toda la noche a la puerta para entrar. Se transmitirá por radio a todo el mundo. Será... Será... —el señor Bolibol se calló. Se puso detrás del sillón, con las dos manos apoyadas en el respaldo, y de repente se sintió tímido y avergonzado—. Lo siento —dijo—. Me he exaltado. Ya ve usted cómo es esto. Me exalto incluso ante la idea de otra actuación —y añadió lastimeramente—: ¿Quiere usted tocar un concierto de piano conmigo,

señorita Darlington?

—Me parece una niñería —dijo, pero sonrió.

—No se va a enterar nadie. Nadie sabrá nada.

—De acuerdo —dijo al fin—. Lo haré. Me siento como una tonta, pero lo haré de todos modos. Será como un juego.

—¡Estupendo! —exclamó el señor Botibol—. ¿Cuándo? ¿Esta noche?

—Bueno, no sé...

—Sí —dijo impaciente—. Por favor, esta noche. Vuelva. Cenaremos juntos y después daremos el concierto —el señor Botibol estaba muy excitado otra vez—. Tenemos que arreglar algunos detalles. ¿Cuál es su concierto favorito para piano, señorita Darlington?

—Pues yo diría que el «Emperador», de Beethoven.

—Pues entonces tocaremos el «Emperador». Lo tocará usted esta noche. Venga a cenar a las siete, con vestido largo. Debe ponerse vestido largo para el concierto.

—Tengo un vestido de baile, pero hace años que no me lo pongo.

—Se lo pondrá esta noche —se calló y la miró en silencio unos momentos, y después añadió con dulzura—: No está preocupada, ¿verdad, señorita Darlington? Tal vez prefiera no hacerlo. Me temo, me temo que he ido demasiado lejos, y que la he obligado a esto. Y sé que debe parecerle una estupidez.

«Eso esta mejor —pensó ella—. Mucho mejor. Ahora sé que no pasa nada.»

—No, no —dijo—. Estoy deseando hacerlo. Pero como se lo tomaba tan en serio, me ha asustado un poco.

Cuando se marchó, el señor Botibol esperó cinco minutos y después fue a la ciudad, a la tienda en que le habían vendido el gramófono, y compró el disco del concierto «Emperador», con Toscanini como director y Horowitz como solista. Volvió inmediatamente, dijo al atónito mayordomo que había un invitado a cenar, subió a su habitación y se puso el frac.

Ella llegó a las siete. Llevaba un vestido largo y sin mangas, de una tela verde brillante, y al señor Botibol no le pareció tan regordeta ni tan vulgar como antes. Fueron a cenar inmediatamente, y a pesar de los ademanes de silenciosa desaprobación con que Mason servía la mesa, la cena transcurrió bien. La chica protestó alegremente cuando el señor Botibol le sirvió la segunda copa de vino, pero no la rechazó. Parloteó casi sin parar mientras despachaban los tres platos, y el señor Botibol la escuchaba y asentía, y volvía a llenar la copa de la señorita Darlington en cuanto iba por la mitad.

Después, una vez sentados en el salón, el señor Botibol dijo:

—Y ahora, señorita Darlington, ahora debemos empezar a asumir nuestros papeles.

Como de costumbre, el vino le había puesto contento, y la chica, que estaba aún menos acostumbrada a beber que él, tampoco se sentía mal.

—Usted, señorita Darlington, es una gran pianista. ¿Cuál es su nombre de pila,

señorita Darlington?

—Lucille —respondió.

—La gran pianista Lucille Darlington. Yo soy el compositor Botibol. Tenemos que hablar, actuar y pensar como si fuéramos la pianista y el compositor.

—¿Y cuál es su nombre de pila, señor Botibol? ¿Qué significa la A?

—Angel —contestó.

—¿De verdad?

—Sí —dijo con irritación.

—Angel Botibol —murmuró, y soltó una risita. Pero se contuvo y añadió—; Es un nombre muy poco corriente y muy elegante.

—¿Está usted lista, señorita Darlington?

—Sí.

El señor Botibol se levantó y se puso a pasear nerviosamente por la habitación. Miró su reloj.

—Ya es casi la hora de empezar —dijo—. Me han dicho que la sala está abarrotada, que no queda ni una sola entrada. Siempre me pongo nervioso antes de los conciertos. ¿Usted se pone nerviosa, señorita Darlington?

—Sí, sí; siempre. Especialmente cuando toco con usted.

—Creo que le gustará. He puesto todo mi ser en este concierto, señorita Darlington. Componerlo me ha dejado casi exhausto. He pasado después varias semanas enfermo.

—Pobrecillo —dijo la chica.

—Ya es la hora —añadió el señor Botibol—. La orquesta está preparada. Vamos.

Salieron del salón y bajaron por el pasillo; después el señor Botibol hizo esperar a la chica a la puerta de la sala de conciertos mientras él entraba a toda velocidad, preparaba las luces y conectaba el gramófono. Volvió, la recogió y mientras subían al escenario el público prorrumpió en aplausos. Ambos hicieron una reverencia, dirigida al auditorio en sombras, y la ovación fue fuerte y se prolongó largo rato. A continuación, el señor Botibol subió al estrado y la señorita Darlington tomó asiento ante el piano. Los aplausos se extinguieron. El señor Botibol alzó la batuta. Cayó el siguiente disco y empezó el concierto «Emperador».

Fue algo realmente sorprendente. El señor Botibol, delgado como una caña, sin hombros, sobre el estrado con su frac, agitaba los brazos siguiendo más o menos la música; y la rolliza señorita Darlington, con su vestido verde brillante, sentada ante el enorme piano, aporreaba el teclado silencioso con todas sus fuerzas. Ella reconocía los momentos en los que el piano debía enmudecer, y en esas ocasiones posaba las manos en el regazo, muy modosita, y miraba al frente con expresión soñadora y embelesada. Al verla, el señor Botibol pensó que tocaba especialmente bien los trozos lentos del solo del segundo movimiento. Dejaba que sus manos recorriesen ágil y delicadamente el teclado, e inclinaba la cabeza primero a un lado y luego al otro, y en una ocasión cerró los ojos largo rato mientras tocaba. Durante el último

movimiento, muy emocionante, el señor Botibol perdió el equilibrio y se hubiera caído de la plataforma de no haberse agarrado a la barandilla de latón. Pero, a pesar de todo, el concierto avanzó majestuosamente hasta llegar al grandioso final. Entonces se oyeron los verdaderos aplausos. El señor Botibol fue hasta el piano, tomó a la señorita Darlington de la mano y la llevó hasta el borde del estrado, y allí se quedaron los dos, haciendo inclinaciones de cabeza interminablemente mientras el público aplaudía y gritaba: «Otra, otra». Cuatro veces abandonaron el escenario y volvieron, y la quinta vez el señor Botibol susurró:

—Es a usted a quien aclaman. Salude usted sola.

—No —replicó ella—. Es a usted, a usted. Por favor.

Pero él la empujó hacia adelante, y ella saludó, volvió y le dijo:

—Ahora usted. ¿No oye cómo le aclaman?

De modo que el señor Botibol salió solo al escenario, hizo una solemne reverencia hacia la derecha, hacia la izquierda y el centro, y se retiró en el momento en que cesaban los aplausos.

La llevó directamente al salón. Respiraba con dificultad y el sudor le cubría la cara. También ella jadeaba un poco y tenía las mejillas de un rojo encendido.

—Ha sido una actuación extraordinaria, señorita Darlington. Permítame que la felicite.

—Pero ¡qué concierto, señor Botibol! ¡Qué concierto tan soberbio!

—Lo ha interpretado perfectamente, señorita Darlington. Tiene usted verdadera sensibilidad para la música —se estaba secando el sudor de la cara con un pañuelo—. Y mañana tocaremos mi segundo concierto.

—¿Mañana?

—¡Naturalmente! ¿Es que lo ha olvidado, señorita Darlington? Estamos contratados para trabajar juntos durante una semana.

—Ah..., sí, sí... Lo había olvidado.

—Le parece bien, ¿verdad? —preguntó con ansiedad—. Después de haberla oído esta noche, no toleraría que mi música la tocara otra persona.

—Sí, claro —dijo—. Sí, naturalmente —miró el reloj que había en la repisa de la chimenea—. ¡Cielo santo, qué tarde es! ¡Tengo que marcharme! No sé cómo voy a levantarme mañana para ir a trabajar.

—¿A trabajar? —dijo el señor Botibol—. ¿A trabajar? —Después, lentamente, de mala gana, se obligó a volver a la realidad—. Ah, sí. A trabajar. Claro, claro. Tiene que ir a trabajar.

—Pues sí.

—Y ¿dónde trabaja, señorita Darlington?

—¿Yo? Pues —y vaciló un momento, mirando al señor Botibol—... En la vieja Academia.

—Espero que sea en algo agradable. ¿Qué academia es?

—Doy clases de piano.

El señor Botibol dio un respingo, como si alguien le hubiera pinchado por detrás con un alfiler. Abrió la boca desmesuradamente.

—No tiene importancia —dijo ella, sonriendo—. Siempre he querido ser Horowitz. Y mañana, ¿le importaría que fuese Schnabel?

El desratizador

Aquella tarde llegó el desratizador a la gasolinera. Se acercó sigilosamente por la calzada con un andar suave, cauteloso, sin hacer el menor ruido al posar los pies en la gravilla. Llevaba una mochila del ejército colgada del hombro y una chaqueta negra y anticuada de grandes bolsillos. Los pantalones de pana marrón iban atados con cintas blancas a la altura de la rodilla.

—¿Qué desea? —preguntó Claud, sabiendo perfectamente quién era.

—Del servicio de desratización.

Sus ojillos oscuros recorrieron rápidamente el local.

—¿El desratizador?

—El mismo.

Aquel hombre era flaco. Y moreno, con un rostro afilado y dos dientes largos de color azufre que sobresalían de la mandíbula superior, cubriendo el labio inferior, que quedaba apretado hacia adentro. Tenía las orejas pequeñas y puntiagudas, muy pegadas hacia atrás, casi en el cogote. Los ojos eran negros, pero cuando miraba, en su interior resplandecía un destello amarillo.

—Ha venido muy pronto.

—Ordenes especiales del director de sanidad.

—¿Y va usted a coger todas las ratas?

—*Sastamente*.

Aquellos ojos oscuros y furtivos eran como los de un animal que vive en un agujero del suelo y se asoma continuamente y con precaución.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—¡Ajajá! —exclamó el desratizador, con aire misterioso—. Eso depende de dónde estén.

—Supongo que habrá que ponerles una trampa.

—¡Una trampa! —exclamó con asco—. ¡Así no pillaré muchas ratas! Las ratas no son conejos, ¿sabe *usté*? Mantenía la cabeza muy erguida, olfateando el aire con aquella nariz que se movía visiblemente de un lado a otro.

—No —añadió sarcástico—. Esa no es forma de cazar ratas. Por si no lo sabe, le diré que las ratas son muy listas, y para pillarlas hay que conocerlas. Para hacer este trabajo hay que conocer bien a las ratas.

Observé que Claud lo miraba fijamente, con cierta fascinación.

—Las ratas son más listas que los perros.

—¡Venga, hombre!

—¿Saben ustedes lo que hacen? ¡Te observan! Mientras tú vas preparando las cosas para cazarlas, ellas están calladitas en los sitios más oscuros, mirándote.

Se agachó, estirando mucho su cuello nervudo.

—Y entonces, ¿qué hace usted? —preguntó Claud, Fascinado.

—Ah, esa es la historia. Por eso hay que conocer a las ratas.

—¿Cómo las coge?

—Hay varias formas —respondió sonriendo maliciosamente—. Hay varias formas.

Se calló, sacudiendo su asquerosa cabeza de arriba abajo con aires de sabihondo.

—Depende de dónde estén —continuó—. Lo de ustedes no es una cloaca, ¿verdad?

—No, no es una cloaca.

—Esas sí que tienen miga. Sí —dijo apuntando delicadamente su nariz móvil hacia la izquierda para olfatear el aire—. Las cloacas sí que tienen miga.

—No creo que sea para tanto la cosa.

—Ah, conque a *usted* le parece que no, ¿eh? ¡Ya me gustaría verle a *usted* en una cloaca! Y si se puede saber, ¿qué es lo que haría *sastamente*?

—Nada de particular. Pondría veneno, y listo.

—¿Y me puede decir dónde lo pondría?

—Pues en la cloaca. ¿Dónde va a ser?

—¡Claro! —exclamó triunfal—. ¡Lo sabía! ¡En la cloaca! ¿Y sabe lo que pasaría? Que se lo llevaría el agua. Una cloaca es como un río.

—¡Porque usted lo diga! —replicó Claud—. Eso será porque usted lo diga.

—Es un hecho.

—Está bien, de acuerdo. ¿Qué haría usted, señor sabelotodo?

—Ahí es precisamente donde hay que conocer a las ratas, cuando hay que limpiar una cloaca.

—Vale, vale. Explíquelo de una vez.

—Se lo contaré —el desratizador se acercó un poco más; su voz adoptó un tono confidencial, como si fuera a divulgar portentosos secretos profesionales—. Se trabaja partiendo de la base de que una rata es un animal que roe. Las ratas *roen*. Les das cualquier cosa, lo que sea, incluso algo nuevo que no han visto nunca, y ¿qué es lo que hacen? Lo *roen*. ¡Y ahí está la cosa! ¿Qué hacer cuando hay que limpiar una cloaca?

Su voz tenía el sonido suave y gutural del croar de una rana, y parecía pronunciar las palabras relamiéndose, como si tuvieran buen sabor al contacto, con la lengua. El acento era similar al de Claud, con la inconfundible dulzura de Buckinghamshire; pero su voz era más gutural, las palabras se hacían más pastosas en su boca.

—Lo único que hay que hacer es meterse en la cloaca con unas bolas de papel corrientes, de esas marrones, llenas de yeso. Nada más. Después se cuelgan del techo de la cloaca, de modo que no lleguen a tocar el agua. ¿Entiende? Que no lleguen a tocarla, pero a una altura que pueda alcanzar la rata.

Claud le escuchaba absorto.

—Entonces la rata llega nadando por la cloaca y ve la bolsa. Se para. La olfatea (la verdad es que no huele nada mal). Y ¿qué hace?

—¡La *roe*! —exclamó Claud encantado.

—¡*Sastamente*! ¡Eso es! Se pone a mordisquear la bolsa hasta que se rompe, y la muy desgraciada va y se traga un bocado.

—¿Y qué?

—Que ahí se acabó todo.

—¿Que se muere?

—Sí. ¡Se queda tiesa!

—Pero si el yeso no es venenoso.

—¡Ajá! En eso es en lo que se equivoca. El polvo se hincha, o sea, cuando se humedece, se hincha. Se mete en las tripas de la rata, se hincha, y la mata más deprisa que ninguna otra cosa en el mundo.

—¡*No*!

—Es que hay que conocer a las ratas.

El rostro del desratizador resplandecía de orgullo, y se frotó los nudosos dedos con las manos cerca de la cara. Claud lo miraba fascinado.

—Bueno, ¿dónde están esas ratas? —La palabra «ratas» salía de su boca suave y gutural, como si hiciera gárgaras con mantequilla derretida—. Vamos a echar una ojeada a esas *raatas*.

—Están al otro lado de la carretera, en el almiar.

—¿No hay en la casa? —preguntó visiblemente decepcionado.

—No. Sólo en el almiar. En ningún otro sitio.

—Me apuesto cualquier cosa a que también hay en la casa. No me extrañaría que se les metieran en la comida por la noche y propagaran enfermedades. ¿Alguno de ustedes está malo? —preguntó, mirándome primero a mí y después a Claud.

—Aquí estamos todos bien.

—¿Seguro?

—Sí, claro.

—Es que nunca se sabe. Podrían estar incubando la enfermedad desde hace semanas sin darse cuenta, y un día, de repente, ¡zas! Por eso el doctor Arbuthnot es tan quisquilloso con esto y me ha mandado tan deprisa, para evitar que se propaguen enfermedades.

Se había investido con la autoridad del director de sanidad. En ese momento era una rata muy importante, profundamente desilusionada porque no padecíamos peste bubónica.

—Yo me encuentro bien —dijo Claud nerviosamente.

El desratizador volvió a observar su cara, pero no dijo nada.

—¿Y cómo va a cazarlas en el almiar?

El desratizador sonrió astutamente, mostrando los dientes. Metió una mano en la mochila y sacó una lata grande que colocó a la altura de sus ojos. Escrutó a Claud con

la lata en la mano.

—¡Con veneno! —susurró; pero lo pronunció así: *ve-ne-no*, transformando aquella palabra en algo tenebroso, peligros—. ¡*Ve-ne-no mortal!* —mientras hablaba, sopesaba la lata—. ¡Aquí hay suficiente para matar a un millón de personas!

—Qué espanto —dijo Claud.

—¡*Sastamente!* Si te pillan incluso con una sola cucharada de esto, te pueden caer seis meses —dijo, humedeciéndose los labios con la lengua. Tenía la costumbre de estirar el cuello al hablar.

—¿Quieren verlo? —preguntó, al tiempo que cogía un penique y abría la tapa—. ¡Aquí está!

Hablaba de aquella sustancia afectuosamente, casi con cariño, y le tendió la lata a Claud para que la viera.

—¿Es trigo? ¿O cebada?

—Avena, empapada de *ve-ne-no* mortal. Con solo un grano que te metas a la boca, te vas al otro barrio en cinco minutos.

—¿En serio?

—Sí. Nunca pierdo de vista esta lata.

La acarició y la agitó levemente: los granos de avena crujieron.

—Pero hoy no. Hoy no le voy a dar esto a sus ratas, porque de todos modos no se lo comerían. Por eso hay que conocer a las ratas. Son muy suspicaces, terriblemente suspicaces. Así que hoy les pondré avena limpia y bien rica, que no les hará ningún daño. Solo las engordará. Y mañana lo mismo. Les gusta tanto que, al cabo de dos días vendrán todas las ratas de la región.

—Muy astuto.

—En este oficio hay que ser astuto, más que las ratas, que ya es decir.

—Casi hay que ser una rata —dije. Se me escapó, sin darme tiempo a pensarlo. No pude evitarlo, porque en ese momento estaba mirando al desratizador. Pero su reacción me dejó sorprendido.

—¡Eso es! —exclamó—. ¡Lo ha entendido! ¡Por fin ha dicho algo inteligente! Para matar ratas hay que ser prácticamente una rata. Hay que ser incluso más astuto que ellas, y permítame decirle que no es fácil.

—Estoy seguro.

—Bueno, pues vamos allá. Tengo prisa, ¿entienden? Lady Leonora Benson me ha pedido que vaya urgentemente a su casa.

—¿Ella también tiene ratas?

—Como todo el mundo —respondió, y echó a andar despacio por la calzada, cruzó la carretera y llegó al almiar, mientras nosotros le observábamos. Su forma de andar era asombrosa, muy parecida a la de una rata, con unos pasos lentos, casi delicados, doblando mucho las rodillas, sin hacer el menor ruido al pisar la grava. Brincó ágilmente por encima de la verja y saltó al prado; después dio una rápida vuelta al almiar, tirando puñados de avena al suelo.

Volvió al día siguiente y repitió la operación.

También vino al día siguiente, y en esta ocasión puso la avena envenenada. Pero no la tiró; la colocó cuidadosamente en montoncitos por cada rincón del almiar.

—¿Tienen perro? —preguntó el tercer día, después de haber colocado el veneno.

—Sí.

—Pues si quieren verlo morir retorciéndose de una forma espantosa no tienen más que dejarlo entrar por esa puerta.

—Tendremos cuidado —le respondió Claud—. No se preocupe por eso.

También volvió al día siguiente, esta vez para recoger las ratas muertas.

—¿Tiene un saco viejo? —preguntó—. Seguramente nos hará falta para meterlas.

Se daba aires de importancia, sus ojos negros destellaban de orgullo. Estaba a punto de mostrar a su público los sensacionales resultados de su habilidad.

Claud cogió un saco y los tres cruzamos la carretera; el desratizador iba delante de nosotros. Claud y yo nos inclinamos sobre la verja para mirar. El desratizador dio unas vueltas alrededor del almiar, agachándose para inspeccionar los montoncitos de veneno.

—Algo está mal —murmuró. Su voz dulce denotaba ira.

Se acercó lentamente al otro montón y se arrodilló para examinarlo con cuidado.

—Aquí pasa algo raro.

—¿Qué ocurre?

No respondió, pero estaba claro que las ratas no habían picado el anzuelo.

—Estas ratas de por aquí son muy listas —dije.

—Eso mismo le había dicho yo, Gordon. No se trata de ratas normales y corrientes.

El desratizador fue hasta la verja. La gran irritación que sentía se le reflejaba en la cara y la nariz, y en la forma de apretar la piel del labio inferior con sus dos dientes amarillos.

—Déjense de bobadas —replicó, mirándome—. A estas ratas no les pasa nada; pero alguien les está dando de comer. Han encontrado algo jugoso en alguna parte, y en buena cantidad. Ninguna rata le hace ascos a la avena, a menos que tenga la tripa llena a reventar.

—Son listas —insistió Claud.

El hombre se dio la vuelta disgustado. Volvió a arrodillarse y se puso a recoger la avena envenenada con una palita, devolviéndola cuidadosamente a la lata. Cuando acabó, los tres cruzamos la carretera.

El desratizador se quedó cerca de los surtidores de gasolina, viva imagen de un hombre apenado y humillado, cuya cara empezaba a adoptar una expresión meditativa.

Se había encerrado en sí mismo y reflexionaba en silencio sobre su fracaso, los ojos velados y crueles, la lengüecita disparándose hacia un extremo de los dientes amarillos para mantener los labios húmedos.

Tener los labios húmedos parecía algo fundamental.

Levantó los ojos hacia mí y me lanzó una mirada rápida y subrepticia, y después a Claud. Agitó la punta de la nariz, olfateando el aire. Se puso varias veces de puntillas, balanceándose ligeramente, y dijo, con voz dulce y sibilante:

—¿Quieren ver una cosa?

Era evidente que quería recuperar su reputación.

—¿Qué?

—¿Quieren ver una cosa *asombrosa*?

Al tiempo que pronunciaba estas palabras, metió la mano derecha en las profundidades de un bolsillo de su chaqueta y sacó una enorme rata viva, apretada entre los dedos.

—¡Cielo santo!

—Ah, aquí está.

Estaba ligeramente agachado, con el cuello estirado, mirándonos maliciosamente con aquella gigantesca rata marrón en la mano, apretando con fuerza el cuello del bicho con el índice y el pulgar para mantenerle la cabeza derecha, de modo que no pudiera volverla para morder.

—¿Lleva ratas en los bolsillos normalmente?

—Siempre tengo un par de ratas por alguna parte. Y diciendo esto metió la mano libre en el otro bolsillo y sacó un pequeño hurón blanco.

—Un hurón —dijo, levantándolo por el cuello.

El animal parecía conocerle y se quedó quieto.

—No hay nada como un hurón para matar una rata deprisa. Y no hay nada que le dé más miedo a una rata.

Juntó las manos delante de la cara hasta que la nariz del hurón quedó a quince centímetros de la cara de la rata. Esta se debatió, tratando de separarse de su asesino.

—Y ahora —dijo—, ¡miren!

Llevaba el cuello de la camisa caqui desabrochado. Levantó la rata y la deslizó por dentro, junto a su piel. En cuanto le quedó la mano libre se desabotonó la chaqueta para que su público viese el bulto del cuerpo de la rata bajo la camisa. El cinturón impedía que el animal descendiese más abajo de la cintura.

A continuación metió el hurón.

Inmediatamente se produjo una gran conmoción allí dentro. Al parecer, la rata corría por el cuerpo del hombre, perseguida por el hurón. Dieron seis o siete vueltas, el bulto pequeño tras el grande, ganando terreno en cada circuito y acercándose cada vez más, hasta que finalmente se juntaron los dos y se oyeron ruidos de pelea y una serie de agudos chillidos.

Durante todo aquel proceso el hombre permaneció completamente inmóvil, con las piernas separadas, los brazos colgando, los oscuros ojos posados en la cara de Claud. Después deslizó una mano por la camisa y sacó al hurón; con la otra cogió la rata muerta. Había manchas de sangre en el hocico blanco del hurón.

—Francamente, no me ha hecho ninguna gracia.

—Le apuesto lo que quiera a que nunca había visto una cosa parecida.

—Pues no. La verdad es que no.

—Cualquier día le van a pegar un mordisco en las tripas —le dijo Claud. Pero era evidente que estaba impresionado, y el desratizador empezó a ponerse chulo otra vez.

—¿Quieren ver algo todavía más asombroso? —preguntó—. ¿Quieren ver algo que no podrían creer a menos que lo vieran con sus propios ojos?

—¿Qué?

Estábamos en la calzada, junto a los surtidores, y era una de esas mañanas agradables y cálidas de noviembre. Llegaron dos coches a echar gasolina, uno detrás del otro, y Claud fue a atenderlos.

—¿Quieren verlo? —insistió.

Miré a Claud con cierta inquietud.

—Sí —respondió Claud—. Venga.

El desratizador se metió la rata muerta en un bolsillo y el hurón en otro. Después revolvió en la mochila y sacó —con el permiso de ustedes— otra rata viva.

—¡Dios mío! —exclamó Claud.

—Siempre llevo una o dos —anunció el hombre tranquilamente—. En este oficio hay que conocer a las ratas, y para conocerlas hay que tratar con ellas. Esta sí que es una rata de cloaca. Una vieja rata de cloaca, lista como un demonio. ¿No ven cómo me observa todo el rato, intentando adivinar qué voy a hacer? ¿Lo ven?

—Es francamente desagradable.

—¿Y qué piensa hacer? —pregunté.

Tenía la impresión de que aquello iba a gustarme aún menos que lo anterior.

—Tráigame un trozo de cordel.

Claud se lo llevó.

Con la mano izquierda el hombre hizo un nudo alrededor de una de las patas traseras del animal. La rata se debatió, tratando de volver la cabeza para ver qué pasaba; pero él la sujetó con firmeza por el cuello, entre el índice y el pulgar.

—¡Ya está! —dijo, mirando a su alrededor—. ¿Tienen una mesa dentro?

—No queremos ratas en casa —respondí.

—Pues necesito una mesa o algo liso como una mesa.

—¿Sirve el capó del coche? —preguntó Claud.

Fuimos hasta el coche y el hombre dejó la vieja rata de cloaca sobre el capó. Sujetó la cuerda al limpiaparabrisas, de modo que la rata quedó atada.

Al principio se agazapó, inmóvil y suspicaz, una rata gris de gran tamaño con brillantes ojos negros y una larga cola escamosa enrollada sobre el capó del coche. No miraba directamente al desratizador; lo observaba de soslayo, para ver qué iba a hacer. El hombre retrocedió unos pasos y la rata se tranquilizó inmediatamente. Se enderezó sobre las patas traseras y empezó a lamerse el pelo gris del pecho. Después se rascó el hocico con las garras delanteras. Daba la impresión de que los tres

hombres que la rodeaban no le despertaban el menor interés.

—¿Qué? ¿Quieren hacer una apuesta? —preguntó el desratizador.

—No nos gusta apostar —respondí.

—Es sólo por diversión. Es más divertido si se apuesta.

—¿A qué quiere apostar?

—A que mato a esta rata sin emplear las manos. Me las meteré en los bolsillos.

—Le dará una patada —dijo Claud.

Era evidente que el desratizador estaba empeñado en ganar un poco de dinero. Miré a la rata a la que iba a matar y empecé a sentirme ligeramente mareado, no tanto porque fuera a matarla, sino porque iba a hacerlo de un forma muy especial, con regodeo.

—No —dijo el desratizador—. Tampoco usaré los pies.

—¿Ni los brazos? —preguntó Claud.

—Ni los brazos. Ni las piernas, ni las manos.

—Se va a sentar encima de ella.

—No. Tampoco voy a aplastarla.

—Veamos cómo lo hace.

—Primero, la apuesta. Juéguese una libra.

—No diga tonterías —replicó Claud—. ¿Por qué voy a regalarle una libra?

—¿Cuánto se apuesta?

—Nada.

—Vale. Entonces no lo hago.

Hizo ademán de desatar la cuerda del limpiaparabrisas.

—Me apuesto un chelín —le dijo Claud.

La sensación de mareo aumentó, pero todo aquello ejercía un terrible magnetismo, y me sentía incapaz de marcharme, ni tan siquiera de moverme.

—¿Usted también?

—No —respondí.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Que no quiero apostar. Eso es todo.

—¿Y quieren que haga esto por un cochino chelín?

—Yo no quiero que haga nada.

—¿Dónde está el dinero? —le preguntó a Claud.

Claud dejó una moneda de un chelín sobre el capó, cerca del radiador. El desratizador sacó dos monedas de seis peniques y las colocó junto al dinero de Claud. Al extender la mano, la rata se agachó, echó la cabeza hacia atrás y se aplastó contra el coche.

—Las apuestas están hechas —dijo el desratizador. Claud y yo retrocedimos unos pasos. El hombre avanzó. Se metió las manos en los bolsillos y dobló el cuerpo por la cintura, de modo que su cara quedó a la misma altura que la rata, a unos ochenta centímetros de distancia.

Sus ojos se encontraron con los del animal y le mantuvo la mirada. La rata estaba agazapada, en gran tensión, percibiendo el peligro, pero aún no estaba asustada. Por la forma de agacharse me pareció que, se, preparaba para saltar a la cara del hombre: pero los ojos de este debían ejercer algún poder que le impedía hacerlo y que la dominaba e iba asustándola poco a poco. Empezó a retroceder, arrastrándose hacia atrás, acurrucada. Intentó retroceder aún más, sacudiendo la pata para librarse de la cuerda. El hombre, se, inclinó sobre la rata, acercando la cara, observándola fijamente. De repente, el animal fue, presa del pánico y pegó un salto en el aire. La cuerda dio un tirón que casi debió dislocarle la pata. Volvió a agazaparse en medio del capó, alejándose cuanto le permitía la cuerda. Ya estaba realmente asustada, los bigotes temblorosos, el largo cuerpo gris tenso de miedo.

Al llegar a este punto, el desratizador acercó la cara una vez más. Lo hizo con suma lentitud, tanta que no se notó movimiento alguno, solo que cada vez que la miraba, su cara estaba más cerca. No apartaba los ojos de la rata. La tensión era enorme, y de pronto sentí deseos de gritarle que se detuviera. Quería que, lo dejara porque me estaba poniendo malo, pero no fui capaz de articular palabra. Estaba seguro de que iba a ocurrir algo sumamente desagradable de un momento a otro, algo siniestro, cruel, algo propio de ratas, y tal vez me pusiera malo de verdad. Pero tenía que verlo.

La cara del desratizador se encontraba a unos cincuenta centímetros de la rata. Treinta centímetros. Después, veinticinco, tal vez veinte; y al final sus caras sólo estaban separadas por la longitud de la mano de un hombre. La rata aplastaba el cuerpo contra el capó, tensa y aterrorizada. También el desratizador estaba en tensión, pero su tensión era peligrosa, activa, como un muelle muy apretado. La sombra de una sonrisa vaciló en las comisuras de sus labios.

Y de repente atacó.

Atacó como una serpiente, lanzando la cabeza hacia adelante con un movimiento rápido que partió de los músculos de la parte inferior del cuerpo, y durante un segundo vislumbré su boca, que se abrió de par en par, dos dientes amarillos y toda la cara retorcida por el esfuerzo.

No quise ver más. Cerré, los ojos, y cuando volví a abrirlos la rata estaba muerta y el desratizador se metía el dinero en el bolsillo y escupía para limpiarse la boca.

—Con esto es con lo que hacen el *regalís* —dijo—. La sangre de rata es lo que usan las grandes fábricas y los del chocolate para hacer el *regalís*.

Y otra vez aquel humedecerse los labios, aquella forma de relamerse al hablar, la pastosidad gutural de su voz y el regodeo con que pronunciaba la palabra *regalís*.

—Pero no pasa nada por tragarse una gota de sangre de rata —continuó.

—No sea guarro —replicó Claud.

—Pero si la habrán comido muchas veces. Las barras de, *regalís* de a penique se hacen con sangre de rata.

—No queremos saberlo, muchas gracias.

—La cuecen en calderos enormes, burbujeantes y humeantes, y la remueven con unos palos largos. Es uno de los grandes secretos de las fábricas de chocolate, y no lo sabe nadie, a no ser los del servicio de desratización que les llevan el material.

De pronto se dio cuenta de que su público ya no lo apoyaba, de que nuestras caras eran hostiles, habían palidecido y estaban rojas de cólera y asco. Se calló bruscamente, y sin añadir palabra se dio la vuelta y salió. Bajó hasta la carretera, caminando con aquellos pasos lentos, casi delicados, parecidos a los de una rata, sin hacer el menor ruido ni siquiera al pisar la grava.

Rummins

El sol se había elevado sobre las colinas y la niebla había cedido. Era maravilloso pasear por la carretera con el perro a primeras horas de la mañana, especialmente en otoño, con las hojas tornándose doradas y amarillas. A veces se desprendía una y caía lentamente, dándose la vuelta en el aire, y se posaba sin ruido sobre la hierba, junto a la carretera. Soplaban un vientecillo ligero, y se oían crujir y murmurar las hayas como si fueran una muchedumbre.

Aquéllos eran siempre los mejores momentos del día para Claud Cabbage. Miró satisfecho las patas traseras, ondulantes y aterciopeladas del galgo que trotaba delante de él.

—Jackie —dijo con dulzura—. Eh, Jackson, ¿cómo te sientes, chaval?

El perro se volvió al oír su nombre y movió rápidamente la cola para indicarle que había entendido. Nunca tendría un perro como Jackie, se dijo. Qué bonita era aquella línea aerodinámica y esbelta, la cabecita puntiaguda, los ojos amarillos, la negra nariz móvil. Y también el largo cuello, el profundo tórax, que se curvaba y desaparecía en un vientre inexistente. Había que ver cómo caminaba apoyándose en la punta de los dedos, sin ruido, tocando apenas la superficie de la carretera.

—Jackson —dijo—. Mi buen Jackson.

A lo lejos, Claud distinguió la granja de Rummins, pequeña, alargada y vieja, algo apartada del seto, a la derecha.

«Daré la vuelta al llegar allí —decidió—. Por hoy ya es suficiente».

Rummins, que cruzaba el patio en ese momento con un cubo de leche, le vio bajar por la carretera. Dejó el cubo lentamente en el suelo y se dirigió a la verja. Apoyó los brazos en la barra superior, esperándolo.

—Buenos días, señor Rummins —dijo Claud.

Había que ser amable con Rummins, por lo de los huevos.

Rummins ladeó la cabeza y se inclinó sobre la verja, contemplando al galgo con mirada crítica.

—Tiene buen aspecto —dijo.

—Sí, está bien.

—¿Cuándo va a correr?

—No lo sé, señor Rummins.

—Venga, hombre. ¿Cuándo va a correr?

—Sólo tiene diez meses, señor Rummins. Ni siquiera se ha entrenado como es debido. De verdad.

Los ojillos de Rummins, como dos gotitas, brillaron con suspicacia por encima de la verja.

—Me apostaría un par de libras a que lo va a poner a correr en secreto dentro de poco.

Claud restregó los pies, incómodo, sobre la superficie negra de la carretera. Le desagradaba profundamente aquel hombre de ancha boca de rana, dientes partidos, ojos astutos; pero lo que más le molestaba era tener que ser amable con él, por lo de los huevos.

—El almiar ese de enfrente —dijo, buscando desesperadamente otro tema de conversación— está lleno de ratas.

—En todos los almiarés hay ratas —dijo Rummins.

—Pero no tantas como en éste. La verdad es que hemos tenido algún problemilla con las autoridades por este asunto.

Rummins alzó la mirada vivamente. No le gustaban los líos con las autoridades. Cualquier hombre que vende huevos en el mercado negro y que mata cerdos sin permiso hace bien en evitar el contacto con ese tipo de personas.

—¿Qué quiere decir?

—Que han mandado al desratizador.

—¿Por unas cuantas ratas?

—¡Unas cuantas! ¡Pero si está plagado!

—No es posible.

—En serio, señor Rummins. Hay miles.

—¿Y no las ha matado el desratizador?

—No.

—¿Por qué?

—Supongo que porque son muy ladinas.

Rummins se puso a explorar pensativamente el borde interno de una aleta de la nariz con la yema del pulgar, sujetándose la punta entre éste y el índice.

—No me hacen ninguna gracia los desratizadores —dijo—. Son gente del gobierno, y no me hacen ninguna gracia.

—Ni a mí, señor Rummins. Todos los desratizadores son unos seres astutos y rastreros.

—De todos modos —continuó Rummins, deslizando unos dedos bajo la gorra para rascarse la cabeza—, pensaba ir pronto al almiar. Lo mismo me da ir hoy que cualquier otro día. No tengo ganas de que los del gobierno metan las narices en mis cosas.

—Me parece muy bien, señor Rummins.

—Después, Bert y yo iremos a su casa.

Y diciendo esto se dio la vuelta y cruzó el patio lentamente.

Alrededor de las tres de la tarde vimos a Rummins y Bert remontar lentamente la carretera en un carro tirado por un pesado caballo negro imponente. Al llegar frente a la gasolinera, el carro se internó en el prado y se detuvo cerca del almiar.

—Va a merecer la pena verlo —dije—. Trae la escopeta.

Claud cogió el rifle y metió un cartucho en la recámara.

Crucé la carretera y me apoyé en la verja, que estaba abierta. Rummins se había subido al almiar y cortaba la cuerda que sujetaba la paja. Bert se había quedado en el carro, manoseando un cuchillo de un metro de largo.

Bert tenía un ojo raro. Era de un gris pálido, como el ojo de un pescado cocido, y aunque estaba inmóvil en su cuenca, daba la impresión de que te miraba y te seguía, como ocurre con algunos retratos de los museos. Estuviera uno donde estuviese, y dondequiera que mirase Bert, aquel ojo defectuoso se clavaba en ti de soslayo con una mirada fría, cocido, gris y velado, con un puntito negro en el centro, como un pescado en un plato.

Su tipo era justo lo contrario que el de su padre, que era bajo y rechoncho como una rana. Bert era un chico alto, delgado, como sin huesos, descoyuntado; incluso la cabeza parecía descoyuntarse sobre los hombros, caída a un lado, como si fuera demasiado pesada para el cuello.

—Hicieron el almiar en junio pasado —le dije—. ¿Por qué lo quitan tan pronto?

—Papá quiere que lo hagamos.

—Pues noviembre es una época rara para levantar uno nuevo.

—Papá quiere que lo hagamos —repitió Bert, y sus ojos, el sano y el otro, se clavaron en mí con una mirada de vacuidad absoluta.

—Pues mira que tomarse todo el trabajo de apilarlo y atarlo para echarlo abajo al cabo de cinco meses...

—Es lo que quiere papá.

A Bert le goteaba la nariz; se la secó con el dorso de la mano y después se frotó esta en los pantalones.

—Venga, Bert —gritó Rummins, y el chico trepó al almiar y se colocó donde antes estaba el techo. Sacó el cuchillo y empezó a clavarlo en el apretado heno con un movimiento de balanceo, como si aserrara, sujetando el mango con las dos manos y meciendo el cuerpo como si cortara madera con una gran sierra. Oí el crujiente ruido de la hoja al cortar el heno seco, y se fue apagando a medida que el cuchillo penetraba en las profundidades del almiar.

—En cuanto salgan las ratas, Claud les pegará un tiro.

El hombre y el chico se detuvieron de repente y miraron a Claud, que estaba al otro lado de la carretera, apoyado contra el surtidor rojo, rifle en mano.

—Dígale que se lleve ese maldito rifle —dijo Rummins.

—Tiene buena puntería. No les dará a ustedes.

—Nadie va a disparar a las ratas mientras esté yo cerca, por muy buena puntería que tenga.

—Va usted a ofenderle.

—Dígale que se lo lleve —repitió Rummins, con lentitud, con hostilidad—. No me importa usar palos o perros, pero los rifles me dan mucho por culo.

Subidos al almiar, observaron a Claud, que obedeció. Después reanudaron su

tarea en silencio. Al poco, Bert bajó del carro y arrancó con las dos manos un pedazo de heno compacto, que cayó limpiamente al carro, a su lado.

De la base del almiar salió una rata, negro-grisácea, de cola larga, y corrió hasta el seto.

—Una rata —dije.

—Mátela —dijo Rummins—. Coja un palo y mátela.

Se había dado la voz de alarma y las ratas salían más deprisa, una o dos por minuto, gordas y alargadas, agazapadas contra el suelo al correr por la hierba para refugiarse en el seto. Cuando el caballo veía una, movía las orejas y las seguía asustado con la mirada, girando los ojos.

Bert había vuelto a subir al almiar y estaba dando tajos a otra bala. Yo lo observaba. De repente: lo vi detenerse, vacilar apenas un segundo y seguir dando tajos, pero con mucha precaución, y en ese momento oí un ruido diferente, sofocado, áspero, al raspar la hoja del cuchillo contra algo duro.

Bert sacó el cuchillo y examinó la hoja, probándola con el pulgar. Volvió a enterrarlo, deslizándolo con cautela, apretando hacia abajo, hasta que volvió a topar con un objeto duro, y una vez más, al hacer otro movimiento como si estuviera aserrando con mucho cuidado, se oyó el mismo ruido rechinante.

Rummins volvió la cabeza y miró al chico por encima del hombro. En ese preciso momento estaba levantando una brazada de paja, inclinado hacia adelante para sujetarla con ambas manos, pero se paró en seco y miró a Bert. El chico se quedó inmóvil, agarrando el mango del cuchillo, con expresión de perplejidad. Detrás, el cielo era de un azul pálido, y las dos figuras encaramadas en el almiar se destacaban nítidas y negras como un dibujo recortado contra la palidez.

Entonces se ovó la voz de Rummins, más alta de lo normal, con un dejo inconfundible de recelo que el tono elevado no podía ocultar:

—Hay que ver lo descuidada que es la gente que hace los almiarés. Son capaces de dejarse cualquier cosa dentro.

Se calló, y volvió a hacerse el silencio; los dos hombres inmóviles, y Claud también inmóvil al otro lado de la carretera, apoyado contra el surtidor rojo. La calma era tan absoluta que oímos la voz de una mujer en una granja de las profundidades del valle llamando a los hombres a comer.

Y de pronto, sin que hubiera la menor necesidad de elevar la voz, Rummins dijo a gritos:

—¡Venga, sigue cortando, Bert! ¡Esa mierda de cuchillo no se va a romper por un trocito de madera!

Por alguna razón, como si hubiera olido el peligro, Claud cruzó la carrera y se puso a mi lado, apoyándose en la verja. No dijo nada, pero fue como si los dos supiéramos que había algo inquietante en aquellos dos hombres, en su inmovilidad, y especialmente en el propio Rummins. Rummins estaba asustado. También Bert. Y yo, que los observaba, empecé a vislumbrar una imagen vaga que apenas rozaba la

superficie de mi memoria. Intenté desesperadamente retroceder en el tiempo y apresarla. Una vez casi lo logré, pero se me escapó, y cuando me lancé en su persecución me sorprendí remontándome a muchas semanas atrás, hasta llegar a los días amarillos del verano con el viento cálido del sur que soplaba en el valle, las grandes hayas cargadas de follaje, los prados tornándose dorados, la cosecha, la recogida del heno, el almiar, la construcción del almiar.

En ese momento sentí una ligera descarga eléctrica de miedo que me recorrió la piel del vientre.

Sí: la construcción del almiar. ¿Cuándo había sido? ¿En junio? Naturalmente. Era un día bochornoso de junio, con las nubes muy bajas y el aire cargado del olor de la tormenta.

Y Rummins había dicho:

—Vamos a acabar pronto, antes de que empiece a llover.

Y Ole Jimmy le había replicado:

—No va a llover, y no tenemos ninguna prisa. Sabes perfectamente que cuando la tormenta está al sur, no llega hasta el valle.

Rummins, de pie en el carro con la horca en la mano, no le había contestado. Estaba furioso y preocupado porque quería recoger el heno antes de que empezara a llover.

—No va a llover hasta la noche —repitió Ole Jimmy, mirando a Rummins; y Rummins le devolvió la mirada, un destello de muda cólera en los ojos.

Llevábamos toda la mañana trabajando sin parar, cargando el heno en el carro, arrastrándolo por el prado, lanzándolo al almiar que iba creciendo lentamente junto a la verja, frente a la gasolinera. Oíamos la tormenta al sur. Se acercaba a nosotros y volvía a alejarse. En un momento determinado pareció que regresaba y se paraba detrás de las colinas, retumbando de cuando en cuando. Al levantar los ojos vimos nubes allá arriba, que se movían y cambiaban de forma en las turbulencias de las capas superiores del aire, pero en la tierra hacía un calor bochornoso y no soplaba ni una pizca de viento. Trabajábamos lentamente, apáticos, las camisas empapadas de sudor, las caras relucientes.

Claud y yo habíamos ayudado a Rummins a construir y dar forma al almiar, y recordé el calor que hacía y las moscas revoloteando junto a mi cara, y el sudor manando a raudales. Me acordaba sobre todo de la presencia siniestra y torva de Rummins a mi lado. Trabajaba a toda prisa, desesperadamente, miraba al cielo y gritaba a los hombres que se apresurasen.

A mediodía descansamos para comer, a pesar de las protestas de Rummins.

Claud y yo nos sentamos bajo el seto con Ole Jimmy y otro hombre llamado Wilson, que era un soldado de permiso. Hacía demasiado calor para hablar. Wilson tenía pan y queso, y un termo de té frío. Ole Jimmy había llevado una bolsa que en otros tiempos fuera funda de una máscara antigás, y en ella, apiñadas, de pie y con el gollete destacando, había seis botellas de cerveza de medio litro.

—Tomad —dijo, ofreciéndonos una a cada uno.

—Yo quiero una, pero pagándolo —dijo Claud, a sabiendas de que el viejo tenía poco dinero.

—Cógela.

—Sí, pero le doy el dinero.

—No digas tonterías y bebe.

—Era un hombre viejo, muy buena persona, bueno y limpio, con una cara sonrosada que se afeitaba todos los días. Era carpintero, pero se había jubilado a los setenta años, hacía ya bastante tiempo. Al verlo tan activo, el ayuntamiento del pueblo le había dado un trabajo para cuidar del centro de recreo infantil recién construido. Tenía que mantener en buen estado los columpios y reparar los balancines, y también vigilar a los niños para que no se dañaran ni hicieran tonterías.

Era un buen puesto para un anciano, y todo el mundo parecía encantado de cómo iban las cosas, hasta cierto sábado. Aquella noche, Ole Jimmy se emborrachó y fue tambaleándose y cantando por la calle mayor, organizando tal escándalo que la gente se levantó de la cama para ver qué pasaba allí abajo. A la mañana siguiente lo despidieron, alegando que era un desastre y un borracho indigno de tratar con los niños en las instalaciones de recreo.

Pero entonces ocurrió algo asombroso. El primer día que no acudió a las instalaciones —un lunes—, no se acercó a ellas ni un solo niño.

Ni al día siguiente, ni al otro.

Durante toda la semana, los columpios, los balancines y el gran tobogán con sus escalones quedaron desiertos. No fue ni un solo niño. Por el contrario, siguieron a Ole Jimmy hasta un prado que había detrás de la casa del cura y allí jugaron, bajo su vigilancia. Al cabo de cierto tiempo, al ayuntamiento no le quedó otra alternativa que volver a admitir al viejo en su puesto de trabajo.

Aún lo conservaba y seguía emborrachándose, pero ya nadie decía nada. Sólo lo abandonaba unos días al año, en la época de la recogida del heno. A Ole Jimmy le había gustado desde siempre recoger el heno, y aún no tenía intención de renunciar a esta actividad.

—¿Quieres? —preguntó, tendiéndole una botella a Wilson, el soldado.

—No, gracias. Tengo té.

—Dicen que el té es bueno para el calor.

—Es verdad. La cerveza me da sueño.

—Si le parece —le dije a Ole Jimmy—, podemos ir a la gasolinera y le daré un bocadillo. ¿Le apetece?

—Con la cerveza tengo suficiente. Una botella de éstas tiene más alimento que veinte bocadillos, hijo mío.

Me sonrió, mostrando unas encías de un rosa pálido, desdentadas; pero era una sonrisa agradable y las encías no daban asco.

Seguimos sentados en silencio durante un rato. El soldado terminó el pan y el

queso, y se tumbó en el suelo, tapándose la cara con el sombrero. Ole Jimmy había bebido tres botellas de cerveza y nos ofreció a Claud y a mí la que quedaba.

—No, gracias.

—No, gracias. Con una tengo suficiente.

El viejo se encogió de hombros, desenroscó el tapón, echó la cabeza hacia atrás y bebió, derramando la cerveza en la boca con los labios abiertos, de modo que el líquido descendió suavemente por la garganta, sin gorgotear. Llevaba un sombrero sin color ni forma y no se le cayó cuando inclinó la cabeza hacia atrás.

—¿Es que Rummins no piensa darle de beber a ese pobre caballo? —preguntó, bajando la botella mientras miraba el enorme caballo que estaba al otro extremo del prado, soltando nubes de vaho entre las varas del carro.

—Rummins es así.

—A los caballos les pasa lo que a nosotros, que tienen sed.

Ole Jimmy se calló, pero siguió mirando al caballo.

—¿No tienen ustedes un cubo de agua en su casa?

—Naturalmente.

—Pues podíamos darle de beber al caballo, ¿no?

—Me parece muy buena idea. Le traeremos agua.

Claud y yo nos levantamos y echamos a andar hacia la puerta, y recuerdo que me volví y le grité al viejo:

—¿Seguro que no quiere que le traiga un bocadillo? No tardaré nada en prepararlo.

Sacudió la cabeza, agitó la botella y dijo algo sobre echar una siesta. Cruzamos la carretera, atravesamos la verja y llegamos a la gasolinera.

Debimos estar allí una hora, atendiendo a los clientes y preparando la comida, y cuando volvimos, Claud cargado con el cubo de agua, observé que el almiar tenía una altura de al menos un metro y medio.

—El agua para el caballo —dijo Claud, mirando intensamente a Rummins, que estaba en el carro, amontonando heno en el almiar.

El caballo metió la cabeza en el cubo, resoplando y chupando agradecido el agua.

—¿Dónde está Ole Jimmy? —pregunté. Queríamos que el viejo viera el agua, porque había sido idea suya. Cuando hice la pregunta, Rummins vaciló un momento, apenas un segundo, la horca en el aire, y miró a su alrededor.

—Le he traído un bocadillo —añadí.

—Ese viejo imbécil ha bebido demasiada cerveza y se ha ido a casa a dormir —respondió Rummins.

Fui hasta el lugar en que habíamos estado sentados con Ole Jimmy, caminando junto al seto. Las cinco botellas vacías estaban en la hierba. Y también la bolsa. La recogí y se lo llevé a Rummins.

—No creo que Ole Jimmy se haya ido a casa, señor Rummins —dije, alzando la bolsa por la larga correa.

Rummins la miró rápidamente, pero no replicó. Estaba frenético por acabar, porque se acercaba la tormenta, las nubes se ennegrecían y el calor era más opresivo que nunca.

Me dirigí con la bolsa hacia la gasolinera y me quedé allí el resto de la tarde, atendiendo a los clientes. Cuando empezó a caer la noche, miré al otro lado de la carretera y vi que habían descargado todo el heno y que estaban cubriendo el almiar con un hule.

A los pocos días vino un hombre que quitó el hule y colocó en su lugar un techo de paja. Era bueno en su trabajo, e hizo un techo estupendo, con paja larga, compacto y de una pieza. Las vertientes estaban bien proporcionadas; los bordes, perfectamente recortados, y era un placer mirarlo desde la carretera o desde la puerta de la gasolinera.

De pronto, todos estos recuerdos se agolparon en mi mente con la misma claridad que si hubiera ocurrido ayer mismo: la construcción del almiar en aquel día caluroso y tormentoso de junio; el prado amarillo: el olor dulce del heno; Wilson, el soldado, con zapatillas de tenis; Bert, con su ojo cocido: Ole Jimmy, con su cara vieja y limpia, las encías sonrosadas y desnudas, y Rummins, el enano fornido, de pie en el carro, contemplando el cielo con el ceño fruncido porque le preocupaba la lluvia.

En ese mismo instante volvió a aparecer el dichoso Rummins, agazapado en lo alto del almiar, con una brazada de paja, mirando a su hijo, el espigado Bert, que también estaba inmóvil. Ambos se recortaban como siluetas negras contra el cielo, y una vez más sentí una descarga eléctrica de miedo que se deslizó a pequeñas oleadas por la piel de mi vientre.

—Venga, Bert, dale un tajo —dijo Rummins en voz muy alta.

Bert hizo presión sobre el cuchillo y se oyó un ruido rechinante y agudo cuando el filo de la hoja aserró algo duro. A juzgar por su expresión, a Bert no le gustaba lo que estaba haciendo.

Tardó varios minutos en cortar aquello; después volvió a oírse un ruido más suave cuando la hoja se deslizó sobre el heno compacto, y la cara de Bert se volvió hacia el padre, sonriendo con alivio, meneando la cabeza estúpidamente.

—Venga, acaba de una vez —dijo Rummins sin moverse.

Bert dio otro tajo vertical de la misma profundidad que el primero; después se agachó y empujó la bala de heno, de modo que se desprendió fácilmente del almiar, como un pedazo de pastel, y cayó a sus pies, en el carro.

El muchacho se quedó de piedra, contemplando estúpidamente aquella nueva faceta del almiar que acababa de quedar al descubierto, incapaz de creer que lo que había partido en dos era algo real, o tal vez resistiéndose a creerlo.

Rummins, que sabía muy bien de qué se trataba había diado la vuelta y descendía velozmente por el otro lado del almiar. Avanzó con tal rapidez que ya había atravesado la verja y estaba en mitad de la carretera cuando Bert empezó a gritar.

El señor Hoddy

Salieron del coche y entraron en la casa del señor Hoddy.

—Tengo la impresión de que esta noche papá te va a hacer unas preguntas bastante molestas —susurró Clarice.

—¿Sobre qué, Clarice?

—Lo de siempre: el trabajo y cosas así, y si puedes mantenerme como es debido.

—De eso se encargará Jackie —dijo Claud—. Cuando Jackie gane, no hará falta trabajar en nada.

—Ni se te ocurra hablar de Jackie delante de papá, Claud Cubbage, o se acabará todo. Si hay algo en el mundo que no soporta, son los galgos. No lo olvides.

—¡Dios mío! —exclamó Claud.

—Cuéntale cualquier otra cosa, lo que sea, para ponerle contento, ¿entiendes?

Y con estas palabras hizo entrar a Claud en el salón.

El señor Hoddy era viudo, un hombre con una boca estirada y agria, y una eterna expresión de censura. Tenía los mismos dientes pequeños y pegados de su hija Clarice, la misma mirada suspicaz, introvertida; pero no su frescura y vitalidad, ni su simpatía. Era como una manzana ácida, de piel gris y apergaminada, con una o dos docenas de guedejas de un pelo negro que llevaba aplastadas sobre la bóveda de su calva. Pero el señor Hoddy era un hombre de importante posición, dependiente de una tienda de ultramarinos, que llevaba una bata inmaculada en el trabajo, que manejaba grandes cantidades de productos tan preciados como la mantequilla y el azúcar, y a quien todas las amas de casa del pueblo trataban con cortesía e incluso le sonreían.

Claud Cubbage no se encontraba a gusto en aquella casa, y eso era precisamente lo que pretendía el señor Hoddy. Estaban sentados alrededor de la chimenea, en el salón, tomando té, el señor Hoddy en el mejor sillón, situado a la derecha de la chimenea; Claud y Clarice, en el sofá, decorosamente separados por un gran trecho. La hija pequeña, Ada, se había sentado en una silla dura y recta, a la izquierda, y formaban un pequeño círculo en torno al fuego, un círculo rígido, tenso, que bebía el té modosamente a sorbitos.

—Sí, señor Hoddy —decía Claud—, le puedo asegurar que Gordon y yo tenemos un montón de buenas ideas en estos momentos. Todo es cuestión de tiempo y de ver cuál puede ser la más provechosa.

—¿Qué clase de ideas? —preguntó el señor Hoddy, clavando sus ojillos de censor en Claud.

—Ah, ésa es la cuestión, ¿sabe usted?

Claud se agitó incómodo en el sofá. Aquel traje azul le quedaba estrecho, y le

apretaba en el pecho y sobre todo en la entrepierna. Allí le hacía incluso daño, y sintió unos deseos terribles de tirar del pantalón hacia abajo.

—Ese hombre al que usted llama Gordon yo creía que ya tenía un negocio bastante rentable —dijo el señor Hoddy—. ¿Por qué quiere cambiar?

—Tiene usted toda la razón, señor Hoddy. Es un negocio de primera. Pero es conveniente expansionarlo, ¿comprende?, y lo que queremos son ideas nuevas. Algo en lo que yo pueda meterme y compartir los beneficios.

—¿Como qué?

El señor Hoddy comía un trozo de pastel de grosella, mordisqueándolo por los bordes, y su boca pequeña se parecía a la de una oruga que arrancase un pedacito curvado del borde de una hoja.

—Todos los días Gordon y yo mantenemos largas conversaciones sobre las diversas posibilidades.

—¿Cuáles son? —volvió a preguntar.

Clarice miró a Claud de soslayo para animarlo. Claud volvió sus ojos grandes y sosegados hacia el señor Hoddy y guardó silencio. Le hubiera gustado que no lo tratase de esa forma, que no le hiciese preguntas complicadas ni lo fulminase con la mirada. Actuaba exactamente como si fuera un fiscal o algo parecido.

—¿Cuáles son esas posibilidades? —insistió el señor Hoddy, y esta vez Claud comprendió que no podía escabullirse. Además, su instinto le decía que el viejo quería provocar una situación crítica.

—Pues la verdad —respondió, aspirando una profunda bocanada de aire— es que no quiero entrar en detalles hasta que lo tengamos todo planeado como es debido. Hasta ahora, lo único que hemos hecho ha sido darle vueltas en la cabeza a las ideas que tenemos.

—Lo único que yo quiero saber —dijo el señor Hoddy irritado— es qué clase de negocio tiene usted pensado. Supongo que se tratará de algo decente.

—*Por favor*, señor Hoddy; espero que ni siquiera se le haya ocurrido que se nos pueda pasar por la imaginación algo que no sea absolutamente decente.

El señor Hoddy gruñó, removiendo el té lentamente y observando a Claud. Clarice seguía en el sofá, muda y asustada, contemplando el fuego.

—Nunca he sido partidario de emprender negocios —proclamó el señor Hoddy, defendiendo su propio fracaso en ese terreno—. Un trabajo bueno y decente es a lo único a que debe aspirar un hombre. Un trabajo decente en un ambiente decente. Para mi gusto, en los negocios hay demasiados líos.

—El asunto es —dijo Claud desesperado— que lo único que quiero es dar a mi mujer todo lo que pueda desear. Una casa, y muebles, y un jardín, una lavadora; en fin, lo mejor del mundo. Eso es lo que quiero; pero eso no se puede hacer con un sueldo corriente, ¿no le parece? Es imposible ganar el dinero suficiente, a menos que uno se meta en negocios, señor Hoddy. Supongo que en esto si estará de acuerdo conmigo.

Al señor Hoddy, que había trabajado con un sueldo corriente toda su vida, no le gustaba mucho aquel punto de vista.

—¿Es que usted cree que yo no le doy a mi familia todo lo que necesita?

—¡Claro que sí, e incluso más! —exclamó Claud ardientemente—. Pero es que *usted* tiene un trabajo privilegiado, señor Hoddy, y eso cambia mucho las cosas.

—Pero ¿en qué *clase* de negocio está usted pensando? —insistió el buen señor.

Claud bebió un poco de té para ganar tiempo, pensando en la cara que pondría aquel hijo de puta si se limitara a contarle la verdad, si le dijera: «Mire, señor Hoddy, si realmente quiere saberlo, lo que tenemos es una pareja de galgos, uno de ellos de pega, y vamos a hacer la mejor apuesta de la historia, para que se entere». Le hubiera gustado ver la cara del viejo si decía eso; le hubiera encantado.

Todos estaban pendientes de él, sentados con sus tazas de té, mirándolo fijamente, a la espera de que respondiese algo interesante.

—Pues —dijo con mucha lentitud, porque estaba muy concentrado, pensando— llevo ya mucho tiempo reflexionando sobre una cosa, algo que nos dará más dinero que los coches de segunda mano de Gordon o que cualquier otra cosa, y prácticamente sin gastos.

«Esto está mejor —se dijo—. Continúa así»

—¿Y de qué se trata?

—Algo tan extraño, señor Hoddy, que no lo creería una persona entre un millón.

—Bueno, ¿en qué consiste?

El señor Hoddy dejó cuidadosamente la taza en la mesita que tenía al lado, y se inclinó hacia adelante para escuchar.

Y Claud, al mirarlo, comprendió mejor que nunca que aquel hombre y los de su clase eran sus enemigos. Eran los señores Hoddy quienes planteaban problemas. Eran todos iguales. Los conocía a todos, con sus manos limpias y feas, su piel gris, sus bocas acres; con aquella tendencia a echar una tripa redonda y protuberante justo debajo de la cintura, y siempre arrugando la nariz afectadamente, la barbilla pequeña. Dios mío, los señores Hoddy.

—Y bien, ¿de qué se trata?

—Es una verdadera mina de oro, señor Hoddy. De verdad.

—Lo creeré cuando sepa de qué se trata.

—Es algo tan sencillo y tan sorprendente que la mayoría de las personas ni siquiera se molestarían en hacerlo.

Ya lo tenía. Era algo en lo que había pensado seriamente durante mucho tiempo, algo que siempre había querido hacer. Se inclinó hacia adelante y dejó cuidadosamente su taza en la mesa, junto a la del señor Hoddy; después, sin saber qué hacer con las manos, las puso sobre las rodillas, con las palmas hacia abajo.

—Bien, muchacho, dígame de qué se trata.

—Gusanos —respondió Claud con dulzura.

El señor Hoddy dio un respingo como si le hubieran salpicado la cara con agua.

—¡Gusanos! —exclamó horrorizado—. ¿Cómo que gusanos? ¿Qué diablos quiere decir?

Claud había olvidado que aquella palabra era prácticamente impronunciable en presencia de un tendero que se preciase. Ada dejó escapar una risita, pero Clarice la miró tan furibunda que la risa se apagó en sus labios.

—Eso es lo que da más dinero, una fábrica de gusanos.

—¿Es que quiere tomarme el pelo?

—Lo digo en serio, señor Hoddy. Puede parecerle raro, pero es porque nunca lo ha oído. Se trata de una pequeña mina de oro.

—¡Una fábrica de gusanos! ¡Venga, Cubbage! ¡Sea usted un poco sensato!

Clarice hubiera preferido que su padre no lo llamara Cubbage.

—¿Nunca ha oído hablar de las fábricas de gusanos, señor Hoddy?

—¡Desde luego que no!

—Pues ya han empezado a funcionar grandes compañías, con su director y todo. ¿Y sabe una cosa, señor Hoddy? ¡Que ganan millones!

—¡Qué estupidez!

—¿Y sabe usted por qué ganan tanto? —Claud hizo una pausa, pero no se dio cuenta de que la cara de su interlocutor iba adquiriendo lentamente un color amarillo—. Por la enorme demanda de gusanos que existe, señor Hoddy.

En ese momento, el señor Hoddy también escuchaba otras voces, las de sus clientes al otro lado del mostrador. La señora Rabbits, por ejemplo, mientras le cortaba su porción de mantequilla; la señora Rabbits, con su bigote castaño, que hablaba tan alto, diciendo: «Vaya, vaya, señor Hoddy; así que su Clarice se casó la semana pasada, ¿eh? Eso está muy bien. ¿Y qué dice que hace su marido, señor Hoddy?». «Tiene una fábrica de gusanos, señora Rabbits». «Ni hablar —se dijo, observando con sus ojillos hostiles a Claud—. Es que ni hablar. No lo aguantaría».

—Pues yo jamás he tenido ocasión de comprar un gusano —manifestó cautelosamente.

—Si nos ponemos así, yo tampoco, señor Hoddy.

Ni muchas otras personas que conocemos. Pero permítame hacerle una pregunta. ¿En cuántas ocasiones ha comprado usted... un piñón para el motor del coche, por ejemplo?

Era una pregunta astuta, y Claud se permitió una sonrisa empalagosa.

—Y eso ¿qué tiene que ver con los gusanos?

—Verá usted: que ciertas personas compren determinadas cosas. Usted no ha comprado un piñón de coche en toda su vida, pero eso no quiere decir que no haya personas que en este mismo momento se estén haciendo ricas fabricándolos, porque la verdad es que sí las hay. ¡Pues lo mismo ocurre con los gusanos!

—¿Le importaría decirme quiénes compran gusanos? Porque tienen que ser personas muy desagradables.

—Los pescadores, señor Hoddy. Los pescadores aficionados. Hay miles y miles

en todo el país, que van todos los fines de semana a los ríos y que necesitan gusanos y están dispuestos a pagarlos a buen precio. Vaya usted un domingo por cualquier parte del río, a Marlow, y verá una *multitud* en las orillas, todos sentados uno al lado del otro, una verdadera *multitud* en las dos orillas.

—Pero esa gente no compra gusanos. Van a su jardín y cogen lombrices.

—Permítame decirle que se equivoca, señor Hoddy. En eso precisamente se equivoca. Lo que quieren son gusanos, no lombrices.

—En ese caso, buscarán los gusanos por su cuenta.

—No es eso lo que *quieren*. Imagínese lo, señor Hoddy; es sábado por la tarde, usted va a salir de pesca, recibe por correo una lata de gusanos, toda limpita, y lo único que tiene que hacer es meterla en la bolsa de los aparejos y salir. Es normal que la gente no se moleste en desenterrar gusanos y lombrices si se los llevan hasta la misma puerta de su casa por uno o dos billetes, ¿no le parece?

—Y ¿puede explicarme cómo piensa hacer la dichosa fábrica de gusanos?

Cuando pronunciaba la palabra *gusano*, parecía como si tuviera en la boca una pepita amarga y la escupiera.

—Es la cosa más fácil del mundo —Claud iba cobrando confianza y animándose—. Lo único que hace falta son dos bidones viejos de gasolina y unos trozos de carne podrida o una cabeza de oveja. Se mete en los bidones y ya está. Las moscas se encargan del resto.

Si hubiera estado observando la cara del señor Hoddy, seguramente se hubiera callado al llegar a este punto.

—Claro que no es tan fácil como parece. Después hay que cebar los gusanos con una dieta especial, a base de leche y salvado. Cuando están grandes y gordos, se meten en latas de medio litro y se envían por correo a los clientes. A cinco chelines la lata. ¡*Cinco chelines la lata!* —exclamó, dándose una palmada en la rodilla—. ¡Imagínese lo, señor Hoddy! ¡Y dicen que una sola moscarda puede llenar fácilmente diez latas de medio litro!

Hizo otra pausa, pero simplemente para ordenar sus ideas, porque ya no había forma de pararle.

—Y otra cosa, señor Hoddy. Una buena fábrica de este tipo no se limita a criar gusanos. Cada pescador tiene sus gustos. Lo más corriente son los gusanos, pero también hay orugas. Algunos pescadores no quieren otra cosa. Y naturalmente, también hay gusanos de color. Los normales son blancos, pero con alimentos especiales se pueden sacar de todos los colores. Rojos, verdes y negros, e incluso azules, si se sabe qué comida darles. Lo más difícil en una fábrica de este tipo es obtener gusanos azules, señor Hoddy.

Claud se detuvo para tomar aliento. Tenía la visión —la misma que acompañaba todos sus sueños de riqueza— de una enorme fábrica con altas chimeneas y cientos de trabajadores felices, desbordándose por las amplias puertas de hierro forjado, y Claud sentado en su lujoso despacho dirigiendo las operaciones con una seguridad y

una tranquilidad extraordinarias.

—En este momento hay mucha gente lista estudiando el asunto —prosiguió—. Así que hay que darse prisa para no quedarse atrás. Ese es el secreto de los grandes negocios, señor Hoddy: meterse antes que los demás.

Clarice, Ada y su padre estaban completamente inmóviles, mirando al frente. Ninguno hizo el menor movimiento ni dijo nada. Pero Claud se apresuró a continuar.

—De lo que hay que preocuparse es de que los gusanos estén vivos cuando los reciba el cliente. Tienen que estar vivitos y coleando; si no, no sirven para nada. Y cuando empiecen a irnos bien las cosas, cuando tengamos un capitalito, construiremos unos invernaderos.

Otra pausa, y Claud se acarició la barbilla.

—Supongo que se preguntará para qué hacen falta los invernaderos en una fábrica de gusanos. Pues voy a decírselo. Es para las moscas en el invierno. Es muy importante cuidar a las moscas durante el invierno.

—Creo que ya es suficiente, Cubbage. Gracias —dijo el señor Hoddy bruscamente.

Claud levantó los ojos y por primera vez vio la expresión de aquel hombre. Se quedó de piedra.

—No quiero conocer más detalles —dijo el señor Hoddy.

—¡Señor Hoddy, lo único que quiero hacer —gritó Claud— es darle a su hija todo lo que desee! Es en lo único que pienso noche y día, señor Hoddy.

—Y yo lo único que deseo es que pueda hacerlo sin recurrir a los gusanos.

—¡Papá! —exclamó Clarice asustada—. No te consiento que hables así a Claud.

—Le hablo como me parece, señorita.

—Creo que es hora de que me vaya —dijo Claud—. Buenas noches.

El señor Feasey

Cuando llegó el gran día, los dos nos levantamos pronto.

Yo fui a la cocina a afeitarme, pero Claud se vistió inmediatamente y salió a arreglar la paja. La cocina daba a la fachada principal, y por la ventana se veía el sol, que empezaba a asomar tras la hilera de árboles que cubría la cima de las montañas al otro lado del valle.

Cada vez que Claud pasaba junto a la ventana con una brazada de paja observaba por encima del espejo su expresión absorta, tensa, la gran cabeza redonda, como una bala, echada hacia adelante, la frente fruncida, formando profundos surcos hasta el nacimiento del pelo. Sólo lo había visto así en una ocasión: la tarde en que le pidió a Clarice que se casara con él. Estaba tan nervioso que incluso caminaba de una forma rara, con pasos lentos y delicados, como si el cemento de la gasolinera le quemara las plantas de los pies. No dejaba de amontonar paja en la parte trasera de la furgoneta para que *Jackie* estuviera cómodo.

Después entró en la cocina a desayunar, y lo observé mientras ponía la cacerola de la sopa al fuego y la removía sin cesar con una larga cuchara de metal hasta que hirvió. Cada medio minuto se inclinaba y metía la nariz en aquel vapor dulzón y mareante de la carne de caballo que estaba cocinando. A continuación le añadió cosas —tres cebollas peladas, unas zanahorias tiernas, una taza de puntas de ortigas, una cucharadita de jugo de carne Valentine's, doce gotas de aceite de hígado de bacalao—, y todo lo tocaba con suma delicadeza, con las yemas de sus dedos gruesos y grandes, como si se tratara de fragmentos de cristal veneciano. Sacó de la nevera la carne de caballo picada, puso un puñado en el cuenco de *Jackie*, tres en el otro, y cuando la sopa estuvo lista, la repartió entre los dos, rociando la carne con ella.

Era el mismo ritual que le había visto realizar todas las mañanas desde hacía cinco meses, pero nunca con tanta concentración y cuidado. No dijo ni media palabra, ni siquiera me dirigió una mirada, y cuando se dio la vuelta y salió para coger los perros, hasta el cogote y los hombros parecían murmurar: «¡Dios mío, no permitas que nada salga mal y, sobre todo, no permitas que yo haga nada mal en el día de hoy!».

Le oí hablar quedamente a los perros en el corral mientras les ponía las correas, y cuando los trajo a la cocina se acercaron a los platos del desayuno saltando y haciendo cabriolas, bailando sobre las patas delanteras y agitando las enormes colas, como látigos.

—Vamos a ver —dijo Claud al fin—, ¿cuál es?

La mayoría de las veces quería apostarse un paquete de cigarrillos, pero aquel día había cosas más importantes en juego, y comprendí que lo único que necesitaba era

que le dieran un poco de confianza.

Me observó mientras yo daba una vuelta alrededor de los dos perros, hermosos, idénticos, altos, de un negro aterciopelado, y se hizo a un lado, sujetando las correas con el brazo extendido para que pudiera ver mejor.

—¡*Jackie!* —dije, empleando el truco que nunca daba resultado—. ¡Eh, *Jackie!*

Dos cabezas idénticas con idéntica expresión giraron para mirarme; cuatro ojos brillantes, idénticos, de un amarillo intenso, se clavaron en los míos. En cierto momento había llegado a pensar que los ojos de uno de ellos eran ligeramente más oscuros que los del otro. También en cierto momento creí que podía reconocer a *Jackie* porque tenía el tórax más profundo y las patas traseras un poco más musculosas. Pero no era así.

—Venga —dijo Claud. Aquel día esperaba que me equivocara más que nunca.

—Este —dije—. Este es *Jackie*.

—¿Cuál?

—El de la izquierda.

—¿Lo ves? —gritó, el rostro radiante—. ¡Has vuelto a equivocarte!

—No creo.

—Más equivocado no podrías estar. Mira, Gordon, voy a decirte una cosa. Llevas muchos días intentando distinguirlo, y ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Pues que he llevado la cuenta. ¡El resultado es que no has acertado ni la *mitad* de las veces! ¡Habría sido mejor que lo hubieras echado a cara o cruz!

Quería decir que si yo, que los veía todos los días juntos, era incapaz de distinguirlos, ¿por qué demonios íbamos a tener miedo del señor Feasey? Claud sabía que el señor Feasey tenía fama de poder descubrir a los galgos de pega, pero también sabía que era muy difícil notar las diferencias entre dos perros si éstas eran inexistentes.

Puso los cuencos de comida en el suelo; a *Jackie* le dio el que contenía menos carne, porque iba a correr. Cuando retrocedió para verlos comer, su cara volvió a cubrirse con la sombra de una honda preocupación, y aquellos ojos grandes y claros contemplaron a *Jackie* con la mirada de amor arrebatada y tierna que hasta hacía poco tiempo reservaba para Clarice.

—Es lo que siempre te he dicho, Gordon —dijo—. En los últimos cien años ha habido galgos de pega de todas clases, algunos buenos y otros malos; pero en toda la historia de las carreras de galgos no ha habido uno como este.

—Ojalá tengas razón —repliqué, y mi imaginación se trasladó a aquella tarde heladora justo antes de Navidad, cuatro meses atrás, en la que Claud me pidió la furgoneta y partió hacia Aylesbury sin decir dónde iba.

Supuse que habría ido a ver a Clarice, pero volvió a última hora de la tarde con un galgo que dijo haber comprado a un hombre por treinta y cinco chelines.

—¿Es rápido? —le pregunté.

Nos encontrábamos junto a los surtidores, y Claud sujetaba al perro con una correa y lo miraba. Unos copos de nieve se posaron en el lomo del animal. El motor de la furgoneta estaba aún en marcha.

—¡Rápido! —exclamó—. ¡Debe ser el perro más lento que has visto en tu vida!

—Entonces, ¿por qué lo has comprado?

—Pues —respondió, con una expresión de astucia y recelo en su rostro grande y bovino— porque se me ha ocurrido que a lo mejor se parece un poquito a *Jackie*. ¿No crees?

—Ahora que lo dices, sí un poco.

Me tendió la correa y metí el perro en casa para secarlo bien mientras él iba al corral a buscar a su favorito. Cuando volvió los pusimos juntos, y recuerdo que retrocedió exclamando: «¡Dios mío!», y se quedó inmóvil frente a ellos, como si viera un fantasma. Después actuó con rapidez, sin hablar. Se arrodilló y empezó a compararlos cuidadosamente, detalle a detalle, y tuve la sensación de que durante aquel largo y silencioso examen, en que llegó a comparar, además del color, las uñas y las garras, dieciocho por cada animal, la habitación iba caldeándose poco a poco a medida que crecía su excitación, segundo a segundo.

—Oye —dijo al fin, al tiempo que se levantaba—, dale una vuelta por la habitación, ¿quieres?

Se quedó apoyado contra la cocina cinco o seis minutos, con los ojos entrecerrados y la cabeza ladeada, contemplándolos con el ceño fruncido y mordiéndose los labios. A continuación, como si no creyera lo que acababa de ver, volvió a arrodillarse para comprobarlo todo una vez más; pero de repente se levantó de un salto y me miró, los músculos de la cara en tensión, con una extraña palidez en torno a las aletas de la nariz y los ojos.

—¿Sabes una cosa? Que somos ricos.

Y después, las conversaciones secretas en la cocina, los planes detallados, la elección del camino a seguir y, finalmente, cada dos sábados, ocho veces en total, y tras cerrar la gasolinera (perdiendo la clientela de toda una tarde), los viajes en el coche para llevar al galgo nuevo hasta Oxford, a una pequeña pista destartalada que había en un prado cercano a Headington, donde se hacían grandes apuestas, pero que actualmente no es más que una fila de viejos postes y cuerdas que señalan la carrera, una bicicleta vuelta boca arriba para empujar la liebre falsa y, en un extremo, a lo lejos, seis cajones y la línea de salida. Llevamos el galgo ocho veces en dieciséis semanas. Lo inscribíamos con el señor Feasey y nos quedábamos por allí, algo apartados del gentío, esperando bajo la lluvia helada a que su nombre apareciese escrito con tiza en la pizarra. Lo llamábamos *Black Panther*. Y cuando le llegaba el turno, Claud siempre lo llevaba hasta los cajones y yo me colocaba en la meta para cogerlo y apartarlo de los animales más peleones, los perros gitanos a los que sus dueños soltaban para que hicieran pedazos a otros al final de la carrera.

Pero lo cierto es que era un poco triste llevar aquel perro hasta allí tantas veces y

verlo correr, rezando para que, ocurriese lo que ocurriese, llegara siempre el último. Naturalmente, las oraciones eran innecesarias y nunca tuvimos motivo de preocupación, porque el pobre diablo, simplemente, no podía Correr; ni más ni menos. Corría exactamente como un cangrejo. La única vez que no llegó en última posición fue cuando un gran perro de color canela, llamado *Amber Flash*, metió la pala en un agujero y se rompió el corvejón, por lo que acabó arrastrándose a tres patas. Pero incluso en esa ocasión el nuestro le ganó por los pelos. Así fue como lo situamos en la categoría inferior, y la última vez que estuvimos allí todos los corredores de apuestas lo pusieron veinte o treinta a uno, y gritaban su nombre y le pedían a la gente que apostasen por él.

Por fin le había llegado a *Jackie* el turno de correr en su lugar, en aquel día soleado de abril. Claud dijo que ya no podíamos llevar más veces a *Black Panther*, porque el señor Feasey iba a cansarse y a deshacerse de él por ser tan lento. Añadió que era el momento psicológico perfecto para retirarlo y que *Jackie* ganaría la carrera por quince o treinta cuerpos.

Había criado a *Jackie* desde que era cachorro, y el animal solo tenía quince meses; pero era un buen corredor, muy rápido. Todavía no había participado en ninguna carrera, pero sabíamos que valía porque lo habíamos cronometrado en la pequeña pista de entrenamiento de Uxbridge, donde lo había llevado Claud todos los domingos desde que tenía siete meses, salvo un día en que le estaban poniendo unas vacunas. Claud decía que probablemente era lo bastante rápido para ganar en la categoría superior de la pista del señor Feasey, pero lo llevábamos a la inferior, y allí, aunque se cayera, era capaz de levantarse y ganar por veinte cuerpos o, bueno, entre diez y quince, según Claud.

Lo único que yo tenía que hacer aquella mañana era ir al banco del pueblo a sacar cincuenta libras para mí y otras cincuenta para Claud, que le adelantaba de su sueldo, y a las doce cerrar la gasolinera y colgar en un surtidor el cartel que decía: CERRADO TODO EL DÍA. Claud encerraría a *Black Panther* en el corral, metería a *Jackie* en la furgoneta y nos marcharíamos. No puedo decir que estuviese tan nervioso como él, pero es que para mí no había tantas cosas importantes en juego, como comprarse una casa y poder casarse, y además, yo *no había nacido* prácticamente en una perrera llena de galgos, como él, que no pensaba en otra cosa en todo el día, a no ser quizá en Clarice por las noches. Yo ya tenía bastante con mi trabajo en la estación de servicio, por no hablar de los coches de segunda mano; pero si Claud quería hacer bobadas con los galgos, por mí, estupendo, especialmente con una cosa como la de aquel día..., si salía bien. La verdad es que no me importaba admitir que cuando pensaba en el dinero que íbamos a invertir y en el que podíamos ganar, me daba un vuelco el estómago.

Los perros terminaron de desayunar y Claud los sacó a dar un pequeño paseo por el prado de enfrente mientras yo me vestía y freía los huevos. Después fui al banco y saqué el dinero (todo en billetes de una libra), y el resto de la mañana pasó muy

rápidamente, atendiendo a los clientes.

A las doce en punto cerré y colgué el cartel en el surtidor. Claud vino con *Jackie* y una maleta grande de cartón marrón rojizo.

—¿Y esa maleta?

—Para el dinero —contestó Claud—. Tú mismo has dicho que no se pueden llevar dos mil libras en los bolsillos.

Era un precioso día amarillo de primavera; los brotes estallaban en los setos y el sol se filtraba por las hojas nuevas, de un verde claro, de la gran haya que había al otro lado de la carretera. *Jackie* tenía un aspecto estupendo, con dos músculos grandes y duros, del tamaño de un melón, destacándose en las patas traseras, el pelo reluciente como terciopelo negro. Mientras Claud metía la maleta en la furgoneta, el perro hizo unas cabriolas apoyándose en los dedos para demostrar que estaba en buena forma; después me miró e hizo una mueca sonriente, como si supiera que iba a correr para ganar dos mil libras y muchísima gloria. *Jackie* hacía unas muecas que se parecían a una sonrisa humana, algo como no he visto en mi vida. No sólo levantaba el labio superior, sino que estiraba las comisuras de modo que se le veían todos los dientes, excepto una o dos muelas de atrás, y cada vez que lo veía me sorprendía esperando a que soltara una carcajada.

Subimos a la furgoneta y partimos. Conducía yo.

Claud iba a mi lado y *Jackie* en la parte de atrás, de pie sobre la paja, mirando por el parabrisas. Claud no dejaba de volverse para intentar que el animal se tumbase y no se cayera cuando tomáramos curvas cerradas; pero el perro estaba demasiado nervioso y lo único que podía hacer era devolverle la mueca y agitar la enorme cola.

—¿Llevas el dinero, Gordon?

Claud fumaba un cigarrillo tras otro, incapaz de quedarse quieto.

—Sí.

—¿El mío también?

—He sacado ciento cinco. Las cinco son para el conductor de la bicicleta, como me dijiste, para que no pare la liebre.

—Muy bien —dijo Claud, frotándose las manos con fuerza, como si estuviera helado—. Muy bien, muy bien.

Atravesamos la estrecha calle mayor de Great Missenden y vimos fugazmente al viejo Rummins que entraba en *The Nag's Head* a tomar su cerveza mañanera, y al salir del pueblo torcimos a la izquierda, subimos las montañas Chiltern hasta Princes Risborough, y desde allí solo quedaban treinta y pico kilómetros para llegar a Oxford.

Entonces nos sumimos en el silencio, abrumados por la tensión. Íbamos muy callados, sin decir palabra, cada cual absorto en sus propios temores y expectativas, conteniendo la ansiedad. Y Claud seguía fumando cigarrillos y tirándolos por la ventanilla a medio consumir. Por lo general, en el viaje de ida y en el de vuelta hablaba por los codos de las cosas que había hecho con los perros, de los trabajos que había desempeñado, de los sitios en que había estado, del dinero que había ganado y

de lo que otras personas habían hecho con los perros, de los robos, la crueldad, las increíbles astucias y artimañas de los dueños de los animales en las pistas de carreras. Pero aquel día debía sentirse poco seguro y prefería no hablar mucho. Y yo también, la verdad. Miraba la carretera e intentaba olvidarme del futuro inmediato recordando todo lo que Claud me había contado sobre el extraño negocio de las carreras de galgos.

Juro que no había nadie que supiera más que Claud sobre el tema, y desde que teníamos a *Black Panther* y decidimos llevar adelante aquel asunto, se había empeñado en adoctrinarme. Al menos en teoría, supongo que sabía tanto como él.

Empezó durante la primera conversación sobre la estrategia a seguir que mantuvimos en la cocina. Recuerdo que fue al día siguiente de la adquisición de *Black Panther*. Estábamos sentados, mirando por la ventana para ver si llegaban clientes. Claud me explicaba lo que íbamos a hacer y yo seguía sus explicaciones lo mejor posible, hasta que se me ocurrió una pregunta.

—Lo que no comprendo —le dije— es por qué tenemos que llevar a *Black Panther*. ¿No sería más seguro que corriera siempre *Jackie*, y simplemente hacerlo ir más despacio en las primeras seis carreras para que llegase el último? Y cuando estuviéramos listos, podríamos dejarlo correr cuanto quisiera. Si lo hacemos bien, los resultados serán los mismos, ¿no? Y no habría peligro de que nos pillaran.

¡Para qué lo diría! Claud me dirigió una mirada ofendida y exclamó:

—¡De eso nada! Quiero que sepas que yo nunca «paro» a un galgo. Pero ¿qué te pasa, Gordon?

Parecía verdaderamente sorprendido y dolido por lo que acababa de decirle.

—No le veo nada malo.

—Escúchame bien, Gordon. Parar a un buen perro es matarlo de pena. Un buen perro sabe que es rápido, y ver a todos los demás delante de él sin poder alcanzarlos..., de verdad, se muere de pena. Pero, claro, no se te ocurrirían esas cosas si conocieras algunos de los trucos que emplean esos tipos para que sus perros vayan más lentos en la pista de carreras.

—¿Como qué? —pregunté.

—Prácticamente, cualquier cosa con tal de que el perro corra menos. Y para que un buen galgo sea más lento hay que hacer muchos esfuerzos. Si están llenos de fuerza y con ganas de meterse en la carrera, no puedes dejarlos que la vean, porque te arrancan la correa de las manos. Muchas veces he visto a uno con una pata rota empeñado en continuar.

Hizo una pausa y me miró pensativamente con sus ojos grandes y pálidos, terriblemente serio y, a todas luces, muy concentrado en sus pensamientos.

—Si queremos hacer esto como es debido —continuó—, a lo mejor debería contarte un par de cosas, para que sepas en qué nos hemos metido.

—Adelante, cuéntamelo —dije—. Quiero saberlo.

Miró por la ventana unos momentos, en silencio.

—Lo que tienes que recordar en primer lugar —dijo en tono lúgubre— es que todos esos tipos que van a las pistas de carreras con los galgos son muy listos, mucho más de lo que te imaginas.

Hizo otra pausa para ordenar sus pensamientos.

—Tomemos como ejemplo las distintas formas de hacer que un perro corra más despacio. La primera, la más corriente, es apretarle el bozal.

—¿Cómo que apretarle el bozal?

—Sí. Es lo más corriente. Les ponen el bozal muy tirante para que casi no puedan respirar, ¿entiendes?

Una persona lista sabe en qué agujero tiene que ponerlo y cuántos cuerpos le hará perder a su perro en una carrera. Por lo general, con un par de agujeros es suficiente para cinco o seis cuerpos. Si se le aprieta mucho, llegará el último. Yo he visto a muchos perros desmayarse y morir por llevar el bozal demasiado apretado en un día de calor. Los estrangulan, sencillamente, y es algo bastante desagradable. Otros les atan los dedos con hilo negro. Un perro no puede correr bien así, porque pierde el equilibrio.

—Eso no me parece demasiado mal.

—Pero hay otros que les ponen un trozo de chicle masticado debajo de la cola, en el punto en que se une con el cuerpo. Y eso no es precisamente divertido —añadió indignado—. Cuando un perro corre, sube y baja la cola ligeramente, y el chicle se le va pegando a los pelos de atrás, en la parte más sensible. Te aseguro que no les hace ninguna gracia. Y también hay pastillas para dormir. Eso se emplea mucho ahora. Lo hacen según el peso del animal, como los médicos, y calculan la cantidad según quieran retrasar al animal cinco, o diez, o quince cuerpos. Estos son solo algunos de los métodos más corrientes —añadió—, pero no son nada comparados con lo que hacen algunos para que un galgo pierda una carrera, sobre todo los gitanos. Algunas cosas que hacen los gitanos son tan asquerosas que casi es mejor no hablar de ellas, como, por ejemplo, cuando están metiendo al perro en el cajón. No se lo harías ni a tu peor enemigo.

Y después de contarme todo aquello —que, efectivamente, eran cosas terribles, porque todas eran muy dolorosas— pasó a hablarme de los trucos que se empleaban para que un perro ganase.

—Lo que hacen para que los galgos corran más de prisa es igual de espantoso que lo que hacen para que vayan más despacio —dijo con dulzura, la voz velada, confidencial—. Quizá lo más corriente sea el aceite de gualteria. Siempre que veas a un perro con calvas por todo el cuerpo, es que le han puesto eso. Se lo frotan por toda la piel antes de la carrera. A veces usan linimento Sloan, pero lo más corriente es el aceite ese. Pica terriblemente; tanto, que lo único que quiere el pobre perro es correr como un loco para librarse del dolor. También hay drogas especiales, que se inyectan. Claro, éste es un método moderno, y la mayoría de los «chorizos» que andan por las pistas de carreras son demasiado ignorantes para emplearlo. Son los tipos que vienen

de Londres en cochazos enormes con galgos de canódromo, que sobornan al entrenador. Esos son los que utilizan la aguja.

Le recordé sentado a la mesa de la cocina, con un cigarrillo colgando de los labios y los párpados caídos para que no se le metiera el humo, mirándome con los ojos entrecerrados. Decía:

—Lo que no debes olvidar es lo siguiente, Gordon. Son capaces de cualquier cosa con tal de que un galgo gane, si eso es lo que quieren. Por otra parte, un perro no puede correr más de lo que le permita su constitución, por muchas cosas que le hagan. Así que si metemos a *Jackie* en la categoría inferior, lo conseguiremos. En esa categoría no hay ningún perro que se le pueda comparar, aunque le pongan aceite de gualteria o le inyecten lo que sea. Ni siquiera con jengibre.

—¿Jengibre?

—Sí, señor. Eso también es muy corriente. Cogen un trozo de jengibre crudo, del tamaño de una nuez, y cinco minutos antes de la carrera se lo meten al galgo.

—¿Por la boca? ¿Se lo come?

—No —contestó—. No precisamente por la boca.

Y todo así. Durante los ocho largos viajes que hicimos después para llevar a *Black Panther* a la pista me enteré de muchos más detalles de este encantador deporte, sobre todo de los métodos para obligar a los galgos a correr más despacio o más deprisa, e incluso de los nombres de las drogas y de las cantidades que hay que emplear. Me enteré del «tratamiento de la rata» (para obligar a los no cazadores a perseguir a la liebre falsa), que consiste en meter una rata en un bote que se ata al cuello del perro. En la tapa del bote hay un pequeño agujero, del tamaño suficiente para que la rata saque la cabeza y muerda al perro. Pero este no puede alcanzarla y, naturalmente, corre como un loco, al tiempo que le muerden el cuello, y cuanto más agita el bote, más mordiscos le da la rata. Finalmente, la dejan en libertad, y el perro, que hasta entonces había sido un animal dócil, incapaz de matar una mosca, se abalanza sobre ella y la hace pedazos.

—Con repetir esto unas cuantas veces —dijo Claud—, y, ojo, que yo no estoy de acuerdo, el perro se convierte en un verdadero asesino que persigue cualquier cosa, incluso la liebre falsa.

Ya habíamos atravesado las Chiltern y salíamos de los hayedos para internarnos en la llanura de olmos y robles al sur de Oxford. Claud iba silencioso, conteniendo su nerviosismo y fumando cigarrillos, y cada dos o tres minutos se volvía para comprobar si *Jackie* estaba bien. El animal se había tumbado al fin, y cada vez que Claud se volvía le susurraba unas palabras, que *Jackie* agradecía con un leve movimiento de la cola, que hacía crujir la paja.

Pronto entraríamos en Thame, con su amplia calle mayor donde enjaulaban los cerdos, las vacas y las ovejas en días de mercado, y donde se celebraba la feria una vez al año con columpios, tióvivos, coches de choque y carromatos de gitanos que se instalaban en medio de la ciudad. Claud había nacido en Thame, y no había vez que

pasáramos por allí que no hablase de ello.

—Bueno —dijo en cuanto divisamos las primeras casas—, ya estamos en Thame. Yo nací y me crié aquí, ¿sabes, Gordon?

—Ya me lo has contado.

—Cuando éramos críos hacíamos un montón de cosas raras —dijo con ligera nostalgia.

Se calló, y creo que más por aliviar la tensión que estaba acumulando que por otra cosa, se puso a hablar de sus años de juventud.

—Había un chico en la casa de al lado —dijo— que se llamaba Gilbert Gomm. Tenía una cara puntiaguda, como de hurón, y una pierna un poco más corta que la otra. ¡Las cosas que habremos hecho juntos! ¿Sabes lo que hacíamos, Gordon?

—Dime.

—Nos metíamos en la cocina los sábados por la noche, mientras mi padre y mi madre estaban en el bar, desconectábamos la tubería del gas y la metíamos en una botella de leche llena de agua. Después la echábamos en unas tazas y nos la bebíamos.

—¿Y estaba bueno?

—¡Bueno! Era verdaderamente asqueroso. Pero echábamos un montón de azúcar y no sabía tan mal.

—¿Por qué lo bebíais?

Claud se volvió y me miró con incredulidad.

—¿Quieres decir que nunca has bebido «agua de serpientes»?

—Pues no, la verdad.

—¡Y yo que creía que todo el mundo lo hacía de pequeño! Te emborracha, como el vino; pero es todavía peor. Depende del tiempo que tengas el gas en el agua. Nosotros nos emborrachábamos en la cocina los sábados por la noche, y era maravilloso. Hasta que una noche se presentó mi padre y nos pilló. No olvidaré esa noche mientras viva. Yo estaba sujetando la botella y el gas burbujeaba en el agua, mientras que Gilbert estaba arrodillado en el suelo dispuesto a cerrar la llave cuando yo le dijera, y de repente aparece mi padre.

—¿Qué dijo?

—Dios mío, Gordon, fue espantoso. No dijo ni media palabra, pero se plantó al lado de la puerta y empezó a quitarse el cinturón, desabrochándose, la hebilla muy despacio. Se sacó el cinturón de los pantalones, despacio, mirándome todo el rato. Era un tipo enorme, con una manos como martillos pilones, bigote negro y venillas rojas en los carrillos. Se acercó a mi, me agarró por la chaqueta y comenzó a arrearme con todas sus fuerzas con la hebilla, y te juro por Dios, Gordon, que creí que me mataba. Pero se paró y volvió a ponerse el cinturón, despacio, con cuidado; se lo abrochó y se metió los faldones de la camisa, eructando por la cerveza que había bebido. Después se fue otra vez al bar, sin decir palabra. Es la paliza más grande que me han dado en mi vida.

—¿Cuántos años tenías?

—Unos ocho, supongo —respondió Claud.

Cuando nos acercábamos a Oxford volvió a quedarse en silencio. Torcía el cuello continuamente para ver si *Jackie* estaba bien, para tocarlo, acariciarle la cabeza, y en una ocasión se dio la vuelta y se arrodilló en el asiento para amontonar más paja junto al animal, murmurando algo sobre una corriente de aire. Rodeamos las afueras de Oxford, atravesamos una red de estrechas carreteras rurales y al cabo de un rato entramos en un sendero lleno de baches y empezamos a adelantar a una fila de hombres y mujeres que iban en la misma dirección, a pie o en bicicleta. Algunos hombres llevaban galgos. Ante nosotros apareció un gran coche-salón, y por la ventanilla de atrás vimos un perro sentado entre dos hombres.

—Vienen de todas partes —dijo Claud con aire de misterio—. A ése de ahí seguramente lo han traído de Londres especialmente para la ocasión. Es probable que lo hayan sacado de la perrera de un canódromo por una tarde. Podría ser perfectamente un galgo de Derby.

—Espero que no corra contra *Jackie*.

—No te preocupes —dijo Claud—. Todos los animales nuevos van inmediatamente a la categoría superior. El señor Feasey es muy quisquilloso con esa norma.

Había una verja abierta que daba a un prado, y la mujer del señor Feasey se dirigió hacia nosotros para cobrarnos antes de que entrásemos.

—El viejo Feasey la pondría a darle a los pedales si tuviera fuerza para ello. Ese hombre no contrata a más gente de la imprescindible.

Atravesamos el prado y aparcamos en el extremo de una fila de coches, junto al seto de arriba. Salimos, y Claud fue rápidamente a la parte de atrás para coger a *Jackie*. Yo me quedé esperando junto al coche. Era un prado muy grande, con una cuesta pronunciada, y nosotros estábamos en la cima, mirando hacia abajo. A lo lejos se veían las seis jaulas de la línea de salida y los postes de madera que señalaban la pista que discurría por el fondo del prado y torcía formando ángulo recto para seguir por la colina, en la que se había congregado una multitud, hasta la meta. Unos treinta metros más allá de la línea de meta estaba la bicicleta, vuelta boca arriba, para tirar de la liebre. Como es portátil, es el método que se emplea en todas las pistas de carreras de galgos. Consiste en una delgada plataforma de madera de unos dos metros de altura, que se apoya en cuatro postes clavados en el suelo. En la plataforma se coloca una bicicleta vieja, con las ruedas en el aire. La rueda trasera está delante, hacia la pista, y previamente se le ha quitado el neumático, dejando la llanta cóncava de metal. Un extremo de la cuerda con que se tira de la liebre va atado a la llanta, y el conductor (la persona que hace moverse la liebre), montado a horcajadas en la parte de atrás y moviendo los pedales con las manos, hace girar la rueda y enrolla la cuerda alrededor de la llanta. Así arrastra a la liebre hacia él a la velocidad que desee, hasta sesenta y cinco kilómetros por hora. Después de cada carrera alguien vuelve a llevar

la liebre falsa (con la cuerda atada) hasta las jaulas de la línea de salida, con lo que la cuerda se desenrolla de la llanta y puede empezarse otra vez. Desde la plataforma, el encargado de la bicicleta puede observar la carrera y regular la velocidad de la liebre para mantenerla justo por delante del galgo que va en cabeza. También puede hacer que la liebre se pare bruscamente en el momento que se le antoje, con lo que la carrera es nula. Si parece que va a ganar un perro que no debiera, pedalea bruscamente hacia atrás y la cuerda se enreda en los radios de la meta. Hay otro método, que consiste en disminuir repentinamente la velocidad de la liebre durante un segundo, por ejemplo, con lo que el galgo que va en cabeza se para unos instantes y los demás lo alcanzan. Este hombre es muy importante en las carreras de galgos.

Vi al que trabajaba para el señor Feasey ya encaramado en la plataforma. Era un hombre de aspecto imponente, con un jersey azul. Miraba a la multitud por entre el humo de su cigarrillo, apoyado contra la bicicleta.

En Inglaterra existe una extraña ley según la cual solo se permite celebrar este tipo de carreras siete veces al año en el mismo terreno. Por esta razón el equipo del señor Feasey era portátil, y después de la séptima carrera sencillamente se trasladaba a otra pista. Esta ley no le molestaba en absoluto.

Ya se había congregado un gentío considerable, y los corredores de apuestas erigían sus puestos en fila, a la derecha. Claud había sacado a Jackie de la furgoneta y lo llevaba hacia un grupo de personas reunidas alrededor de un hombrecillo rechoncho vestido con pantalones de montar: el señor Feasey. Cada una de aquellas personas llevaba un galgo atado con una correa, y el señor Feasey escribía sus nombres en un cuaderno que tenía doblado en la mano izquierda. Me acerqué lentamente a mirar.

—¿Cuál has traído? —preguntó el señor Feasey, el lápiz suspendido sobre el cuaderno.

—*Midnight* —respondió un hombre con un galgo negro.

El señor Feasey retrocedió y examinó al animal con sumo cuidado.

—*Midnight*. Muy bien, lo tengo apuntado.

—*Jane* —dijo el siguiente.

—Vamos a ver... *Jane... Jane...* Sí, de acuerdo.

—*Soldier*.

Aquel perro lo llevaba un hombre de largos dientes, con un traje azul oscuro, cruzado, brillante por el uso, y cuando dijo «*Soldier*» empezó a rascarse lentamente la culera de los pantalones con la mano que tenía libre.

—Llévatelo —dijo el señor Feasey.

El hombre bajó la mirada rápidamente y dejó de rascarse.

—Venga, llévatelo.

—Oiga, señor Feasey —dijo el hombre, ceceando ligeramente por entre sus largos dientes—, haga el favor de no decir tonterías.

—Vamos, Larry; lárgate. No me hagas perder el tiempo. Sabes tan bien como yo

que *Soldier* tiene dos dedos malos en la pata delantera derecha.

—Pero, señor Feasey —insistió el hombre—, hace seis meses que no ve usted a *Soldier*.

—Venga, Larry; lárgate. No tengo tiempo ele discutir contigo —el señor Feasey no pared a en absoluto enfadado—. El siguiente —dijo.

Vi a Claud dar un paso al frente con Jackie. Su cara grande y bovina estaba inexpresiva, los ojos fijos en algo que había a un metro por encima de la cabeza del señor Feasey, y sujetaba la correa con tal fuerza que los nudillos parecían una ristra de cebollitas blancas. Sabía perfectamente cómo se sentía. En ese momento yo me sentía igual, y fue aún peor cuando el señor Feasey se echó a reír.

—¡Vaya! —exclamó—. Aquí tenemos a *Black Panther*, el campeón.

—Pues sí, señor Feasey —dijo Claud.

—Mira, voy a decirte una cosa —dijo, aún sonriendo—. Llévatelo a casa. No quiero que corra.

—Pero, señor Feasey...

—Ya lo he dejado correr seis u ocho veces, y con eso es suficiente. ¿Por qué no le pegas un tiro y acabas de una vez?

—Atienda un momento, por favor, señor Feasey. Una vez más y no volveré a pedírselo.

—¡Ni Una vez más! Hoy tengo más perros de los que puedo admitir. No hay sitio para una tortuga como ésta.

Pensé que Claud se iba a echar a llorar.

—Señor Feasey, en serio —dijo—. Llevo levantándome a las seis de la mañana desde hace dos semanas para llevarlo a correr y darle masaje, y le he comprado buenos filetes. Créame, es Un animal completamente distinto del que corrió la última vez.

Al oír las palabras «completamente distinto», el señor Feasey dio un brinco, como si le hubieran pinchado con un alfiler.

—¿Cómo que es un perro distinto? —gritó.

He de decir en honor de Claud que mantuvo la cabeza en su sitio.

—Vamos, señor Feasey —dijo—; le agradecería que no empezara a pensar cosas raras. Sabe perfectamente que no me refería a eso.

—¡De acuerdo, de acuerdo! De todos modos, puedes llevártelo. No tiene sentido que participe un perro tan lento. Llévatelo a casa, hazme el favor, y no interrumpas la carrera.

Yo observaba a Claud. Él observaba al señor Feasey.

Este buscaba con la mirada al siguiente perro que tenía que apuntar. Bajo la chaqueta de mezclilla marrón llevaba un jersey amarillo, y aquella pincelada de color en el pecho, sus piernas delgadas y enfundadas en las polainas, la forma de mover la cabeza de un lado a otro, le daban un aire de pajarito alegre, tal vez de jilguero.

Claud avanzó un paso. Su rostro empezaba a adquirir un color rojo por la rabia

que le producía aquel asunto, y vi que se le movía la nuez al tragar saliva.

—Mire lo que voy a hacer, señor Feasey. Estoy tan completamente seguro de que el animal ha mejorado, que le apuesto una libra a que no llega el último. Para que vea.

El señor Feasey se dio la vuelta lentamente y miró a Claud.

—¿Estás loco? —preguntó.

—Le apuesto una libra, para demostrarle lo que digo.

Era una jugada peligrosa que sin duda despertaría sospechas, pero Claud sabía que era lo único que podía hacer. Hubo unos momentos de silencio cuando el señor Feasey se agachó a examinar al perro. Vi que sus ojos recorrían lentamente el cuerpo del animal, palmo a palmo. La meticulosidad de aquel hombre y su memoria eran verdaderamente admirables, como temible era aquel fichero viviente y lleno de confianza en sí mismo que guardaba en su cabeza la forma, el color y los rasgos distintivos de varios cientos de galgos, diferentes pero muy parecidos. Sólo necesitaba una pista: una pequeña cicatriz, un dedo aplastado del pie, cualquier tontería en los corvejones, los músculos de los cuartos traseros más o menos pronunciados, una mancha ligeramente más oscura. El señor Feasey se acordaba de todo.

Le observé mientras examinaba agachado a *Jackie*. Su cara era rosada y carnosa; la boca, pequeña y apretada, como si no pudiera estirarse lo suficiente para sonreír, y los ojos, como dos pequeñas cámaras fotográficas enfocadas sobre el perro.

—Bueno —dijo al tiempo que se enderezaba—. Desde luego, es el mismo perro.

—¡Pues claro! —exclamó Claud—. ¿Qué clase de persona cree usted que soy, señor Feasey?

—Lo que creo es que estás loco, ni más ni menos; pero es una forma fácil de ganarse una libra. ¿Es que te has olvidado de que *Amber Flash* estuvo a punto de ganarle corriendo a tres patas en la última carrera?

—,Entonces no estaba en condiciones —dijo Claud—. No le había dado filetes ni masajes, ni le había hecho correr como ahora. Pero, oiga, señor Feasey; no vaya usted a meterlo en la categoría superior solo por ganar la apuesta. Este perro tiene que ir en la categoría inferior. Usted lo sabe, señor Feasey.

El señor Feasey se echó a reír. La boquita en forma de botón se abrió formando un círculo minúsculo, soltó una carcajada y miró a la gente que había a su alrededor, que también río.

—Oye —dijo, posando una mano peluda en el hombro de Claud—. Conozco a mis perros. No tengo necesidad de trampas para ganarme una libra. Lo incluyo en la inferior.

—De acuerdo —dijo Claud—. La apuesta está hecha.

Se alejó con *Jackie* y yo lo seguí.

—¡Cielo santo, Gordon, por poco la liamos!

—Y que lo digas.

—Pero ya está todo arreglado —añadió Claud. Su rostro había vuelto a adquirir aquella expresión tensa, y caminaba rápidamente, de una forma rara, como si el suelo le quemara los pies.

Aún seguía llegando gente al prado y fácilmente habría ya trescientas personas. No eran muy agradables. Hombres y mujeres de nariz afilada, cara sucia y dientes picados, con unos ojos astutos. Las heces de la gran ciudad. Como aguas residuales que rezuman de una cañería rota, se desparramaban por la carretera, cruzaban la verja y formaban una pequeña charca fétida en el extremo del prado. Estaban todos allí, todos los gandules, los gitanos, los apostadores y las heces y los residuos, los desperdicios y la porquería de las cañerías rotas de la gran ciudad. Algunos con perros, otros sin ellos. Perros atados con cuerdas, perros miserables con la cabeza colgante, flacos y sarnosos, con heridas en las patas traseras por dormir sobre madera, perros viejos y tristes con el hocico gris, perros drogados o cebados con avena para evitar que ganasen, perros que caminaban con las patas rígidas, como uno blanco que vi.

—Claud, ¿por qué tiene las patas rígidas ese perro blanco?

—¿Cuál?

—Ese de ahí.

—Ah, sí; ya lo veo. Seguramente lo habrán colgado.

—¿Cómo que lo han colgado?

—Sí. Los suspenden de un arnés durante veinticuatro horas, con las patas colgando.

—Dios mío, ¿por qué?

—Pues para que corran despacio, naturalmente. A algunas personas no les gusta drogarlos, ni cebarlos, ni apretarles el bozal, y prefieren colgarlos.

—Ya.

—O eso —añadió Claud—, o frotarles las patas con papel de lija. Se les levanta la piel y les duele al correr.

—Entiendo.

Y los perros en buenas condiciones, lustrosos, bien alimentados, a los que les dan carne de caballo en lugar de bazofia, o bizcochos tostados, o agua de berza, con el pelo más brillante, agitando la cola, tirando de la correa, sin drogar ni cebar, con un destino quizá más desagradable, el de llevar apretado el bozal cuatro agujeros. *Pero asegúrate de que puede respirar, Jock. No lo ahogues, no vaya a ser que se desmaye en mitad de la carrera. Que jadee un poco nada más. Aprieta cada vez un agujero hasta que le oigas jadear. Cuando veas que se le abre la boca y que empieza a respirar con dificultad, entonces es el momento, a no ser que se le salgan los ojos de las órbitas. Ten cuidado con eso. ¿Vale?*

Vale.

—Vamos a alejarnos de la gente, Gordon. Jackie se pone nervioso con todos estos perros y no le hace ningún bien.

Subimos la cuesta hasta donde estaban estacionados los coches, y después paseamos por delante de ellos, para que el animal se moviera. En el interior de algunos vehículos vi a hombres sentados con sus perros, mirándonos por la ventanilla con el ceño fruncido.

—Ten cuidado, Gordon. Es mejor no meterse en líos.

—De acuerdo.

Aquellos eran los mejores galgos. Los guardaban en secreto y los sacaban del coche sólo para alistarlos (con nombre falso). Volvían a meterlos inmediatamente en los coches, hasta el último minuto; los llevaban inmediatamente a las jaulas y después de la carrera volvían a esconderlos para que ningún entrometido los viera de cerca. Eso es lo que decía el entrenador del canódromo. *De acuerdo. Pueden llevárselo; pero, por lo que más quieran, que no lo reconozca nadie. Miles de personas conocen a este galgo, así que tienen que darse con cuidado. ¿Entendido? Son cincuenta libras.* Estos animales son muy veloces, pero da lo mismo, porque lo más probable es que les pongan una inyección, por si acaso. Un centímetro cúbico y medio de éter, subcutáneo, inyectado muy lentamente dentro del coche. Con eso, cualquier galgo puede sacar una ventaja de diez cuerpos. A veces les ponen cafeína disuelta en aceite, o alcanfor. Eso también sirve para que corran más. Los que van en esos cochazos conocen bien el asunto. Y algunos conocen el método del whisky, pero eso es intravenoso. En este caso no resulta tan fácil. Puede ocurrir que no se acierte con la vena y entonces no funciona y está uno perdido. O sea, que éter, cafeína o alcanfor. *No le pongas demasiado ahora, Jock. ¿Cuánto pesa? Veinticinco kilos. Bueno, ya sabes lo que nos dijo el hombre aquél. Espera un momento. Lo tengo apuntado en un papel. Aquí está. Un centímetro cúbico por cada cuatro kilos y medio de peso equivale a cinco cuerpos en doscientos setenta metros. Espera, que lo voy a calcular. Dios, será mejor hacerlo a ojo. Calcúlalo a ojo, Jock. Verás como sale bien. Además, no habrá ningún problema, porque ya tengo localizados a los otros. He tenido que darle diez libras al viejo Feasey. Diez libras como diez soles le he dado, y le he dicho: «Esto es por su cumpleaños, querido señor Feasey, y porque le tengo a usted mucho cariño». «Muchísimas gracias —dijo el señor Feasey—. Gracias, mi querido y fiel amigo».*

Y para que vayan más despacio, los tipos de los cochazos saben que existe el clorbutal. Eso es una maravilla, porque se les puede dar la noche anterior, especialmente si el perro es de otra persona. O Petidine. Petidine e Hyoscine mezclados, que no sé lo que sale.

—Mucho aristócrata deportista hay por aquí —dijo Claud.

—Sí, desde luego.

—Ojo con los bolsillos, Gordon. ¿Llevas escondido el dinero?

Rodeamos por detrás la fila de coches —pasando entre estos y el seto— y vi que Jackie se ponía rígido y tiraba de la correa, andando agazapado y tenso. A unos treinta metros había dos hombres. Uno sujetaba un galgo grande de color canela,

tenso y rígido como *Jackie*. El otro llevaba un saco en la mano.

—Mira —susurró Claud—, le van a soltar un bicho para que lo mate.

Del saco salió despedido un conejito blanco, que cayó a la arena; un animalito joven, suave, manso. Se enderezó y se quedó inmóvil, acurrucado, encorvándose a la manera de los conejos, la nariz pegada al suelo. Un conejo asustado. Salir del saco tan de repente, y con semejante golpe... A la luz brillante. El perro estaba loco de excitación, daba brincos, tiraba de la correa, pateaba el suelo, se lanzaba hacia adelante gimiendo. El conejo vio al perro. Giró la cabeza y se quedó quieto, paralizado de miedo. El hombre agarró al perro por el collar, y éste se retorció, saltó e intentó desasirse. El otro hombre empujó al conejo con el pie, pero el animal estaba demasiado asustado para moverse. Volvió a empujarlo, sacudiéndolo con la punta del pie, como si fuera un balón de fútbol, y el conejo rodó varias veces, se enderezó y se puso a dar saltitos por la hierba para escapar del perro. El otro hombre soltó al perro, que cayó sobre el conejo con un terrible zarpazo, y entonces se oyeron chillidos, no muy altos, pero penetrantes, angustiados, durante un buen rato.

—Ahí lo tienes —dijo Claud—. Eso es una matanza.

—La verdad, no me ha hecho mucha gracia.

—Ya te lo había advertido, Gordon. La mayoría hace cosas así. Anima al perro para la carrera.

—De todas maneras, no me hace mucha gracia.

—Ni a mí. Pero lo hacen todos, incluso los entrenadores de los canódromos importantes. Para mí es una verdadera barbaridad.

Nos alejamos de allí, y abajo, al final de la cuesta, la multitud iba creciendo y ya se habían erigido los puestos de los corredores de apuestas con los nombres escritos en rojo, oro y azul, formando una larga fila a espaldas de la gente, cada corredor encaramado en un cajón vuelto del revés junto a su puesto, un mazo de tarjetas numeradas en una mano, un trozo de tiza en la otra, y el ayudante detrás de él, con cuaderno y lápiz. Entonces vimos al señor Feasey dirigirse a una pequeña pizarra elevada a un poste.

—Va a apuntar a los de la primera carrera —dijo Claud—. ¡Vamos, deprisa!

Descendimos rápidamente la colina y nos mezclamos con el gentío. El señor Feasey anotaba a los participantes en la pizarra, copiando los nombres que llevaba escritos en un cuaderno de tapas blandas, y un silencio expectante envolvió a la multitud que lo miraba.

1. *Sally*.
2. *Three Quid*.
3. *Snailbox Lady*.
4. *Black Panther*.
5. *Whisky*.
6. *Rockit*.

—¡Está admitido! —susurró Claud—. ¡La primera carrera, en el cajón cuatro! ¡Venga, Gordon, dame un billete de cinco libras para enseñárselo al conductor de la bicicleta!

La excitación apenas le dejaba hablar. Por sus párpados y su nariz había vuelto a extenderse aquella palidez, y cuando le tendí el billete de cinco libras y fue a cogerlo, noté que le temblaba el brazo. El hombre que iba a accionar los pedales de la bicicleta estaba aún en la plataforma de madera, con su jersey azul, fumando. Claud fue hacia allí y se situó debajo de él, mirándolo.

—Fíjese en estas cinco libras —dijo con dulzura, con el billete doblado en pliegues pequeños sobre la palma de la mano.

El hombre le echó una ojeada sin mover la cabeza.

—A condición de que lleve la carrera como es debido, sin detenerse ni hacer que vaya más lenta o más rápida. ¿De acuerdo?

El hombre no se movió, pero alzó las cejas ligeramente, de una forma casi imperceptible. Claud se marchó.

—Y ahora, Gordon, apuesta el dinero poco a poco, como te dije. Ve apostando pequeñas cantidades para que la apuesta no pierda valor, ¿entiendes? Y yo bajaré a *Jackie* muy despacio, lo más que pueda, para darte suficiente tiempo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Y no te olvides de que tienes que estar preparado para cogerlo al final de la carrera. Sepáralo de los demás cuando empiecen a pelearse por la liebre. Agárralo con fuerza y no lo sueltes hasta que llegue yo con la correa y el collar. Ese *Whisky* es un perro gitano que se carga cualquier cosa que se le ponga por delante.

—Vale —dije—. Vamos allá.

Vi a Claud llevar a *Jackie* hasta el puesto de meta y recoger una funda amarilla con un cuatro grande, así como un bozal. También estaban allí los otros cinco corredores. Sus dueños les colocaban las fundas numeradas y les ajustaban los bozales armando mucho lío. El señor Feasey desempeñaba sus funciones dando saltitos con sus ajustados pantalones de montar, como un pájaro vivaracho y nervioso, y en una ocasión le vi decir algo a Claud y echarse a reír. Claud no le hizo caso.

Pronto empezarían a llevar los galgos a la pista, a bajarlos por la cuesta hasta el otro extremo del prado, donde se encontraba la línea de salida. Tardarían diez minutos en hacer ese recorrido. «Tengo al menos diez minutos», me dije, y empecé a abrirme camino entre el gentío que se había arremolinado, de seis en seis o de siete en siete, ante la fila de corredores de apuestas.

—¡*Whisky*, dinero igualado! ¡*Whisky*, dinero igualado! ¡Cinco a dos por *Sally*! ¡*Snailbox*, cuatro a uno! ¡Vamos! ¡Deprisa, deprisa! ¿Por cual? *Black Panther* estaba apuntado en todas las pizarras a veinticico a uno. Me dirigí al puesto más cercano.

—Tres libras a *Black Panther* —dije, tendiendo el dinero.

El hombre del puesto tenía una cara hinchada, de color escarlata, y restos de una sustancia blanca en la comisura de los labios. Me arrebató el dinero y lo tiró al

maletín.

—Setenta y cinco libras a tres por *Black Panther* —dijo—. Número cuarenta y dos.

Me dio un boleto y su ayudante registró la apuesta. Retrocedí unos pasos y escribí rápidamente en el revés del papel: 75 a 3. Después me lo guardé en el bolsillo interior de la chaqueta, junto al dinero.

Mientras siguiera repartiendo el dinero poco a poco, como hasta entonces, todo iría bien. Y además, obedeciendo las instrucciones de Claud, siempre había apostado unas libras por *Black Panther* cada vez que corría, para no despertar sospechas cuando llegara el día de la verdad. Por eso recorrí con cierta confianza la fila de corredores de apuestas, jugando tres libras en cada uno. No me di prisa, pero tampoco perdí el tiempo; y después de hacer cada apuesta apuntaba la cantidad en la parte posterior de la tarjeta, antes de guardármela en el bolsillo. Había diecisiete corredores de apuestas, yo tenía diecisiete boletos y había invertido cincuenta y una libras sin que la apuesta perdiera ni un punto de su valor. Me quedaban cuarenta y nueve libras para continuar. Lancé una rápida ojeada al pie de la colina. Un hombre y su perro ya habían llegado a las jaulas. Los demás se encontraban solamente a unos veinte o treinta metros. Todos excepto Claud. Él y *Jackie* estaban a mitad de camino. Vi a Claud con su viejo abrigo de color caqui andando lentamente con el galgo, que tiraba con fuerza de la correa, y de repente se paró en seco y se agachó, haciendo como si recogiera algo del suelo. Cuando volvió a ponerse en marcha parecía estar cojo, y caminaba aún más despacio. Yo me apresuré a llegar al otro extremo de la fila para empezar a apostar de nuevo.

—Tres libras por *Black Panther*.

El corredor de apuestas, el de la cara escarlata y la sustancia blanca alrededor de la boca, levantó los ojos vivamente al recordar la vez anterior, y con un movimiento rápido del brazo, casi grácil, se mojó los dedos y borró el número veinticinco de la pizarra. Sus dedos húmedos dejaron una pequeña mancha oscura junto al nombre de *Black Panther*.

—De acuerdo, tiene un setenta y cinco a tres más —dijo—. Pero ya está bien —después elevó la voz y gritó—: ¡Quince a uno para *Panther*! ¡Quince para *Panther*!

En todos los puestos borraron los veinticinco y escribieron quince a uno por *Panther*. Lo hice rápidamente, pero cuando acabé con todos los corredores de apuestas, estaban ya hartos y no se cotizaba. Sólo habían aceptado seis libras cada uno, pero podían perder ciento cincuenta, y para ellos —corredores de apuestas en una pequeña pista rural— era más que suficiente en una sola carrera. Me sentía satisfecho de mi forma de actuar. Tenía un montón de boletos. Los saqué de los bolsillos y los conté. Formaban un delgado mazo de naipes en mi mano. Treinta y tres en total. ¿Y cuánto podíamos ganar? Vamos a ver... Algo más de dos mil libras. Claud había dicho que ganaría la carrera por treinta cuerpos. ¿Dónde estaba, por cierto?

A lo lejos, al pie de la colina, vi el abrigo caqui junto a las jaulas, y al gran perro negro a su lado. Los demás ya habían entrado y sus dueños empezaban a alejarse. Claud estaba agachado, tratando de engatusar a *Jackie* para que entrase en la número cuatro, y al poco cerró la puerta, se dio la vuelta y echó a correr colina arriba, hacia la muchedumbre, el abrigo flotando al viento. Miraba constantemente por encima del hombro mientras corría.

Junto a las jaulas estaba el juez de línea, agitando un pañuelo con la mano en alto. En el otro extremo de la pista, detrás del poste de la meta, muy cerca de donde yo me encontraba, el hombre del jersey azul había montado a horcajadas en la bicicleta colocada al revés sobre la plataforma de madera. Cuando vio la señal, movió la mano a modo de respuesta y empezó a girar los pedales. Entonces, a lo lejos, apareció un minúsculo punto blanco que salía por entre las jaulas —la liebre artificial, que en realidad era un balón con un trozo pegado de piel de conejo— y aceleró inmediatamente. Se abrieron las jaulas y los perros salieron disparados, formando una masa oscura, todos juntos, como si fueran un único perro muy ancho en lugar de seis, y casi inmediatamente vi a *Jackie*, que salía corriendo por el prado. Supe que era él por el color. No había más galgos negros en la carrera. Era *Jackie*, sin lugar a dudas. «No te muevas —me dije—. No muevas ni un músculo, ni un párpado, ni un dedo del pie, ni la yema de un dedo. Quédate quieto. Sólo mira. ¡Venga, *Jackie*, chaval! No, no grites, que trae mala suerte. Y no te muevas. Todo habrá acabado dentro de veinte segundos. Cogerá la curva y subirá la cuesta, y sacará una ventaja de quince o veinte cuerpos. Veinte, fácil. No los cuentes, que trae mala suerte. Y no te muevas. No muevas la cabeza. Míralo por el rabillo del ojo. ¡Mira cómo corre *Jackie*! Lo está consiguiendo. ¡Ha ganado! Ya no puede perder...»

Cuando llegué a su lado, forcejeaba con la piel de conejo, intentando cogerla con la boca, pero no se lo permitía el bozal, y los demás perros brincaban detrás. De repente, se subieron todos encima de él, luchando por el conejo. Lo agarré por el cuello y lo arrastré, como me había dicho Claud. Me arrodillé en la hierba y le rodeé el cuerpo con los dos brazos. Los demás se las veían y se las deseaban para sujetar a sus perros.

En ese momento Claud llegó a mi lado, resoplando con fuerza, incapaz de hablar por la emoción. Le quitó el bozal a *Jackie*, le puso el collar y la correa, y también apareció el señor Feasey, con las manos en las caderas, la boca en forma de botón, fruncida como una seta; las dos pequeñas cámaras fotográficas, enfocadas de nuevo en *Jackie*.

—Conque ésas tenemos, ¿eh? —dijo.

Claud estaba inclinado sobre el animal, como si no lo hubiera oído.

—No quiero que sigáis aquí, ¿entendido?

Claud continuó jugueteando con el collar de *Jackie*.

—Ese mamón de la cara chata le ha hecho una buena al viejo Feasey —oí que decía alguien detrás de nosotros.

Se escuchó una carcajada. El señor Feasey se alejó. Claud se enderezó y se dirigió con *Jackie* hacia el conductor de la liebre, el del jersey azul, que había bajado de la plataforma.

—¿Un cigarrillo? —dijo Claud, ofreciendo el paquete.

El hombre sacó uno, y también el billete de cinco libras que Claud sujetaba entre los dedos, muy bien doblado.

—Gracias —dijo Claud—. Muchas gracias.

—De nada —replicó el hombre.

Después Claud se volvió hacia mí.

—¿Lo has hecho todo, Gordon? —Estaba dando saltos, se frotaba las manos y daba palmaditas a *Jackie*. Le temblaban los labios al hablar.

—Sí. La mitad a veinticinco y el resto a quince.

—Dios, es fantástico, Gordon. Espera a que traiga la maleta.

—Coge a *Jackie* —dije—, y vete al coche. Hasta luego.

Ya no había gente junto a los puestos de los corredores de apuestas. Yo era el único que iba a recoger algo, y me dirigí lentamente, con unos pasos como de baile y una maravillosa sensación en el pecho, hacia el primero de la fila, el hombre de la cara de color escarlata y las manchas blancas alrededor de la boca. Me planté frente a él y me entretuve un buen rato en buscar los dos boletos que le pertenecían entre el mazo que llevaba. Se llamaba Syd Pratchett. Estaba escrito en su pizarra, sobre fondo rojo: «SYD PRATCHETT. LAS MEJORES APUESTAS DE LAS MIDLANDS. COBRO RÁPIDO».

Le tendí el primer boleto y le dije:

—Son setenta y ocho libras —me sonó tan bien que lo repetí, como si fuera una cancioncita—. Son setenta y ocho libras.

No era mi intención jactarme ante el señor Pratchett. La verdad es que empezaba a caerme bien, e incluso me daba lástima por tener que soltar tanto dinero. Ojalá no sufrieran su mujer y sus hijos.

—Número cuarenta y dos —dijo el señor Pratchett volviéndose hacia su ayudante, que tenía un gran cuaderno en las manos—. El cuarenta y dos quiere setenta y ocho libras.

Hubo una pausa durante la que el ayudante bajó el dedo por la columna de apuestas. Lo hizo dos veces: después miró a su jefe y movió la cabeza.

—No —dijo—. No hay que pagar. Este boleto es por *Snailbox Lady*.

El señor Pratchett, encaramado en su cajón, se agachó y miró el cuaderno. Parecía molesto por lo que había dicho su ayudante, y en aquel enorme rostro escarlata apareció una expresión de verdadera preocupación.

«El ayudante es un imbécil —pensé—, y el señor Pratchett se lo va a decir de un momento a otro.»

Pero cuando el señor Pratchett se volvió hacia mí, sus ojos se habían estrechado y tenía una mirada hostil.

—Oiga —dijo con dulzura—, no me venga con ésas. Usted sabe perfectamente que ha apostado por *Snailbox Lady*. ¿Qué se propone?

—He apostado por *Black Panther* —dije—. Dos apuestas distintas de tres libras cada una a veinticinco a uno. Aquí tiene el segundo boleto.

En esta ocasión ni siquiera se molestó en comprobarlo en el cuaderno.

—Ha apostado por *Snailbox Lady* —insistió—. Me acuerdo de usted.

Y diciendo esto se dio la vuelta y se puso a borrar con un trapo húmedo los nombres de los participantes de la última carrera. Detrás de él, el ayudante había cerrado el cuaderno y encendía un cigarrillo. Me quedé mirándolos y sentí que el sudor empezaba a inundarme el cuerpo.

—Déjeme ver el cuaderno.

El señor Pratchett se sonó la nariz con el trapo húmedo y lo dejó caer al suelo.

—Oiga —dijo—, ¿por qué no se larga y deja de fastidiar?

El asunto era el siguiente; el boleto de un corredor de apuestas nunca lleva nada que indique la clase de apuesta que se ha hecho. Esta práctica es muy corriente en todas las pistas de carreras del país, ya sea Silver Ring, de Newmarket; la Royal Enclosure, de Ascot, o una pista sin importancia en las cercanías de Oxford. Lo único que te dan es una tarjeta con el nombre del corredor de apuestas y un número de serie. La apuesta es registrada (o así debería ocurrir) por el ayudante del corredor en un cuaderno, junto al número del boleto; pero, aparte de eso, no existe prueba alguna.

—Venga —insistía el señor Pratchett—. Lárguese.

Retrocedí unos pasos y eché una ojeada a la larga fila de puestos. Ninguno de los corredores de apuestas miraba hacia donde yo estaba. Todos seguían inmóviles en sus cajones de madera, junto a los carteles también de madera, con la mirada fija en el gentío. Me acerqué al siguiente y presenté un boleto.

—He apostado tres libras por *Black Panther* a veinticinco a uno —dije con decisión—. Son setenta y ocho libras.

Aquel hombre, con una cara hinchada y blanda, realizó exactamente las mismas operaciones que el señor Pratchett: preguntó a su ayudante, consultó el cuaderno y me dio la misma respuesta.

—Pero ¿qué le pasa? —dijo con calma, como si estuviera hablando con un niño de ocho años—. ¿Cómo se le ha ocurrido una tontería así?

Esta vez retrocedí un buen trecho.

—¡Son unos hijos de puta y unos ladrones! —grité—. ¡Todos ustedes!

Automáticamente, como si fueran marionetas, todas las caras de la fila se volvieron hacia mí y me miraron. Sus expresiones no se alteraron. Se limitaron a moverse, diecisiete en total, y diecisiete pares de ojos fríos y vidriosos se clavaron en mí. Ninguno de ellos mostraba el menor destello de interés.

—Alguien ha dicho algo —parecían decir—. No hemos oído nada. Hace buen día.

El gentío, oliéndose que ocurría algo, empezó a rodearme. Corrí hasta el puesto

del señor Pratchett, me acerqué a él y le clavé un dedo en el estómago.

—¡Es usted un ladrón! ¡Un piojoso ladrón! —grité. Lo más extraordinario de todo fue que al señor Pratchett no pareció importarle.

—¿Quién, yo? —replicó—. ¡Mira quién fue a hablar!

Aquella enorme cara se distendió en una ancha sonrisa, como una rana, miró a la gente y gritó:

—¡Mira quién fue a hablar!

De repente todos se echaron a reír. La fila de corredores de apuestas empezó a cobrar vida, y se volvieron unos a otros, riendo y señalándome y gritando:

—¡Mira quién fue a hablar! ¡Mira quién fue a hablar!

La multitud repitió aquel grito, y yo me quedé allí, en la hierba, junto al señor Pratchett, con el fajo de tarjetas como un mazo de naipes. Al oírlos me entró una especie de histeria. Por encima de las cabezas de la gente distinguí al señor Feasey, que estaba escribiendo en la pizarra los nombres de los participantes de la siguiente carrera, y detrás de él, a lo lejos, en el prado, vislumbré a Claud, junto a la furgoneta, esperándome con la maleta en la mano.

Era hora de volver a casa.

El campeón del mundo

Habíamos pasado el día entero agachados ante la mesa del despacho de la gasolinera, preparando las pasas. Sólo nos interrumpíamos para atender a los clientes. Eran gordas, suaves, abultadas por haber estado en agua, y cuando las cortábamos con una cuchilla de afeitar, la piel se abría y la gelatina salía con suma facilidad.

Pero teníamos que hacer la misma operación con ciento noventa y seis, y casi había atardecido cuando acabamos.

—¿A que son maravillosas? —exclamó Claud, frotándose las manos con fuerza—. ¿Qué hora es, Gordon?

—Las cinco pasadas.

Por la ventana vimos una furgoneta que se detuvo junto a los surtidores, con una mujer al volante y unos ocho niños detrás, comiendo helados.

—Tendremos que marcharnos pronto —dijo Claud—. Si no llegamos antes del anochecer, todo se irá al garete. No sé si te das cuenta de eso.

Se estaba poniendo nervioso. Estaba sonrojado y tenía los ojos saltones, como le ocurría antes de una carrera de galgos o cuando se había citado con Clarice por la noche.

Salimos, y Claud sirvió a la mujer la gasolina que le pidió. Cuando la furgoneta se marchó, Claud se quedó en la mitad de la acera, mirando con los ojos entornados el sol, que ya sólo tenía la anchura de la palma de la mano de un hombre, asomado sobre la hilera de árboles que se extendía por las cimas de las montañas en un extremo del valle.

—De acuerdo —dije—. Cierra ya.

Fue rápidamente de un surtidor a otro, asegurando cada inyector en su soporte con un pequeño candado.

—Será mejor que te quites el jersey amarillo —dijo.

—¿Por qué?

—Porque destacarás como un faro a la luz de la luna.

—No pasará nada.

—Hazme caso —insistió—. Quítatelo, Gordon, por favor. Te veré dentro de tres minutos.

Se metió en su remolque, que estaba detrás de la gasolinera, y yo entré en casa a cambiarme el jersey amarillo por uno azul.

Cuando volvimos a encontrarnos afuera, Claud llevaba unos pantalones negros y un jersey verde oscuro de cuello alto. También se había puesto una gorra de paño marrón, con la visera calada hasta los ojos, y parecía un actor apache sacado de una sala de fiestas.

—¿Qué llevas ahí? —le pregunté al verle un bulto en la cintura.

Se subió el jersey y me enseñó dos sacos de algodón, finos pero muy grandes, que se había atado al estómago.

—Son para meter el material —dijo con aire de misterio.

—Ya.

—Vamos —añadió.

—Yo sigo pensando que deberíamos coger el coche.

—Es demasiado arriesgado. Lo verían aparcado.

—Pero hay más de tres kilómetros hasta el bosque.

—Sí —dijo—. Y supongo que sabes que podemos pasarnos seis meses en la trena si nos pillan.

—Eso no me lo habías dicho.

—Ah, ¿no?

—Yo no voy —dije—. No vale la pena.

—El paseo te sentará bien, Gordon. Venga, vamos.

Era una tarde soleada y tranquila, con pequeños jirones de nubes blancas y brillantes inmóviles en el cielo, y el valle estaba fresco y silencioso cuando empezamos a caminar junto al bordillo cubierto de hierba de la carretera de Oxford que discurría entre las colinas.

—¿Llevas las pasas? —preguntó Claud.

—Las tengo en el bolsillo.

—Muy bien —dijo—. Estupendo.

Diez minutos más tarde abandonamos la carretera principal y tomamos un estrecho sendero a la izquierda bordeado de altos setos. A partir de entonces todo era cuesta arriba.

—¿Cuántos guardas hay? —pregunté.

—Tres.

Claud tiró un cigarrillo a medio consumir. Al cabo de un minuto encendió otro.

—Normalmente no me gustan los métodos nuevos —dije—, por lo menos para cosas como ésta.

—Claro.

—Pero, en serio te lo digo, Gordon, creo que esta vez hemos dado en el clavo.

—¿De verdad?

—No cabe duda.

—Ojalá tengas razón.

—Vamos a marcar un hito en la historia de la caza furtiva —dijo—. Pero no se te ocurra contarle a nadie cómo lo hemos hecho, porque si se entera alguien, todos los imbéciles de la región harían lo mismo y no quedaría ni un faisán.

—No diré ni media palabra.

—Deberías sentirte orgulloso de ti mismo —continuó—. Este problema lo llevan estudiando personas muy listas desde hace cientos de años, y a nadie se le ha ocurrido

una idea ni la mitad de ingeniosa. ¿Por qué no me la habías contado antes?

—Nunca me habías pedido mi opinión.

Y era cierto. En realidad, Claud ni siquiera se había prestado a discutir conmigo el sagrado tema de la caza furtiva hasta el día anterior. Muchas tardes de verano, una vez acabado el trabajo, lo había visto salir quedamente de su remolque, con la gorra puesta, y desaparecer carretera arriba, camino del bosque. Y a veces, observándolo desde las ventanas de la gasolinera, me había sorprendido pensando en qué iría a hacer exactamente, en qué artimañas iría a poner en práctica entre los árboles, él solo, en plena noche. Raramente volvía hasta que ya era muy tarde, y nunca, nunca jamás, aparecía con el botín. Pero a la tarde siguiente —y no sé cómo se las arreglaba— siempre había un faisán, o una liebre, o una ristra de perdices colgando en el cobertizo de detrás de la gasolinera.

Aquel verano había estado especialmente activo, y durante los dos últimos meses había aumentado el número de expediciones hasta el extremo de salir cuatro y a veces cinco noches a la semana. Pero eso no era todo. Se me antojaba que su actitud hacia la caza furtiva había experimentado un cambio sutil y misterioso recientemente. Parecía más resuelto, más reservado y más nervioso que antes, y me daba la impresión de que no se trataba ya de un juego, sino de una cruzada, una especie de guerra particular que estaba librando él solo contra un enemigo invisible y odiado.

Pero ¿contra quién?

No estaba seguro, pero sospechaba que no era otro que el famoso señor Víctor Hazel, dueño de las tierras y los faisanes. El señor Hazel era un cervecero del pueblo, de una altanería increíble. Era increíblemente rico, y su hacienda se extendía a lo largo del valle, kilómetros y kilómetros. Era un hombre que se lo había ganado a pulso, sin ningún encanto y con muy escasas virtudes. Detestaba a todas las personas de condición humilde, habiéndolo sido él también, y luchaba desesperadamente por alternar con la gente que, a su entender, merecía la pena. Iba a las carreras de galgos, celebraba cacerías y llevaba chalecos de fantasía, y todos los días pasaba como un rayo por la gasolinera en un enorme Rolls-Royce negro camino de la fábrica de cerveza. A veces vislumbrábamos la gran cara resplandeciente del cervecero al volante, sonrosada como un jamón, toda blanda e hinchada de beber demasiada cerveza.

Pues bien, el día anterior, por la tarde, Claud me dijo de buenas a primeras:

—Esta noche voy otra vez al bosque de Hazel. ¿Por qué no te vienes conmigo?

—¿Quién? ¿Yo?

—Es casi la última oportunidad que queda este año para cazar faisanes —dijo—. La veda se abre el sábado, y se desperdigarán por todas partes, si es que queda alguno.

—¿Por qué me invitas a ir hoy? —le pregunté con suspicacia.

—Por nada especial. Gordon. No hay ningún motivo.

—¿Es peligroso?

No me contestó.

—Supongo que tendrás una escopeta o algo parecido por ahí escondido, ¿no?

—¡Una escopeta! —exclamó con asco—. La gente no le pega tiros a los faisanes. ¿No lo sabías? Con sólo disparar una pistola de juguete en el bosque de Hazel, se te echarían encima todos los guardas.

—Entonces, ¿cómo lo haces?

—Ah —contestó, y bajó los párpados, los ojos velados y misteriosos.

Guardó silencio largo rato y después añadió:

—¿Crees que podrías mantener la boca cerrada si te contase un par de cosas?

—Pues claro que sí.

—No se lo he contado a nadie en mi vida, Gordon.

—Me siento muy honrado —dijo—. Puedes confiar plenamente en mí.

Volvió la cabeza, clavándome sus ojos pálidos, Eran grandes, húmedos, como de buey, y estaban tan cerca que vi mi cara reflejada al revés en el centro de cada uno de ellos.

—Estoy a punto de revelarte los tres mejores métodos que existen para cazar faisanes —dijo—. Y como parece que vas a participar en la aventura, te doy a elegir cuál quieres que empleemos esta noche. ¿Qué te parece?

—Será alguna trampa.

—Nada de trampas, Gordon. Te lo juro.

—Vale, continúa.

—El primer secreto es el siguiente —se calló y dio una larga chupada al cigarrillo—. A los faisanes —susurró— les *vuelven locos* las pasas.

—¿Las pasas?

—Sí, las pasas normales y corrientes. Es como una manía que tienen. Mi padre lo descubrió hace más de cuarenta años, y también los otros métodos que te voy a contar.

—Tenía entendido que tu padre era un borracho.

—Puede. Pero también era un gran cazador furtivo, Gordon; posiblemente, el mejor que ha habido en la historia de Inglaterra. Mi padre estudió la caza furtiva científicamente.

—¿Sí?

—Te lo digo en serio.

—Te creo.

—¿Sabes que mi padre tenía varios gallos de primera en el patio solo para fines experimentales?

—¿Gallos?

—Eso es. Y siempre que inventaba un nuevo truco para cazar faisanes lo probaba primero con los gallos para ver si funcionaba. Así descubrió lo de las pasas. Y así inventó también el método del pelo de caballo.

Claud se calló y lanzó una mirada por encima del hombro, como para asegurarse

de que no había nadie escuchando.

—Consiste en lo siguiente —dijo—. Primero coges unas pasas y las dejas en agua toda la noche para que se pongan gordas y jugosas. Después te haces con un pelo bien tieso de caballo y lo cortas en trocitos de algo más de un centímetro, y a continuación metes uno de estos trozos en cada pasa, de modo que sobresalga unos cincuenta milímetros por cada extremo. ¿Me sigues?

—Sí.

—Llega un faisán y se come una pasa. Tú lo estás observando desde detrás de un árbol. ¿Qué pasa entonces?

—Pues me imagino que se le atragantará.

—Es evidente, Gordon. Pero hay una cosa sorprendente, que es lo que descubrió mi padre. En cuanto se lo traga, ¡el faisán *no vuelve a moverse!* Se queda pegado al suelo, subiendo y bajando el cuello como un bobo, como si fuera un pistón, y lo único que tienes que hacer es salir de tu escondite y cogerlo.

—No me lo creo.

—Te lo juro. En cuanto un faisán se traga el pelo de caballo, ya le puedes disparar un rifle junto a la oreja, que no se menea. Es algo inexplicable, pero hace falta un genio para descubrirlo.

Se quedó callado, y en sus ojos brilló un destello de orgullo al recordar a su padre, el gran inventor.

—Este es el método número uno —dijo—. El número dos es aún más sencillo. Coges un sedal, pones una pasa en el anzuelo y pescas los faisanes como si fueran peces. Tiras el sedal a unos cincuenta metros y te tumbas sobre el estómago entre los arbustos, hasta que piquen. Después, tiras.

—No creo que eso lo inventara tu padre.

—Es muy corriente entre los pescadores —prosiguió, decidido a no hacerme caso—. Entre los muy aficionados que no pueden ir al mar todas las veces que quieren. Les recuerda un poco a la pesca de verdad. El único problema consiste en que se arma mucho ruido. El faisán se pone a graznar como un demonio cuando empiezas a tirar de él, y todos los guardas del bosque vienen corriendo.

—¿Y cómo es el método número tres?

—¡Ah! —dijo—. El tercero es una maravilla. Fue el último que inventó mi querido padre antes de morir.

—¿Su gran obra final?

—Exactamente, Gordon. Y me acuerdo hasta del día en que ocurrió, un domingo por la mañana. De repente entra mi padre en la cocina con un enorme gallo blanco en brazos y dice: «¡Creo que lo he conseguido!» Tenía una sonrisita en los labios, y los ojos brillantes de triunfo. Vino sin hacer ruido, dejó el gallo en mitad de la mesa de la cocina y dijo: «¡Creo que esta vez he tenido una idea realmente estupenda!» Mi madre, que estaba junto a la pila, le dijo: «Horace, quita ese bicho asqueroso de la mesa». El gallo llevaba un gorrito de papel en la cabeza, como un cucurucho de

helado al revés, y mi padre, señalándolo con orgullo, me dijo: «Tócalo. Ya verás como no se mueve ni un milímetro». El animal intentaba quitarse el gorro con una pata, pero parecía estar pegado con cola. «Las aves no pueden escaparse cuando les tapas los ojos», dijo mi padre, y se puso a empujar al gallo con el dedo, pero el animal ni se inmutó. «Puedes matarlo y guisarlo para cenar, para celebrar lo que acabo de inventar», le dijo a mi madre. Después me cogió por el brazo, me hizo salir y nos fuimos al campo, a los bosques que hay al otro lado de Haddenham y que antes eran del duque de Buckingham, y en menos de dos horas cogimos cinco faisanes bien gordos, sin más complicaciones que si los hubiéramos comprado en una tienda.

Claud hizo una pausa para tomar aliento. Sus ojos se habían puesto enormes, húmedos y soñadores al recordar el mundo maravilloso de su juventud.

—No acabo de entenderlo —dije—. ¿Cómo les puso los gorros de papel a los faisanes del bosque?

—Es que ni te lo imaginas.

—Pues no, francamente.

—Te lo voy a explicar. En primer lugar, se cava un agujerito en el suelo. Después haces un cucurucho de papel, lo metes en el agujero, ahuecándolo, como si fuera un vaso. A continuación untas el cucurucho con excrementos de pájaro y metes unas cuantas pasas. Antes has dejado un reguero de pasas que llegue hasta el agujero. El faisán va picando las pasas del reguero y cuando llega al agujero mete la cabeza para comerse las que hay dentro, y de repente se encuentra con que tiene un gorro de papel encasquetado hasta los ojos y que no ve nada. ¿A que es fantástico lo que se les ocurre a algunas personas, Gordon? ¿No te parece?

—Tu padre era un genio —dije.

—Pues elige. Esta noche emplearemos el método que más te guste.

—¿No crees que son un poco bastos?

—¡Bastos, dice! —exclamó escandalizado—. ¡Dios mío! ¿Y quién ha estado comiendo faisán asado casi todos los días durante los últimos seis meses sin tener que pagar ni un penique?

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta del taller. Comprendí que estaba muy dolido por lo que acababa de decirle.

—Espera un momento —dije—. No te vayas.

—¿Quieres venir o no?

—Sí, pero primero contéstame a una cosa. Se me ha ocurrido una idea.

—Pues guárdatela —replicó—. Estás hablando de un tema que no conoces en absoluto.

—¿Te acuerdas del frasco de pastillas que me recetó el médico el mes pasado, cuando tuve dolor de espalda?

—Sí. ¿Qué pasa con ellas?

—¿Hay alguna razón por la que no puedan hacerles efecto a los faisanes?

Claud cerró los ojos y meneó la cabeza compasivamente.

—Espera —dije.

—No vale la pena discutirlo —dijo—. Un faisán no se tragaría una de esas asquerosas píldoras rojas. ¿No se te ocurre nada mejor?

—Te olvidas de las pasas —dije—. Escúchame. Cogemos una pasa, la dejamos en agua para que se hinche, después le hacemos una rajita con una cuchilla de afeitar y la ahuecamos un poco. Abrimos una cápsula y echamos el polvo en la pasa. Después la cosemos cuidadosamente con aguja e hilo. Entonces...

Por el rabillo del ojo vi que la boca de Claud se iba abriendo lentamente.

—Entonces tenemos una pasa que parece completamente normal con dos gramos y medio de seconal dentro, y déjame que te diga una cosa. ¡Esa cantidad es suficiente para dormir a cualquier *hombre*, o sea, que imagínate lo que pasa con un pájaro!

Guardé diez segundos de silencio para que mis palabras hicieran el efecto deseado.

—Y es más, con este método podríamos trabajar a gran escala. Podemos preparar *veinte* pasas si queremos, y lo único que tendríamos que hacer sería desperdigarlas por los sitios donde suelen comer los faisanes al atardecer y marcharnos después. Volveríamos a la media hora, cuando ya hubieran empezado a hacer efecto las pastillas, y para entonces los faisanes ya estarían subidos en los árboles y empezarían a sentirse adormilados, a bambolearse y perder el equilibrio. Al poco tiempo, todos los que hubieran comido *una sola pasa* se desplomarían inconscientes al suelo. ¡Caerían de los árboles como manzanas, y nosotros solo tendríamos que recogerlos!

Claud me miraba fijamente, ensimismado.

—Cielo santo —dijo quedamente.

—Y además, no nos pillarán. Pasearemos entre los árboles soltando unas cuantas pasas aquí y allá, e incluso si nos *ven* no se darán cuenta de nada.

—Gordon —dijo, poniéndome una mano en la rodilla y mirándome con unos ojos grandes y brillantes como dos estrellas—. Si eso funciona, *revolucionará* la caza furtiva.

—Me alegro.

—¿Cuántas pastillas te quedan? —preguntó.

—Cuarenta y nueve. El frasco tenía cincuenta, y sólo he tomado una.

—No son suficientes. Por lo menos necesitamos doscientas.

—Estás loco —exclamé.

Se dirigió lentamente hacia la puerta y se quedó allí con la espalda vuelta hacia mí, mirando al cielo.

—Doscientas es el mínimo —dijo tranquilamente—. No tiene ningún sentido hacerlo a menos que tengamos esa cantidad.

«¿Qué se le habrá ocurrido ahora? —pensé—. ¿Qué querrá hacer?».

—Es la última oportunidad que tenemos antes de que se abra la veda —dijo.

—Me es imposible conseguir más.

—No querrás que volvamos con las manos vacías, ¿verdad?

—Pero ¿por qué *tantas*?

Claud volvió la cabeza y miró con unos ojos agrandados, inocentes.

—¿Y por qué no? —dijo dulcemente—. ¿Tienes algo que objetar?

«Dios mío —pensé de pronto—. Este hijo de puta está dispuesto a estropearle al señor Hazel su primer día de caza.»

—Trae doscientas pastillas de ésas —dijo—, y valdrá la pena hacerlo.

—No puedo.

—Podrías intentarlo, ¿no?

La cacería que celebraba el señor Hazel se iniciaba el primero de octubre todos los años, y era un acontecimiento muy famoso. Decrépitos caballeros con traje de mezclilla, algunos con título y otros simplemente ricos, llegaban en coche desde muchos kilómetros a la redonda con sus monteros, sus perros y sus mujeres, y durante todo el día el ruido de los disparos inundaba el valle. Siempre había suficientes faisanes, porque cada verano repoblaban metódicamente los bosques con docenas y docenas de aves jóvenes, con un gasto increíble. Yo había oído decir que el coste de crianza y mantenimiento de cada faisán superaba con mucho las cinco libras (que es aproximadamente lo que cuestan doscientas barras de pan). Pero al señor Hazel le resultaba rentable cada penique que invertía en el asunto. Se convertía, aunque sólo fuera por unas horas, en el hombre más importante de un pequeño mundo, y hasta el gobernador del condado le daba palmaditas en la espalda e intentaba recordar su nombre de pila cuando se despedía.

—¿Qué pasaría si redujésemos la dosis? —preguntó Claud—. Podríamos repartir el contenido de una pastilla entre cuatro pasas.

—Supongo que sí.

—Pero un cuarto de cápsula, ¿será suficientemente fuerte para un faisán?

No quedaba más remedio que admirar su valor. Ya era bastante peligroso cazar un solo faisán en esos bosques en la época del año en la que estábamos, y él estaba dispuesto a cargarse a todos.

—Con un cuarto será suficiente —dije.

—¿Estás seguro?

—Cálculalo tú mismo. Depende del peso. A pesar de todo, sería veinte veces más de lo necesario.

—Pues entonces reduciremos la dosis —dijo, frotándose las manos. Se calló e hizo unas cuentas—. Vamos a necesitar ciento noventa y seis pasas.

—¿Te das cuenta de lo que supone eso? —pregunté—. Tardaremos horas en prepararlo.

—¿Y qué? —replicó—. Iremos mañana en vez de hoy. Dejaremos las pasas en agua toda la noche y después nos quedará toda la mañana y toda la tarde para prepararlo.

Y eso es exactamente lo que hicimos.

Veinticuatro horas más tarde nos dirigíamos a nuestro destino. Llevábamos

andando ininterrumpidamente unos cuarenta minutos y nos acercábamos al punto en que el sendero torcía a la derecha y discurría por la cima de la colina, para desembocar en el gran bosque en que vivían los faisanes. Quedaba kilómetro y medio de camino, aproximadamente.

—Supongo que esos guardas no llevarán escopetas, ¿no? —pregunté.

—Todos los guardas llevan escopeta —respondió Claud.

Lo que me temía.

—Es sobre todo por las alimañas.

—Ah.

—Claro, no te puedo garantizar que no le den una perdigonada a los cazadores furtivos de vez en cuando.

—Lo dirás en broma.

—Te aseguro que no. Pero solo lo hacen por detrás, cuando estás huyendo. Les gusta soltarte una buena perdigonada en las piernas desde cincuenta metros de distancia.

—¡No pueden hacer eso! —exclamé—. ¡Es un delito!

—También lo es la caza furtiva —replicó Claud.

Seguimos caminando un rato en silencio. El sol estaba por debajo del alto seto que había a nuestra derecha, y el sendero se había cubierto de sombras.

—Tienes suerte de que no vivamos hace treinta años —dijo Claud—. En aquellos tiempos te pegaban un tiro nada más verte.

—¿Y tú te crees eso?

—Lo sé —dijo—. Muchas noches, cuando yo era un crío, al entrar en la cocina he visto a mi padre tumbado boca abajo en la mesa y a mi madre sacándole la metralla del trasero con el cuchillo de pelar las patatas.

—Cállate —dije—. Me pones nervioso.

—Me crees, ¿verdad?

—Sí, te creo.

—Al final estaba tan lleno de pequeñas cicatrices blancas que parecía que le había nevado encima.

—Vale, vale.

—Culo de cazador furtivo, así lo llamaban —dijo Claud—. Y no había ni un solo hombre en el pueblo que no lo tuviera. Pero mi padre era el campeón.

—Qué suerte —dije.

—Ojalá estuviera aquí esta noche —dijo Claud, melancólico—. Hubiera dado cualquier cosa por venir con nosotros.

—Le cedería mi puesto —dije—. De buena gana.

Habíamos llegado a la cima de la colina, y vimos el bosque, que se extendía ante nosotros enorme y oscuro. El sol se ocultaba tras los árboles, y entre las ramas brillaban chispitas doradas.

—Será mejor que me des las pasas —dijo Claud.

Le di la bolsa y se la guardó con cuidado en un bolsillo del pantalón.

—No debemos hablar cuando estemos ahí dentro —dijo—. Sígueme e intenta no hacer ruido con las ramas.

Llegamos al cabo de cinco minutos. El sendero se internaba en el bosque y después rodeaba el lindero unos trescientos metros, con sólo un pequeño seto entre medias. Claud se deslizó a cuatro patas por el seto y yo le seguí.

En el interior del bosque hacía fresco y estaba oscuro. No se filtraba ni un rayo de sol.

—Esto es horrible —dije.

—¡Chsss!

Claud estaba en tensión. Caminaba delante de mí, levantando mucho los pies y posándolos suavemente en el suelo húmedo. Movía la cabeza continuamente, y sus ojos recorrían el bosque de un lado a otro, en busca del peligro. Yo intenté hacer lo mismo, pero en seguida empecé a ver un guarda detrás de cada árbol, así que desistí.

Delante de nosotros apareció un gran retazo de cielo en la bóveda de la espesura, y comprendí que debía ser el claro. Claud me había dicho que en el claro era donde dejaban a las crías a principios de junio, donde los guardas les daban comida y agua y las cuidaban, y que, muchas se quedaban allí por la fuerza de la costumbre, hasta la temporada de caza.

—En el claro siempre hay muchos faisanes —me había dicho.

—Y supongo que también habrá guardas.

—Sí, pero está rodeado de arbustos muy espesos, y eso ayuda.

Avanzábamos rápidamente, agachados y a grandes saltos, corriendo de árbol en árbol. Nos parábamos, escuchábamos y seguíamos corriendo, hasta que al final nos arrodillamos tras una gran mata de aliso al borde del claro. Claud sonreía y me daba golpecitos en las costillas. Señaló los faisanes por entre las ramas.

El claro estaba abarrotado de aves. Debía haber al menos doscientas, contoneándose entre los tocones.

—¿Ves cómo tenía razón? —susurró Claud.

Era una visión sorprendente, algo así como el sueño del cazador furtivo hecho realidad. ¡Y qué cerca estaban! Algunos, a no más de diez pasos de donde nos encontrábamos nosotros. Las hembras eran rollizas, de un color pardo cremoso, y tan gordas que las plumas del pecho casi rozaban el suelo al andar. Los machos eran delgados, preciosos, con largas colas y manchas de un rojo brillante alrededor de los ojos, como gafas escarlata. Miré a Claud. Su gran cara de buey se había transfigurado, como si estuviera en éxtasis. Tenía la boca entreabierta, y al contemplar los faisanes se le habían puesto los ojos vidriosos.

Creo que todos los cazadores furtivos reaccionan más o menos de la misma forma a la vista de la pieza. Son como mujeres que ven grandes esmeraldas en el escaparate de una joyería. La única diferencia es que aquéllas emplean métodos menos dignos para adquirir el botín. El culo de cazador furtivo no es nada en comparación con el

castigo que una mujer está dispuesta a soportar.

—¡Ajá! —dijo Claud suavemente—. ¿Ves al guarda?

—¿Dónde?

—Al otro lado, junto a ese árbol tan grande. Mira con atención.

—¡Dios mío!

—No pasa nada. No nos ve.

Nos agachamos observando al guarda. Era un hombrecillo tocado con una gorra, con una escopeta bajo el brazo. No se movía. Era como un poste clavado en el suelo.

—Vámonos —susurré.

La visera de la gorra dejaba en sombras la cara del guarda, pero a mí me pareció que miraba justo hacia donde estábamos nosotros.

—Yo no pienso quedarme aquí —dije.

—Cállate —replicó Claud.

Lentamente, sin apartar los ojos del guarda, metió la mano en el bolsillo y sacó una pasa. Se la puso en la palma de la mano derecha y después, con un rápido movimiento de la muñeca, la tiró al aire. La vi volar entre los arbustos y aterrizar a medio metro de dos hembras que estaban juntas al lado de un tocón. Las dos volvieron la cabeza vivamente cuando cayó la pasa. Una de ellas dio un saltito y un picotazo en el suelo, y eso fue todo.

Dirigí la mirada hacia el guarda. No se había movido.

Claud arrojó otra pasa al claro: después, otra, y otra, y otra.

En ese momento vi que el guarda volvía la cabeza para inspeccionar el bosque que quedaba a su espalda.

Como un rayo, Claud sacó la bolsa de papel y se puso un enorme montón en la palma de la mano derecha.

—Estáte quieto —dije.

Pero con un amplio movimiento del brazo lanzó el puñado de pasas al claro, muy por encima de los arbustos.

Cayeron con un suave repiqueteo, como gotas de lluvia sobre hojas secas, y todos los faisanes debieron verlas u oírlas caer. Hubo un revuelo de alas y todos se precipitaron a por el tesoro.

La cabeza del guarda giró como si tuviera un resorte en el cuello. Las aves picoteaban como locas las pasas. El guarda dio dos rápidos pasos hacia adelante, y por un momento pensé que iría a inspeccionar. Pero se detuvo, levantó la cabeza y recorrió lentamente el claro con la mirada.

—Sígueme —susurró Claud— y *agáchate*.

Empezó a reptar ágilmente a cuatro patas, como un mono.

Le seguí. Claud llevaba la nariz pegada al suelo y sus enormes posaderas saludaban al cielo. En seguida comprendí por qué el culo de cazador furtivo era una enfermedad laboral en aquel gremio.

Recorrimos unos veinte metros de esta guisa.

—Ahora, corre —dijo Claud.

Nos pusimos de pie y echamos a correr, y unos minutos más tarde atravesamos el seto y salimos a la seguridad y al aire libre del sendero.

—Todo ha ido estupendamente —dijo Claud, respirando con dificultad—. ¿No te parece?

Su enorme cara estaba roja y radiante.

—Ha sido un fracaso —dije.

—¿Cómo?

—Claro que sí. No podemos volver. Ese guarda sabe que había alguien allí.

—No sabe nada —dijo Claud—. Dentro de cinco minutos el bosque estará oscuro como boca de lobo, y se irá a su casa a cenar.

—Creo que me iré con él.

—Menudo cazador furtivo estás tú hecho —dijo Claud.

Se sentó en el bordillo cubierto de hierba, bajo el seto, y escondió el cigarrillo.

El sol se había puesto y el cielo era de un azul pálido, ahumado, levemente satinado de amarillo. En el bosque que quedaba a nuestra espalda las sombras y el espacio entre árbol y árbol pasaban del gris al negro.

—¿Cuanto tarda en hacer efecto una pastilla para dormir? —preguntó Claud.

—Cuidado —dije—. Viene alguien.

Un hombre había salido repentina y silenciosamente de la oscuridad, y estaba a sólo treinta metros cuando lo vi.

—Otro guarda de mierda —dijo Claud.

Los dos miramos al guarda cuando se dirigía hacia nosotros por el sendero. Llevaba una escopeta bajo el brazo, y un perro negro le seguía de cerca. Se detuvo a unos pasos de nosotros; el perro también se paró y se quedó detrás de él, mirándonos por entre las piernas del guarda.

—Buenas noches —dijo Claud en tono amistoso.

Era un hombre alto y huesudo, de unos cuarenta años, de ojos astutos, pómulos altos y manos duras, peligrosas.

—Les conozco —dijo dulcemente, acercándose—. Les conozco a los dos.

Claud no dijo nada.

—Son los de la gasolinera, ¿verdad?

Sus labios eran delgados y secos, cubiertos con una especie de costra parduzca.

—Usted es Cubbage, y usted, Hawes; los de la gasolinera de la carretera principal, ¿verdad?

—¿A que está usted jugando? —dijo Claud—. ¿Al juego de las preguntas?

El guarda soltó un gran escupitajo. Lo vi salir disparado por el aire y aterrizar en el polvo seco con un golpe, a unos quince centímetros de los pies de Claud. Parecía una ostra pequeña, allí tirado.

—Lárguense —dijo aquel hombre—. Vamos. Váyanse.

Claud siguió sentado fumando y contemplando el escupitajo.

—Venga —repitió el guarda—. Márchense.

Cuando hablaba, el labio superior se le subía sobre la encía y se veía una fila de dientes pequeños y descoloridos, uno de ellos negro y los demás de color membrillo y ocre.

—Da la casualidad de que esto es una carretera pública —replicó Claud—. Haga el favor de dejarnos en paz.

El guarda se cambió la escopeta del brazo izquierdo al derecho.

—Están ustedes merodeando por aquí —dijo— con la intención de cometer un delito. Podría meterlos en la cárcel.

—No lo creo —replicó Claud.

Me estaba poniendo nervioso.

—Le tengo echado el ojo hace ya tiempo —dijo el guarda, mirando a Claud.

—Se está haciendo tarde —dije—. ¿Nos vamos?

Claud tiró la colilla y se levantó lentamente.

—De acuerdo —dijo—. Vamos.

Nos alejamos por el mismo sendero que habíamos venido, dejando allí detrás al guarda, y pronto desapareció de nuestra vista, en la semioscuridad que se extendía a nuestra espalda.

—Es el guarda jefe —dijo Claud—. Se llama Rabbetts.

—Vámonos a toda mecha —dije.

—Ven aquí —dijo Claud.

A la izquierda había una verja que daba a un prado; la saltamos y nos sentamos bajo el seto.

—También el señor Rabbetts se irá a cenar —dijo Claud—. No te preocupes por él.

Nos quedamos en silencio tras el seto, esperando a que el guarda pasara camino de su casa. Asomaron unas cuantas estrellas, y una brillante luna en cuarto creciente empezó a alzarse sobre las colinas por el este, detrás de nosotros.

—Ahí está —susurró Claud—. No te muevas.

El guarda avanzaba a grandes zancadas por el sendero y el perro caminaba sin ruido a su lado, con sus patas acolchadas. Los vimos pasar por entre el seto.

—Esta noche no volverá —dijo Claud.

—¿Cómo lo sabes?

—Un guarda no te espera el bosque si sabe dónde vives. Va a tu casa y se queda afuera, escondido, hasta que vuelves.

—Todavía peor.

—No, porque puedes dejar la carga en otra parte antes de ir a tu casa. Así no puede hacerte nada.

—¿Y el otro, el del claro?

—También se ha ido.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Llevo observando a esos hijos de puta desde hace meses, Gordon. En serio. Conozco sus costumbres, y no hay ningún peligro.

Lo seguí hasta el bosque, de mala gana. Estaba totalmente oscuro y muy silencioso, y al movernos con suma cautela, el ruido de nuestras pisadas pareció resonar por las paredes del bosque como si estuviéramos en una catedral.

—Aquí es donde tiramos las pasas —dijo Claud.

Me asomé por entre los arbustos.

El claro estaba sombrío y lechoso a la luz de la luna.

—¿Estás seguro de que el guarda se ha ido?

—Sé que se ha ido.

Apenas distinguía la cara de Claud bajo la visera de la gorra, los labios pálidos, las mejillas suaves y también pálidas, los grandes ojos con una chispita de excitación danzando en su interior.

—¿Están durmiendo?

—Sí.

—¿Dónde?

—Por todas partes. No se alejan mucho.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

—Quedarnos aquí, a esperar. Te he traído una linterna —añadió, y me dio una de esas linternas de bolsillo en forma de pluma estilográfica—. A lo mejor la necesitas.

Empezaba a sentirme más tranquilo.

—¿Vamos a ver si descubrimos alguno en los árboles? —pregunté.

—No.

—Me gustaría ver cómo duermen.

—No hemos venido a estudiar la naturaleza —dijo Claud—. Estate callado, por favor.

Nos quedarnos allí largo rato, esperando a que ocurriese algo.

—Se me acaba de ocurrir algo espantoso —dije—. Si un pájaro puede mantener el equilibrio sobre una rama mientras duerme, no hay ninguna razón para que las pastillas lo hagan caer.

Claud me dirigió una mirada fulminante.

—Al fin y al cabo —dije—, no está muerto, sino sólo dormido.

—Está drogado —replicó Claud.

—Es simplemente un sueño más profundo. ¿Por qué tiene que caerse sólo porque duerma más profundamente?

Se hizo un silencio lóbrego.

—Tendríamos que haberlo probado con los pollos —dijo Claud—. Es lo que hubiera hecho mi padre.

—Tu padre era un genio —repliqué.

En ese momento se oyó un golpe seco que provenía del bosque.

—¡Eh!

—¡Chsst!

Nos quedamos escuchando.

¡Plof!

—¡Otro!

Era un ruido ahogado, como si alguien hubiera dejado caer un saco de arena desde los hombros.

¡Plof!

—¡Son los faisanes! —exclamé.

—¡Espera!

—¡Estoy seguro de que son los faisanes!

—¡Tienes razón!

Volvimos corriendo al bosque.

—¿Dónde están?

—¡Aquí! ¡Aquí había dos!

—Yo creo que están por allí.

—¡Sigue mirando! —gritó Claud—. No pueden andar lejos.

Estuvimos buscando durante unos minutos.

—¡Aquí hay uno! —gritó.

Cuando llegué a su lado, sujetaba un magnífico macho con las dos manos. Lo examinamos cuidadosamente con las linternas.

—Está drogado y bien drogado —dijo Claud—. Está vivo, siento el corazón; pero está totalmente drogado.

¡Plof!

—¡Otro!

¡Plof! ¡Plof!

—¡Dos más!

¡Plof!

¡Plof! ¡Plof! ¡Plof!

—¡Cielo santo!

¡Plof! ¡Plof! ¡Plof! ¡Plof!

¡Plof! ¡Plof!

Los faisanes llovían de todos los árboles. Nos abalanzamos como locos en la oscuridad, barriendo el suelo con las linternas.

¡Plof! ¡Plof! ¡Plof! Aquellos tres casi me cayeron encima. Estaba justo debajo del árbol cuando se desplomaron, y los encontré inmediatamente, dos machos y una hembra. Estaban flácidos y cálidos, y las plumas eran maravillosamente suaves al tacto.

—¿Dónde los ponemos? —grité. Los tenía sujetos por las patas.

—¡Déjalos ahí, Gordon! ¡Amontónalos ahí, que hay luz!

Claud estaba en el borde del claro, con un gran manojo de faisanes en cada mano, y la luz de la luna se derramaba sobre él. Tenía la cara resplandeciente; los ojos,

agrandados, brillantes, hermosos, y miraba a su alrededor como un niño que acabase de descubrir que el mundo entero está hecho de chocolate.

¡Plof!

¡Plof! ¡Plof!

—Esto no me gusta —dije—. Son demasiados.

—¡Es fantástico! —exclamó, soltando los faisanes que llevaba y corriendo a por más.

¡Plof! ¡Plof! ¡Plof! ¡Plof!

¡Plof!

Era fácil encontrarlos. Había uno o dos debajo de cada árbol. Recogí rápidamente seis más, tres en cada mano, y los dejé con el resto. Después, seis más, y a continuación, otros seis.

Y seguían cayendo.

Claud estaba extasiado, yendo de acá para allá entre los árboles, como un fantasma loco. Vi el destello de su linterna agitándose en la oscuridad, y cada vez que encontraba un faisán daba un grito de triunfo.

¡Plof! ¡Plof! ¡Plof!

—¡Ese mamón de Hazel tenía que estar oyendo esto! —gritó.

—No chilles —dije—. Me asustas.

—¿Qué?

—Que no *grites*. Puede haber guardas.

—¡Que se vayan a hacer puñetas los guardas! —gritó—. ¡Están todos cenando!

Siguieron cayendo faisanes durante tres o cuatro minutos. De repente, cesó la lluvia de aves.

—¡Sigue buscando! —vociferó Claud—. ¡Hay muchos más en el suelo!

—¿No crees que deberíamos marcharnos ahora que todavía va bien la cosa?

—No —contestó.

Seguimos buscando. Entre los dos miramos debajo de todos los árboles del claro en un radio de unos cien metros, al norte, al sur, al este, al oeste, y creo que al final encontramos casi todos. En el lugar en que los habíamos dejado había un montón de faisanes tan grande como una hoguera.

—Es un milagro —decía Claud—. Es un milagro de verdad.

Los miraba como si estuviera en trance.

—Mejor sera que cojamos media docena cada uno y nos marchemos rápidamente —dije.

—Me gustaría contarlos, Gordon.

—No tenemos tiempo.

—Tengo que contarlos.

—No —repliqué—. Vamos.

—Uno...

—Dos...

—Tres...

—Cuatro...

Se puso a contarlos cuidadosamente, cogiendo cada faisán y colocándolo a un lado. La luna se encontraba justo encima de nosotros y todo el claro estaba brillantemente iluminado.

—Yo no pienso quedarme aquí —dije.

Retrocedí unos pasos y me escondí en las sombras, esperando a que terminase.

—Ciento diecisiete..., ciento dieciocho..., ciento diecinueve... ¡Ciento veinte! —exclamó—. ¡Ciento veinte faisanes! ¡Es todo un récord!

No lo dudé ni un solo instante.

—¡Lo más que mi padre cazó en una noche fueron quince, y después se pasó una semana borracho!

—Eres el campeón del mundo —dije—. ¿Ya estás listo?

—Un momento —replicó. Se quitó el jersey y empezó a desatar los grandes sacos de algodón que llevaba en la cintura—. Aquí está el tuyo —dijo, tendiéndome uno—. Llénalo rápidamente.

La luz de la luna era tan fuerte que pude leer las pequeñas letras impresas en la base del saco: JW. CRUMP, decía. MOLINOS DE TRIGO KESTON, LONDRES SW17.

—No nos estará vigilando ese hijo de puta de los dientes sucios desde detrás de un árbol, ¿no?

—Es imposible —dijo Claud—. Te he dicho que ha ido a la gasolinera, a esperar a que volvamos a casa.

Empezamos a meter los faisanes en los sacos. Eran suaves y tenían el cuello blando, y la piel estaba aún caliente debajo de las plumas.

—En el sendero nos espera un taxi —dijo Claud.

—¿Qué?

—Yo siempre vuelvo en taxi, Gordon. ¿No lo sabías?

Le dije que no lo sabía.

—Un taxi es anónimo —dijo Claud—. Nadie sabe quién va dentro, salvo el taxista. Me lo enseñó mi padre.

—¿Quién es el taxista?

—Charlie Kinch. Siempre está dispuesto a hacerme un favor.

Acabamos de meter los faisanes e intenté cargarme un abultado saco al hombro. Contenía unas sesenta aves y debía pesar por lo menos setenta y cinco kilos.

—No puedo con esto —dije—. Tendremos que dejar algunos.

—Arrástralo —dijo Claud.

Atravesamos aquel bosque negro como boca de lobo, arrastrando los faisanes.

—No podemos llegar hasta el pueblo así —dije.

—Charlie nunca me ha dejado plantado —replicó Claud.

Llegamos al margen del bosque y miramos por entre el seto para ver el sendero.

Claud dijo:

—Charlie, aquí, chaval —dijo quedamente, y el viejo, al volante del taxi, que se encontraba a menos de cinco metros, asomó la cabeza a la luz de la luna y nos dirigió una sonrisa desdentada.

Nos deslizamos por el seto, arrastrando los sacos por el suelo.

—¡Hola! —dijo Charlie—. ¿Qué es eso?

—Son coles —le respondió Claud—. Abre la puerta. A los dos minutos nos encontrábamos a salvo en el taxi, descendiendo lentamente la colina, camino del pueblo.

Ya había acabado todo, excepto los gritos. Claud estaba entusiasmado, desbordante de orgullo y excitación, y no hacía más que inclinarse hacia adelante para darle golpecitos en el hombro a Charlie Kinch mientras decía:

—¿Qué te parece, Charlie? Buena caza, ¿eh? —Y Charlie se volvía y miraba con ojos desorbitados los abultados sacos y decía:

—Cielo santo, ¿cómo lo has hecho?

—Media docena es para ti, Charlie —dijo Claud.

—Me da la impresión de que van a andar un poco escasos de faisanes el primer día de caza del señor Víctor Hazel este año.

Y Claud añadió:

—Creo que sí, Charlie, creo que sí.

—¿Qué demonios piensas hacer con ciento veinte faisanes? —pregunté.

—Congelarlos para el invierno —respondió Claud—. Meterlos en el congelador de la gasolinera, con la carne del perro.

—Supongo que no lo harás esta noche, ¿no?

—No, Gordon; esta noche, no. Los dejaremos en casa de Bessie.

—¿Qué Bessie?

—Bessie Organ.

—¡Bessie *Organ*!

—Es ella la que me guarda siempre la caza. ¿No lo sabías?

—Ya no sé nada —repliqué.

Estaba completamente atónito. La señora Organ era la mujer del reverendo Jack Organ, el párroco del pueblo.

—Hay que elegir una mujer respetable para que te guarde la caza —declaró Claud—. ¿No es así, Charlie?

—Bessie es una chica lista —dijo Charlie.

Atravesamos el pueblo. Los faroles estaban aún encendidos y los hombres salían de los bares para ir a sus casas. Vi a Will Prattley deslizarse silenciosamente por la puerta lateral de su pescadería, y la cabeza de la señora Prattley asomaba por la ventana, justo encima de Will, pero él no lo sabía.

—El párroco es muy aficionado al faisán asado —dijo Claud.

—Los tiene colgados durante dieciocho días —dijo Charlie—; después les da un

par de golpes y se les caen todas las plumas.

El taxi giró a la izquierda y velozmente entró en el jardín de la casa del párroco. No había luces y nadie salió a recibirnos. Claud y yo soltamos los faisanes en el cobertizo del carbón, en la parte trasera; después nos despedimos de Charlie Kinch y regresamos a la gasolinera a la luz de la luna, con las manos vacías. No sé si el señor Rabbetts nos vigilaba cuando entramos. No vimos ni rastro de él.

—Ahí viene —me dijo Claud a la mañana siguiente.

—¿Quién?

—Bessie, Bessie Organ.

Pronunció aquel nombre con orgullo, casi como si fuera algo suyo, al igual que un general que hablase de su oficial más valiente.

Lo seguí afuera.

—Allí —dijo, señalándola.

A lo lejos, por la carretera, vi una figurita femenina que se dirigía hacia nosotros.

—¿Qué es eso que lleva? —pregunté.

Claud me dirigió una mirada furtiva.

—Sólo hay una forma segura de llevar la caza —sentenció—. Esconderla debajo de un niño.

—Sí —murmuré—, sí, claro.

—Debe ser el pequeño Christopher Organ, que tiene año y medio. Es un crío precioso, Gordon.

Distinguí apenas un puntito del niño, que iba sentado en el cochecito, con la capota bajada.

—Debajo de ese mocoso van por lo menos sesenta o setenta faisanes —dijo Claud alegremente—. Figúrate.

—No se pueden meter sesenta o setenta faisanes en un cochecito.

—Sí se puede, si es muy profundo por abajo y si se saca el colchón, y si se aprietan mucho, colocándolos hasta el fondo. Lo único que hace falta es una sábana. Te sorprendería ver el poco espacio que ocupa un faisán cuando está flácido.

Nos quedamos junto a los surtidores, esperando a Bessie Organ. Era una de esas mañanas de septiembre cálidas y sin viento. El ciclo iba oscureciéndose y un olor de tormenta inundaba el aire.

—Ha pasado por mitad del pueblo, como si tal cosa —dijo Claud—. Buena chica esta Bessie.

—Parece que lleva mucha prisa.

Claud encendió un cigarrillo con la colilla de otro.

—Bessie nunca tiene prisa —dijo.

—Pues no va a un paso normal —repliqué—. Mírala.

La miró de soslayo, por entre el humo del cigarrillo. Después se lo quitó de la boca y volvió a mirarla.

—¿No es verdad? —pregunté.

—Sí, parece que va un poquito ligera —dijo con cautela.

—Viene a toda velocidad.

Guardamos silencio. Claud clavó los ojos en la mujer que se acercaba.

—A lo mejor no quiere que le pille la lluvia, Gordon. Me apuesto lo que quieras a que es eso, que piensa que va a llover y no quiere que se moje el niño.

—¿Y por qué no sube la capota?

No contestó a mi pregunta.

—¡Está *corriendo*! —exclamé—. ¡Mira!

De repente, Bessie había emprendido una auténtica carrera.

Claud se había quedado inmóvil, observando a la mujer, y en el silencio que siguió, se me antojó que oí chillar a un niño.

—¿Qué ocurre?

No respondió.

—A ese niño le pasa algo —dije—. Escucha.

En ese momento Bessie se encontraba a unos doscientos metros de nosotros, pero se acercaba velozmente.

—¿Le oyes ahora? —pregunté.

—Sí.

—Está berreando como un loco.

La vocecita aguda y lejana se oía más a cada segundo que pasaba, frenética, penetrante, incesante, casi histérica.

—Le ha dado un ataque de algo —proclamó Claud.

—Eso debe ser.

—Por eso corre, Gordon. Quiere llegar aquí y meterlo debajo del grifo del agua fría.

—Estoy seguro de que tienes razón —dije—. Sí, sé que tienes razón. Escucha ese ruido.

—Si no es un ataque, puedes apostar a que es algo parecido.

—Estoy de acuerdo contigo.

Claud restregó los pies en la grava de la calzada, inquieto.

—A los niños pequeños les pueden ocurrir mil cosas —dijo.

—Claro.

—Yo conocí a uno que se pilló los dedos en los radios de una rueda del cochecito. Los perdió. Se los arrancaron de cuajo.

—Sí.

—Sea lo que sea —dijo Claud—, daría cualquier cosa porque no corriese.

Detrás de Bessie venía un camión muy largo cargado de ladrillos; el conductor aminoró la velocidad y asomó la cabeza por la ventanilla para mirar. Bessie no le hizo caso y siguió corriendo como un rayo. Ya estaba tan cerca de nosotros que vi su cara grande y roja con la boca abierta, jadeante. Observé que llevaba guantes blancos, muy fina ella, y un curioso sombrero blanco a juego encasquetado en la coronilla,

como una seta.

¡Y de repente, del cochecito salió volando un faisán enorme!

El imbécil del camión que iba junto a Bessie empezó a desternillarse de risa.

El faisán aleteó, como borracho, durante unos segundos; después perdió altura y aterrizó en la hierba, junto a la carretera.

Una furgoneta de comestibles apareció detrás del camión y empezó a tocar la bocina para que la dejara pasar. Bessie seguía corriendo.

Entonces —¡hale hop!— del cochecito salió volando otro faisán.

Y después otro, y otro. Y otro.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Son las pastillas! ¡Han dejado de hacer efecto!

Claud no dijo nada.

Bessie recorrió los últimos cincuenta metros a una velocidad increíble, y llegó a la gasolinera balanceándose, con los faisanes escapándose del cochecito en todas las direcciones.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó a gritos.

—¡Vete a la parte de atrás! —grité—. ¡Vete a la parte de atrás!

Pero se paró en seco ante el primer surtidor, y antes de que llegáramos aní agarró en brazos al niño, que no dejaba de chillar.

—¡No! ¡No! —gritó Claud, precipitándose hacia ella—. ¡No lo cojas! ¡Déjalo en el coche! ¡Pon la sábana!

Pero ella ni siquiera le escuchó, y al desaparecer de repente el peso del niño, una gran bandada de faisanes salió del cochecito, cincuenta o sesenta al menos, y el cielo quedó cubierto de enormes aves marrones que batían las alas furiosamente para ganar altura.

Claud y yo echamos a correr por la calzada, agitando los brazos para asustarlos y que se alejaran de allí.

—¡Fuera! —gritamos—. ¡Fuera!

Pero estaban aún demasiado atontados, y a los pocos segundos volvieron y se posaron como una plaga de langosta en la fachada del edificio de mi gasolinera. La habían cubierto por completo. Se sentaron, ala contra ala, en los aleros del tejado y en el dosel de cemento que sobresalía por encima de los surtidores, y al menos una docena se posó en el alféizar de la ventana del despacho. Algunos habían volado hasta la rejilla que servía para sujetar las botellas de aceite lubricante, y otros pascaban por el capó de los coches de segunda mano. Un macho con una bonita cola estaba encaramado majestuosamente sobre un surtidor de gasolina, y otros, los que estaban demasiado borrachos para subir a las alturas, simplemente se habían colocado en la calzada, a nuestros pies, ahuecando las plumas y guiñando los ojuelos.

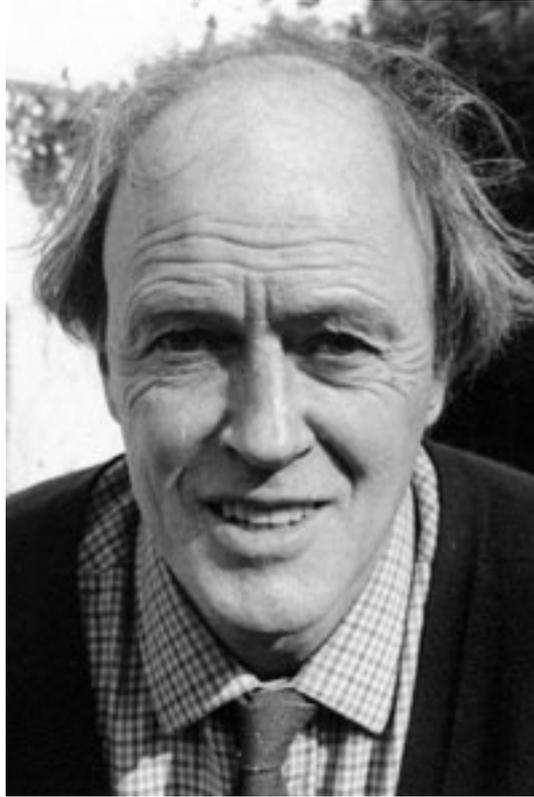
Al otro lado de la carretera se había formado una caravana detrás del camión de ladrillos y de la furgoneta de comestibles, y la gente abría la puerta de sus coches, salía y cruzaba para verlo de cerca. Miré mi reloj. Eran las nueve menos veinte. En cualquier momento va a aparecer por la carretera un coche grande y negro, pensé,

procedente del pueblo. Y será un Rolls, y la cara que irá al volante será la del cervecero, don Víctor Hazel, grande y brillante.

—¡Casi lo han destrozado a picotazos! —gritaba Bessie, apretando contra su pecho al niño, que no dejaba de chillar.

—Vete a casa, Bessie —dijo Claud, con la cara blanca.

—Cierra —dije—. Pon el cartel. Cerramos todo el día.



ROALD DAHL nació el 13 de septiembre de 1916 en Llandaff, Glamorgan, País de Gales (Gran Bretaña), en el seno de una familia procedente de Noruega. Su padre Harald, que falleció de neumonía cuando Roald todavía era un niño, era propietario de una provechosa empresa de suministros náuticos. Su madre, llamada Sofie Magdalene Hesselberg, se había convertido en la segunda esposa de Harald tras el fallecimiento de la primera, Marie, en el parto de su segundo hijo.

Tras abandonar la escuela de Llandaff, Roald estudió en Inglaterra en la St. Peter's Preparatory School y en un colegio interno de Repton, en Derbyshire, lugar en el que sufrió una rígida educación. Estas experiencias escolares sirvieron de base en sus textos para el enfoque cruel del infante sobre el mundo adulto.

En 1933 Dahl dejó sus estudios y comenzó a trabajar en Londres en la compañía petrolífera Shell. Cuatro años después abandonó Inglaterra para trasladarse a Tanganika, país en el que residió hasta el año 1939. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, el joven y espigado Roald (medía casi dos metros de altura) formó parte de la RAF, las fuerzas aéreas británicas, sirviendo en el escuadrón radicado en Nairobi, capital de Kenia.

Dahl participó en combates contra los fascistas y los nazis en Egipto, Libia y Grecia, padeciendo derribos que le ocasionaron heridas de gravedad. Parte de estos avatares aparecieron en el Saturday Evening Post, en donde publicó un relato corto titulado *A piece of cake*. Con posterioridad la colección *Over to you* (1946) reincidió en su paso por la aviación militar. En el año 1943 Dahl publicó su primer libro para niños, *Los*

Gremlins. Diez años después, en 1953, el escritor galés se casó con la actriz Patricia Neal (*Desayuno con diamantes*).

Mediante el empleo de la ironía, el humor negro y/o macabro, y su ligereza narrativa, Roald Dahl logró el triunfo literario tanto por sus fábulas morales de carácter infantil y juvenil como por sus obras enfocadas a un lector más adulto, significadas por finales sorprendentes y una orientación deliciosamente perversa que aborda, además de su visión sardónica de las relaciones humanas, temas involucrados con la ecología.

Gracias a la colección de relatos cortos *Someone like you* (1953), Dahl alcanzó renombre internacional. Posteriormente publicó otra antología de relatos con el título de *Muá, Muá* (1959). En esta primera etapa trabajó con asiduidad en la escritura de guiones para series de televisión, entre ellas la célebre *Alfred Hitchcock presenta*.

A partir de los años 60 Roald Dahl, que contó en variadas ocasiones con la colaboración como ilustrador de Quentin Blake, se volcó principalmente en la literatura infantil y juvenil, especialmente tras el éxito de *James y el melocotón gigante* (1961). Libros de corte más adulto son *Mi tío Oswald* (1979), su primera novela larga, y los volúmenes de relatos *El gran cambio* (1975), *Historias extraordinarias* (1977), *Relatos de lo inesperado* (1979) o *La venganza es mía S. A./Génesis y Catástrofe* (1980).

También escribió textos de corte autobiográfico, como *Boy* (1984) o *Volando solo* (1986), la obra teatral *The Honeys* (1955), y guiones cinematográficos, entre ellos el título de James Bond *Sólo se vive dos veces* (1967) y la película *Chitty Chitty Bang Bang* (1968). Curiosamente ambas eran adaptaciones del escritor Ian Fleming. Después de divorciarse de Patricia Neal en 1983, el mismo año Roald Dahl contrajo matrimonio con Felicity Ann Liccy Crossland. Murió a causa de una leucemia en Oxford, el 23 de noviembre de 1990. Tenía 74 años.